

VERUM ORBIS TERRARUM - Los hijos del Tiempo

F.N Kowalski



Image not found.

Capítulo 1

El Mesías Eléctrico

Una mancha azul, solitaria, en medio del vasto desierto. Así debía verlo, desde lo alto, aquel buitre que lo acosaba aguardando su muerte. El viento danzaba con las sedas azules que embozaban al profeta. Tenía hambre y sed, y el sol lo estaba volviendo loco. Tomó una de aquellas maravillosas tabletas verdes y la mordió. «Un poco ahora y otro poco al llegar la noche», pensó. Caminaba encorvado, pero a paso rápido. A veces, trastabillaba y terminaba rodando por las dunas.

Las pequeñas sombras que proyectaban los cactus, no podían protegerlo del abrasador calor. Al caer la tarde el ave murió, en pleno vuelo, y fue a estrellarse justo a sus pies. Se lo había tomado como una ofensa personal; a él, le hubiese encantado cruzar el descomunal desierto volando por los cielos. Encontró, por primera vez en varios días, un refugio. Unas rocas enormes, apiladas de forma caprichosa, proporcionaban un buen tramo de sombra. Era perfecto.

Pasó el día entero allí, hasta caer la noche. Las estrellas resplandecían en el firmamento y, si bien hacia frío, salió de entre las rocas y trepó por ellas hasta la más alta. Desde allí, contempló toda la extensión de tierra que lo rodeaba y observó el cielo. Algún día todas esas estrellas estarían a su alcance. Tomó el talismán que colgaba de su cuello, y lo levantó en lo alto. Recordó las palabras del maestro y las repitió. El aire se tornó denso. Descargas eléctricas iluminaron en el área circundante. La reliquia comenzó a emitir una luz cegadora, mientras elevaba su cántico. ¿Cómo pudieron los profetas de los pueblos estar tan ciegos? Uno a uno, todos los reinos caerían en fila. Todos los falsos ídolos serían erradicados, en nombre de su maestro; y también los dioses híbridos. Incluso, las religiones de aquellos rincones del mundo inexplorado. Pronto, nada le sería desconocido. La luz brilló con fuerza, hasta que concluyó el canto. Se sentía muy agotado, por lo cual tomó una tableta entera y la tragó con prisa.

Al amanecer, abandonó el resguardo de las rocas. Encontró varias lagartijas muertas en la arena cuando se alejó del lugar. De allí en más, no tuvo suerte. Había perdido la noción del tiempo. Su piel se había quemado por el sol, y las tabletas ya no aplacaban el dolor ni las necesidades como antes. Pero su convicción y su fe eran inquebrantables y continuó, aun al borde de la muerte. Él, que había vislumbrado el porvenir, no se detendría ante las fuerzas del orden natural.

Los días y las noches se sucedieron difusos, mientras el profeta erraba por los límites de la demencia. Veía imágenes a la distancia, que luego se esfumaban frente a sus ojos. Vio castillos enormes, y también, fuentes de

agua con mujeres hermosas. Vio, al igual que en sus revelaciones, gigantescos pájaros de metal surcando el cielo, y colosales figuras en el horizonte. De aquellas fantasmagorías, una en particular lo llenó de júbilo y excitación; una gran metrópoli, de enormes torres vidriadas y asilos inmensos con cientos de chimeneas. Largos gusanos de acero, se movían a gran velocidad sobre andamios contruidos a gran altura y transportaban gente en su interior. Comprendía, que aquellos espejismos no eran más que creaciones falsas de su mente, derivadas de sus anhelos más profundos. Sin embargo, se aferraba a ellas ante el temor de perder los estribos y olvidar su propósito fundamental. Fue un día por la mañana, que se percató de que el paisaje había comenzado a cambiar. La tierra era árida pero ya no había arena. A su espalda, el desierto le resultó algo extraño y lejano. Siguió avanzando por lo que reconoció como un páramo agreste, con algo de maleza y algún que otro árbol solitario a merced del viento. Sonrió ante la ironía; las condiciones eran las mismas, aún estaba sediento y hambriento, quemado por el sol, afiebrado. Se tragó la mitad de la última tableta verde que le quedaba. Al principio habían resultado maravillosas, luego de comer una se sentía satisfecho, despierto y fuerte. Pero ahora ya no surtían el mismo efecto. Siguió caminando durante horas en dirección contraria al desierto. El sol ya casi alcanzaba su cenit, cuando encontró una pequeña casa abandonada. Descansó allí hasta caer la tarde. Al igual que en el desierto, la temperatura disminuyó de forma brusca. Decidió proseguir a pesar del frío. Resultaba imperioso encontrar hombres, para poder alimentarse y encontrar un rumbo seguro.

La noche trajo consigo el frío, y el profeta se sintió revitalizado. Andaba a paso más rápido y seguro cuando escuchó a sus espaldas unos gruñidos. Una decena de lobos. Lo habían estado siguiendo y al parecer, optaron por atacarlo amparados por la oscuridad. Aquellos enormes animales, lo habían rodeado antes de que pudiera hacer algún movimiento, y los que estaban más cerca le lanzaban dentelladas mientras acortaban la distancia. Con lentitud sacó su talismán, y lo elevó de golpe ante la vista de aquellas bestias. Esta vez, recitó las palabras en alto y de forma apresurada. Los lobos se quedaron tiesos, ante la poderosa luz que emanaba la presa. Los que estaban más cerca, convulsionaron hasta morir. Los más alejados del radio lumínico pronto comenzaron a percibir a aquel hombre extraño de forma diferente. Cuando el profeta se detuvo, se sentó en el suelo, agotado. Las bestias que seguían vivas pronto lo rodearon, lamiéndole las manos. «El hombre superior prevalece sobre la naturaleza» se dijo a sí mismo, orgulloso.

Sus nuevos y fieles seguidores lo guiaron hasta un terreno fértil; una granja no muy grande, con una casa campestre y un corral. Se acercó sin hacer ruido, y vio luz proveniente del interior de la casa. Se oían risas desde dentro. El falso sosiego de la vida simple. Sabía que su aspecto resultaría extraño y que además, debía estar demacrado por las quemaduras y la falta de nutrientes. Esperaría hasta la mañana, y se presentaría bajo la luz diurna para no causar pavor. Se alejó, y se

escondió entre la siembra más distante. Los lobos se acostaron junto a él, protegiéndolo del frío nocturno.

Despertó por la mañana y alejó a los lobos. Aquellas personas se levantaban temprano para trabajar la tierra. Salió de entre la cosecha y se presentó ante un joven que se quedó atónito al verlo. El joven tenía el torso desnudo y un rastrillo en la mano, el cual blandió en defensa propia. Un hombre mayor, distancia sentado en el pórtico de la casa, gritó algo en la lengua común. El profeta, temblando, se llevó una mano a la boca y exclamó:

—Ayuda, comida – y luego cayó al suelo fingiendo un desmayo. «Hablan la lengua común, cual salvajes, pero me puedo comunicar con ellos».

Oyó al hombre mayor mandar al joven a buscar a sus hermanos, por lo cual supuso que era el padre. Continuó con su farsa, que no mucho le costaba, pues estaba realmente agotado y hambriento. Sintió que fuertes manos lo levantaban y lo conducían a una cama en el interior de la casa. Otros dos jóvenes que hacían muchas preguntas. Pudo oír la voz de una mujer, que le consultaba al hombre si deseaba una vasija con agua.

—Dile a la niña que salga de aquí. ¡Fuera!

—Usa unas ropas muy extrañas, quizá es un dios jugándonos una broma.

—No digas estupideces. Es un pobre viejo.

—Pero mira ese collar que tiene. Es evidente que no es de aquí, y si no es de aquí ha de ser un mago.

—Ya no quedan hombres más allá del desierto.

—Dejen de hablar idioteces y tráiganme algo de comer.

—¿Que le ha pasado, padre? Está todo quemado por el sol. ¿Cómo pudo un anciano sobrevivir por las llanuras solo?

—Quizá su caballo murió. Ahora, ¡largo de aquí todos!

Escuchó como los muchachos salían del cuarto a paso apresurado y maldiciendo. «Un mago» sí, definitivamente eso era para esta gente inculta. Pronto les mostraría el futuro y los tendría comiendo de la palma de su mano. Serían un medio para un fin.

Cuando quedaron a solas, el padre de familia le mojó el rostro y lo movió con afán de despertarlo.

—Despierte, anciano, despierte. Ya está a salvo.

El profeta abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?

—¿No lo sabe? En las planicies de Mor, más allá del eterno desierto. ¿De dónde viene usted?

—Le diré, pero deme algo de comer por favor, hace días que no como nada.

—Mi mujer está preparando algo en este momento. Responda, por favor. No puedo confiar en usted, que se ha aparecido aquí de la nada. No sé qué clase de mal podría traerle a mi familia.

—Vengo de las tierras prósperas, más allá del desierto. Y no traigo mal alguno. Soy un sabio de aquellas tierras y he venido aquí con una misión, compartir mis conocimientos para el bienestar de los hombres.

—Usted miente. Hace años que nadie cruza el desierto, es infinito.

—No miento. No me ha sido fácil, pues lo hice sin montura pero...

—Sin montura dice. ¿Usted me está tomando por tonto?

—Mire mis ropas, las sedas. Mire mi colgante. Dígame si alguna vez en su vida vio algo como esto.

Incrédulo, el hombre tocó las sedas azules, las cuales tenían pequeños y finos grabados en dorado. Vio en detalle el extraño talismán que portaba aquel forastero. Jamás en su vida había visto una reliquia semejante. Un metal plateado rodeaba los extremos de un cilindro de cristal. En el extremo inferior había una pequeña pirámide, también de metal, con muchas ranuras caladas en su superficie. En el extremo superior se había unido una cadena, que resultaba ajena a la manufactura original. Dentro del cilindro, había un líquido verde. El cilindro tenía un dibujo. Un trébol negro sobre un fondo amarillo.

Al notar un cambio en el semblante del campesino, el profeta agregó:

—Se lo dije. No soy de por aquí. Tome mi mano, le mostraré cosas maravillosas. Verá a través del tiempo, un atisbo del porvenir.

El profeta extendió la mano, y el hombre dudó un segundo. Acto seguido la estrechó.

Horas después toda la familia estaba reunida en la mesa, en torno al visitante lejano. Se había servido lo mejor de la cosecha, e incluso se había sacrificado al único cerdo que quedaba. Ya nadie preguntaba nada. Por orden del padre, cada miembro de la familia había visto los asombrosos augurios que portaba el mensajero de la nueva era.

El forastero comía con premura, voraz. Entre bocado y bocado, daba muestras de deleite.

El resto de los comensales no había probado migaja. Todos observaban admirados al invitado como si aguardaran algo. Este, al notar el embotamiento de sus anfitriones, dejó de comer y golpeó dos veces la mesa con sus nudillos.

—Espabilen. No me dejen comiendo solo.

Como por arte de magia, cada miembro de la familia salió del trance en el que estaba y comenzaron a hablar entre ellos y a tomar las bandejas y llenar los platos, como si el profeta no se encontraría allí, sentado en la cabecera de la mesa. El padre y los dos mayores ya habían comenzado a sucumbir. Estaban muy pálidos y se notaba un brillo febril y aceitoso en sus ojos. Cada tanto, decían alguna que otra incoherencia.

El mesías notó también, la lujuria con la cual el más joven de los hermanos observaba a su hermana, y que la madre no era ajena a nada de esto. Incluso la mujer lo miraba a él cada tanto, en un gran esfuerzo mental. Había un miedo muy primigenio en ella que pujaba por desvanecer su dominio. No lo lograría. Se quedaría un días más como mucho, pues tenía otras necesidades que saciar. Tomaría a la jovencita que era muy hermosa. Luego los dejaría a todos librados al azar. Para ser más específico, al azar de los más bajos instintos de cada uno. Se levantó de su asiento y el aire se electrificó. Su preciado talismán dio un breve destello, todos los allí presentes callaron abruptamente y se quedaron muy quietos, como al comienzo. La joven se puso de pie y se quitó su vestido, dejándolo caer al suelo. La madre levantó una mano en dirección a su hija, pero pronto desistió. El más joven de los tres muchachos parecía a punto de saltar sobre la mesa. El mesías sonreía, ufanándose. Ejerció mayor control sobre el muchacho, mientras su hermana desnuda rodeaba la mesa y caminaba en dirección a su amo. Cuando llegó hasta él, le apretó una de sus nalgas y le dijo:

—Ven conmigo, quiero saber más sobre el cráneo de hierro.

—Sí, mi maestro —respondió la joven, con voz queda.

Se la llevó a la habitación mientras conversaban. Dejó al resto de la familia libre, pero confundida y sumida en sus más profundos temores. Ante la involución del hombre, tan sólo podía sobrevenir el caos.

Capítulo 2

Sueños Febriles

El rocío de la mañana humedeció la tierra yerma de las planicies de Mor. Los primeros rayos del sol que se colaban por las ventanas, y el hedor de los cuerpos, despertaron a Naktun.

Sus mantas estaban empapadas y tenía el rostro helado. La fiebre atroz había durado tres días, acaso más. No estaba seguro. Se recordó a sí mismo delirando, anhelando la muerte. Recordó también a su padre que gritaba cosas inentendibles y a su ma, que lloraba tendida en la cama contigua. El hedor le llegó nuevamente. Se incorporó. Su hogar era un desastre, un cuadro de pesadilla. La escena le resultó tan irreal que no hizo más que contemplarla mientras se vestía. Él era un joven sencillo y todo esto lo superaba. Su padre siempre decía que los hombres habían malgastado su tiempo en el mundo y que ahora los días ya no tenían mucho para ofrecer, que la tierra estaba muerta. Que al menos allí, en aquel páramo, la vida era dura, pero aún era vida.

—Verdad decía mi padre— dijo Naktun. Y habló en voz alta para no sentirse tan solo.

—Tiempos felices pasamos aquí los tres, a pesar de todo —.

De pronto el hedor se le tornó insoportable. «Ya no me queda nada» pensó. Y en la desesperación de quien comprende en un instante lo irremediable de la fatalidad, Naktun salió de prisa hacia afuera, y aferrado a la puerta de entrada se puso a vomitar. Las imágenes del interior se arremolinaron en su mente. Su padre sobre la silla, con el rostro desfigurado en una mueca de espanto y dolor con los ojos amarillos, cual llenos de pus. Su querida ma, rígida, tirada a los pies del camastro en una posición estrafalaria, como si hubiese muerto en medio de una danza diabólica.

Llorando a su familia se deseó muerto, para no ver semejante locura hecha carne. Pensó en cosas que conocía y en otras que no tanto. En la fiebre roja, en el mal de agnis. En las pestes de antaño de las que hablaba el viejo Pur en el pueblo. Y en el aire corrosivo de los cuentos antiguos. Imaginó quizá algún horror extraño de aquel eterno desierto que se extendía más allá de las planicies de Mor.

Pasaron varios minutos hasta que Naktun se atrevió a entrar otra vez y, aun así, lo hizo mirando tan sólo a donde le resultaba indispensable mirar. Se dirigió a la pequeña despensa y tomó la poca comida que allí quedaba. Algunos frutos secos, pan y un poco de leche. El agua debió terminarse mientras estuvo inconsciente. La pequeña huerta de su madre se había

echado a perder. Guardó todo lo que fuese de valor y pudiese cargar, que no era mucho y lo llevo afuera. A pocos metros de la casa, se encontraba el pequeño taller de carpintería de su padre. Fue hasta allí y tomó una pala con la cual cavó dos tumbas. Como pudo, sin volver a ver a sus padres directamente, los envolvió en mantas, los arrastró fuera y los enterró sin pronunciar despedida alguna.

Para el mediodía Naktun había abandonado su hogar, con sus mejores ropas, su capa de viaje y un pesar abrumador. Tenía la sensación de que no volvería jamás. Se dirigía a los terrenos de la familia Virs, que eran sus vecinos más cercanos y tenía un cuarto de día de marcha por delante.

Los Virs eran una familia de seis. El viejo Nors, la vieja Ulm y sus cuatro hijos. Los tres muchachos, que eran mayores que él, Bur, Matos y Edron, trabajaban la tierra con su padre así como Naktun ayudaba al suyo en sus trabajos con la madera. Y luego estaba Lunila, la hija más joven de los Virs, tan sólo un año menor que Naktun. Lunila era hermosa y encantadora, a diferencia de sus hermanos que asemejaban bestias de carga. Naktun se sentía atraído por ella, pero la veía muy pocas veces y no se animaba a hablarle debido a la falta de confianza. De hecho, el contacto de la familia de Naktun con otras gentes era escaso, por varias razones. El pueblo estaba lejos, a cuatro días de viaje, y quienes necesitaban un trabajo de su padre solían enviar el pedido a través del viejo Pur, con sus carretas y sus caballos. Viajar hasta el pueblo era costoso, y a pie peligroso. En las planicies habitaban lobos, serpientes y todo tipo de animales salvajes. Las personas que vivían en las planicies eran pocas y estaban todas separadas por vastas longitudes. Si se sufría un accidente en esos parajes desolados, se moría uno estando solo y sin ayuda alguna. Naktun no podía darse el lujo de aguardar la llegada del viejo Pur con su carreta y morir de hambre en la espera. Lo más sensato era ir hasta lo de los Virs y pedirles cobijo y alimento, quizá hasta lo dejaran trabajar la cosecha y vivir con ellos, o lo tolerarían al menos, hasta la llegada de Pur. En este último caso, le vendería los pocos cacharros que tenía para que lo llevara hasta el pueblo. Si había algo de lo que Naktun estaba seguro, era que no quería quedarse viviendo solo en las llanuras.

Por suerte aun recordaba bien el camino y la marcha transcurrió sin sobresaltos. Hacia donde se oculta el sol, hasta el pequeño grupo de árboles, luego derecho hasta la roca guía y de allí a la izquierda hasta alcanzar la casa abandonada, de ahí en adelante siempre recto, en dirección al pórtico. No le habían enseñado pautas de viaje más concretas, pero así se lo había aprendido, a su manera. A pesar del calor de las planicies y de la falta de agua, no se detuvo a descansar en la casa abandonada como antaño con su padre, el tiempo apremiaba.

Completó el trayecto muy rápido, pues, cuando divisó el hogar de los Virs, el sol aun castigaba sus ojos y le quedaba al menos una hora más para

tocar el horizonte. Estaba agotado y muerto de sed.

Naktun atravesó el maizal de los Virs en dirección a la casa. La casa de los Virs era tres veces más grande que la de Naktun. Estaba construida en madera y tenía un descanso y un pórtico, donde la señora Virs solía sentarse junto a su esposo. Naktun esperaba encontrarlos así, junto a los tres hermanos trabajando la tierra. Y a la bella Lunila con su sonrisa ofreciéndole algo de beber. Pero la quietud del lugar lo puso nervioso. Se encontró pensando en las tumbas de sus padres, en los ojos purulentos y en el eterno desierto con sus horrores inconcebibles.

Al salir del maizal, posó la vista en las calabazas y los ancos y notó que estaban todos podridos y abichados. Acto seguido, oyó un grito provenir de la casa. Por acto reflejo, se ocultó nuevamente en el maizal y observó. Vio salir a Lunila corriendo como muchas veces la había soñado, completamente desnuda. Gritaba como una lunática. Tenía sangre entre las piernas. Corrió a gran velocidad directamente hacia la zona del maizal donde se ocultaba Naktun y éste la detuvo tomándola por los hombros. Toda imagen idílica de Lunila se perdió para el joven en aquel instante. Si alguna vez la había soñado desnuda seguramente no había sido en semejante condición. La joven tenía un olor fatal a heces y orín. Su otrora hermoso cabello rizado, estaba mugriento y pegajoso. Había sangre seca aquí y allá, principalmente en sus muslos y en sus pechos. Pero lo que más aterrizó a Naktun fueron sus ojos. Lunila que había tenido unos penetrantes ojos azules ahora estaba ciega y los tenía de aquel tono ceroso tan peculiar.

—¡Hermana! – oyó Naktún, al tiempo que veía salir de la casa a Edron, el menor de los tres hermanos. El joven era una masa de músculos y para sorpresa de Naktun, también estaba desnudo. Se agarraba la frente que sangraba copiosamente y trastabillaba en dirección a ellos aplastando las hortalizas podridas, guiado por los frenéticos gritos de su hermana.

—¡Mira lo que me has hecho, puta!

Naktun, muerto de miedo, intentó tranquilizar a la chica y se llevó como premio una mordida y unos cuantos rasguños. Al ver que Edron estaba a pocos pasos, la dejó allí sumida en su locura y se adentró un poco más en el maizal.

«He de estar muerto» pensó, «he de estar en el infierno, y es igualito a estar vivo, sólo que aquí reina la maldad y el espanto». «¿Qué hice yo para merecer esto, más que soñar a Lunila desnuda y dormirme en la carpintería de vez en cuando?».

Escuchó como Edron insultaba a su hermana y la sacaba del maizal –

ahora vas a ver zorra, te voy a castigar hasta que pidas perdón—.

Naktun espió de cuclillas, escondido en el maizal. Daba un espasmo cada vez que veía como Edron le propinaba un golpe a su hermana y sintió asco al ver que aquel bruto estaba muy excitado ante la situación. Al séptimo golpe Lunila dejó de gritar. Ya tan sólo se quejaba débilmente pero Edron aún no había terminado y comenzó a penetrarla allí mismo. Quien sí había terminado era Naktun, que montado en cólera salió temblando del maizal, cuchillo en mano. A cada gemido que Edron daba, Naktun daba un paso. Más apuraba su arremetida y gozaba Edron, más se acercaba Naktun por su espalda. En el mismo instante en el que aquel bruto llegaba al clímax, Naktun juntó coraje y le hundió el cuchillo en la nuca matándolo en el acto. Lo quitó de encima de Lunila, pero la joven ya estaba muerta.

Afligido, Naktun se quedó allí parado, en silencio. Un cuervo era testigo y desde el tejado de la casa lo miraba. Tuvo la sensación de que el ave le sonreía con sorna. Tomó una piedra y se la lanzó pero no le atinó y el cuervo solo emitió un graznido.

La casa de los Virs era una copia magnificada de su propio hogar. Encontró al viejo Nors envuelto en unas mantas en la despensa. No lo miró por mucho tiempo, pero el olor y el color de los ojos le bastaron para reconocer la causa. Los otros dos hermanos, Matos y Bur, estaban en el sótano junto a su madre. No se habían tomado la delicadeza de envolverlos o darles sepultura. Si bien los muchachos habían muerto como su padre, era evidente que a la vieja Ulm la habían matado por estrangulamiento.

Todos muertos menos él. ¿Y si el viejo Pur se había muerto en el camino o en el pueblo? Quizá allí también estaban todos muertos o se habían vuelto locos y se habían matado los unos a los otros. Entonces a Naktun no le quedaba más que comer de lo que quedara en lo de los Virs hasta que le llegara la muerte o hasta que apareciera alguien.

Estaba muy cansado y no podía pensar con claridad. Por suerte encontró varios litros de agua fresca en la casa. No tenían pozo, por lo cual debía ser agua traída por Pur desde el pueblo. Preparó un fuego e hirvió unos choclos. Comió algo, bebió y luego se durmió. Las pesadillas lo despertaron por la madrugada. Había soñado que encontraba la carreta del viejo Pur en medio del camino. El viejo iba sentado al frente tomando las riendas y gritaba sin cesar:

– ¡Yep yep, en marcha! —pero los caballos estaban muertos con sus estómagos abiertos de par en par. Dentro de la carreta estaban sus padres sentados, esperando pacientemente un viaje que no iba comenzar, y también estaba toda la familia Virs. Edron estaba sentado al lado de Lunila y le metía la mano por debajo de la falda y la vieja Ulm los miraba con desaprobación. Instantes después corría por las planicies y los lobos

lo perseguían. Tenían los ojos inyectados en sangre y babeaban. Cuando estaban a punto de alcanzarlo, un enorme reptil se aparecía frente a él, con una lengua bífida y le decía sin mover la boca:

—¡Sube, muchacho!—. Y eso era todo lo que podía recordar.

Había dormido en la cocina, lo más lejos posible de los cuerpos, pero el olor se había adueñado de la casa. Ni hablar de la escena que lo esperaba fuera. No podía evitar pensar que esos dos cadáveres eran en realidad sus muertos y los había dejado allí, a la intemperie. Al final, Naktun cavó seis tumbas más, un total de ocho en menos de dos días. Y se dijo a sí mismo que, de seguir buscando a los vivos, jamás dejaría de cavar.

Un atisbo de esperanza le hizo revisar el corral de los Virs cuando recordó que tenían una vieja mula, la cual usaban para arar la tierra. Encontró al animal vivo, y el corazón se le llenó de júbilo. Se acercó con cautela.

—Hola chica. Tranquila, tranquila. Estás muy flaca, seguro hace tiempo que no comes nada aquí encerrada.

La mula era dócil. Respondió bien a las caricias y a las palabras del joven y en cuanto este le abrió el corral, se puso a comer pasto como si no hubiera un mañana. Y quizá no lo había, pues era una mula condenadamente vieja.

—Si te llevó conmigo, hasta donde sea que aguantes, te vas a morir en el camino. Pero si me quedo aquí me voy a morir también, de angustia o de hambre. «Así que te voy a sacrificar por una pequeña posibilidad de llegar al pueblo» pensó.

Se quedó una noche más en lo de los Virs. Al día siguiente por la mañana, tomó algunas provisiones y se dispuso a cargarlas sobre la mula. O el animal era muy testarudo o él era un inepto en lo que al manejo de mulas respecta. Le tomó un tiempo considerable colocarle las alforjas y atarle las riendas. Apenas había visto al viejo Pur hacerlo con sus caballos un par de veces y todo se volvió un ejercicio de prueba y error. Estuvo satisfecho al ver que al tirar de la soga la mula iba en su dirección. De montar ni hablar. La mula no se movía un ápice cuando Naktun se le subía encima.

Así partió entonces, a pie, tirando de la mula para hacerla avanzar. Durante el primer día, la mula estuvo muy tozuda y Naktun trabajó sobremanera para lidiar con ella. Era evidente que el animal no estaba acostumbrado a realizar viajes largos y menos sin descanso. Por la noche, se detuvo a la vera del camino. En casa de los Virs había encontrado una lata de yesca lo cual le permitió encender una fogata. No pudo conciliar el sueño. Escuchaba sonidos que no había oído jamás en su vida y veía en los arbustos sombras que lo acechaban. La mula, que estaba atada a pocos metros, no dejaba de patear el suelo y dar resoplidos. La diferencia de temperatura entre la noche y el día era abismal en las planicies. A

plena intemperie, Naktun añoró el resguardo del hogar, incluso con el olor de los cadáveres. Al alba, desvelado, encontró menos aterrador el lugar. La mula, a diferencia suya si se había dormido. Desató al animal y siguió por el camino, en el cual se adivinaban erosionadas las marcas de la carreta del viejo Pur. Era el camino por el cual el viejo se desviaba de la senda principal para ir a visitar a su familia y a los Virs.

Hablaba con la mula en voz alta y eso lo ayudaba a eliminar la sensación de soledad.

—Falta poco chica. Vas muy bien— le decía. Pero la veía cada vez más lenta, con la respiración forzada y temía lo peor. Por momentos, le quitaba peso de las alforjas y cargaba con el agua y el alimento hasta que no aguantaba más.

Al llegar la tarde, alcanzó la intersección con la senda principal. Este camino era muy ancho y se notaba la mano del hombre en él. Había espacio para dos carretas. Naktun no recordaba esta senda. Había visitado el pueblo siendo muy pequeño para una fiesta de la cosecha y de aquello habían pasado ya quince veranos. Su ma le había dicho muchas veces que no podían pagar viajes al pueblo, que su padre tenía cada vez menos trabajo y Naktun sabía que eso era cierto. A medida que creció, dejó de insistir sobre el tema. La senda principal se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Naktun sabía por boca del viejo Pur que en carreta le tomaba cuatro días viajar desde el pueblo hasta su casa. Pero con el ritmo que había estado llevando, podrían ser seis días o más. Continuó su marcha mientras el sol se ocultaba por el horizonte. Apuró el paso al ver dos bultos en el camino y una bandada de buitres sobrevolar la zona. Al acercarse, los pajarracos que estaban en plena faena se alejaron. Eran dos cadáveres, el de una mujer y el de un niño. Algo ya se había roto en Naktun, temía por su propia vida pero a los cuerpos los aceptaba como si fueran naturales en el entorno. La mujer estaba más cerca, la separaban del niño unos sesenta pies. Tenía una roca en la mano cubierta en sangre seca y había muerto como la mayoría, gritando, ciega, danzando. Como su madre. Como su padre. Al niño lo había matado la mujer, era evidente. Tenía la cabeza destrozada. Ambos estaban cubiertos por el polvo del camino, descalzos. Mordisqueados aquí y allá por los buitres y otros animales salvajes.

«Esta locura no termina» pensó. Muy a lo lejos había una edificación, la divisaba en contraste con el horizonte. Tiró de la mula.

—Vamos, veamos que nos espera delante.

Dejó atrás a los difuntos, los primeros de una larga cadena a los cuales jamás daría sepultura.

Capítulo 3

La Danza de la Muerte

Argan dejó atrás las últimas dunas del gran desierto de Lamán para encontrarse con un paisaje igual de desolado. Las vastas planicies que se extendían ante él al menos tenían cierta vegetación. Iba vestido de forma tal que solo se veían sus ojos. Aflojó un tanto la tela que cubría su nariz y boca y tomó uno de sus odres. Tenía diez en total y le quedaban tres con agua. Dio unos cuantos sorbos. Con la boca nuevamente húmeda, siseó a su Guivre, un siseo largo seguido de otros cortos. El enorme reptil sobre el que iba montado se desplazó a gran velocidad, dejando con su barriga un surco en la tierra.

Nunca había estado tan al sur del reino, de hecho, jamás había cruzado el desierto. Ahora estaba en tierras inhóspitas, siguiendo los vestigios de la ruina y la devastación. Aún en el desierto no había perdido el rastro; cactus marchitos, aves caídas en pleno vuelo y lagartijas reventadas asándose al sol. Por supuesto, mientras menos vida había por mancillar en un lugar, menos se notaba el efecto.

Tres ciclos lunares habían transcurrido desde que abandonó Galashir, mientras ésta era asediada por los contrahechos del norte y el ejército tarmitano. Ser de los primeros en caer presa de la fiebre negra, (así decidieron llamarla los sabios de la corte) y de los pocos en sobreponerse a la misma, era una desgracia. Despertó para presenciar como todo lo que amaba se había desmoronado frente a sus ojos. El rey muerto, la ciudad sitiada sin defensas y un traidor. Argan había vivido siempre para servir, y lo había hecho bien, honrado como primero entre los maestros de armas de todo Galashir. Pero ahora se había impuesto una misión por convicción propia; cazar al malnacido que había provocado la aniquilación del pueblo Galasiano y hacerlo pagar con su sangre por la vida de cientos de inocentes.

Aún era de noche y avanzaba a través de las planicies cuando se percató de que había perdido el rastro. La vegetación circundante seguía verde y no había animales muertos. Extrajo de su faltriquera un catalejo extensible y oteó el horizonte buscando un rumbo. A lo lejos, vio una pequeña casa solitaria. «Hombres no, mierda, hombres no» pensó. Pero el mal ya se había consumado. Cuando llegó al lugar, desmontó, y se acercó con sigilo. La construcción era sencilla y humilde, hecha de madera. Había en la parte trasera, a pocos pies, un pequeño cuarto con herramientas de carpintería algo rudimentarias. Al otro lado de la casa, encontró una huerta que se había echado a perder y no por falta de cuidados. El olor que provenía del lugar era nauseabundo. Intentó observar el interior de la vivienda a través de la única ventana, pero estaba muy oscuro y no podía ver nada dentro. Lentamente, se acercó a la puerta de entrada, al tiempo

que, con su mano derecha extraía su acero de la funda. Abrió la puerta de golpe. La luz de la luna reveló en el interior una mesita de madera, dos sillas y dos camastros. El lugar parecía deshabitado. Había sólo otro cuarto más, muy pequeño, una suerte de despensa. No encontró nada allí.

Salió al exterior y agazapado buscó en la tierra. Había un rastro, ya casi borrado por el viento, pero Argan era un experto y lo siguió. No lo llevó muy lejos. A unos treinta pies de la casa, detrás de unos arbustos encontró dos tumbas. Una de las tumbas estaba vacía, habían removido la tierra de la misma. Tomó su espada y la hundió en la tumba; enseguida, tocó el fondo. En efecto, era poco profunda. El inepto que cavó las tumbas no había hecho bien su labor. Quizá tuvo suerte con la segunda. Argan tomó el arma con ambas manos y la clavó esta vez con fuerza en la segunda tumba. Un grito maníaco le llegó desde abajo, una mujer. Despertada de su letargo, la lunática extendió sus brazos por fuera de la tierra y pujó por liberarse de su encierro. El hombre no cedió. Clavó su espada una, dos, tres veces, hasta que los brazos dejaron de luchar y el agudo alarido se extinguió. No le tomó mucho tiempo encontrar al otro. Había recorrido una distancia considerable y estaba todo sucio. Iba a la deriva por el llano, bailando y gritando cosas que Argan no podía entender. Era un baile frenético. Ya había visto esto antes, en Galashir. La danza de la muerte. A medida que acortó la distancia, pudo entender mejor. Hablaba una versión muy cerrada de la lengua común.

—¿Hijo mío, dónde estás? – gritaba. Y zapateaba.

—¿A dónde se ha ido mi vieja? – preguntaba. Se reía y agitaba los brazos.

Hizo esto varias veces. Argan aprovechó el momento de consciencia y le habló.

—¿A quién buscas, viejo?— el hombre se giró, con los ojos desencajados. Lloraba pus y no miraba a ningún lado en particular.

—A mi niño y a mi vieja. Me dejaron solo trabajando, como siempre. Ese viejo de mierda se los llevó con la carreta, aseguro que sí.

—¿Vio a un hombre de ropas extrañas pasar por aquí?

—No. ¿Quién es usted? ¿Usted se llevó a mi familia?

—No, señor, no sé qué paso con su familia. Pero si me ayuda, yo lo ayudo. ¿No vio a nadie pasar por aquí? Un hombre con ropas muy raras, con un colgante muy llamativo, que brilla en la oscuridad y tiene un

símbolo, negro y amarillo. ¿Acaso lo vio?

El hombrecito se quedó quieto, balbuceando.

—Nadie pasa por aquí. Nadie. Me he quedado ciego, ¿acaso no ve?

—Lo veo. Dice que alguien se llevó a su familia. ¿A dónde señor?

—Al pueblo digo, señor. Tal vez.

—Creo que sé dónde está su familia. Venga conmigo, anciano, le mostraré.

El viejo al oír esto cambió su semblante. En su rostro demacrado y enfermizo surgió una expresión de esperanza. Aún temblando y dando espasmos por el mal que lo acuciaba se acercó a la voz que lo guiaba.

—¿Verdad dice usted señor? Es muy amable de su parte. Por favor lléveme con mi familia, se lo pido.

Argan condujo al anciano en dirección a su hogar. En el camino, el viejo le contó que eran una familia humilde pero feliz, que él trabajaba la madera junto a su hijo y que no recordaba muy bien como se había alejado tanto de casa. También le habló del pueblo, a cuatro días de viaje y le dio indicaciones de cómo llegar. Otro tanto desvariaba y balbuceaba. Le resultó notable que, al preguntar por el nombre del pueblo, el viejo lo llamara "Nerotzulma". Lo pronunciaba como una sola palabra, pero Argan sabía bien que eran dos vocablos separados de una lengua muy antigua. "Nero" en alusión a un metal, podría ser hierro o cobre, y "tzulma" significaba cráneo o calavera. Era un idioma antiquísimo solo hablado en Galashir por la corte real y sus allegados. El mismo, databa de los tiempos previos a la edad oscura.

Para cuando llegaron ante las tumbas, el viejo estaba a un paso de perder los estribos. Blasfemaba y se arrancaba el cabello. No parecía muy consciente de la compañía del otro. De pronto, se quedó muy tieso. Parecía una efigie tallada en roca. El maestro de armas quería observar esto, así que se puso a su lado con la cabeza inclinada, como quien contempla la hechura de algo increíble. La piel del desdichado comenzó a cambiar, aquí y allá se inflamaba y se abultaba en formas aberrantes. Aquellas masas de carne junto a su piel, adquirieron un matiz plomizo. Por su boca, manaba sangre que, erguido como estaba, le ensuciaba todo el frente y los pies. Ya convertido en cuestión de segundos en un cimientito de carne ulcerada, más macizo y ancho que antes, comenzó a moverse. El cambio ulterior se dio en los ojos, los cuales se giraron de forma extraña hacia adentro y luego, rebasaron las cuencas, inflamados y rojos. Veía. Un contrahecho abominable nacido en cuestión de segundos. No de un vientre, ni de generaciones y generaciones corrompidas por el mal

antiguo, no; esto era fruto de un mal mayor, premeditado. Al ser no le quedaba una pizca de humanidad. Se lanzó gruñendo contra Argan, el cual lo esquivó y de un solo golpe, le amputó ambos brazos a la altura del codo. Gritando de dolor e ira, la criatura cayó de rodillas observando sus miembros mutilados. Sin más tardar, el guerrero lo decapitó.

El sol asomaba por el horizonte cuando volvió a montar sobre el enorme reptil y partió en dirección al pueblo. Avanzó sin detenerse por los páramos. Al mediodía, encontró un camino algo angosto. A lo lejos, una carreta se acercaba a gran velocidad, levantando una gran cantidad de polvo y tierra. Aquellos caballos debían estar muy perturbados para alcanzar semejante velocidad. Argan detuvo su montura y la colocó de lado. Su guivre tenía dos veces el tamaño de un caballo pero aun así no iba dejar que lo embistieran. Se salió del camino y esperó. Sacó su catalejo y observó en detalle la carreta. El hombre que iba arriba de ella no parecía estar controlando a los animales. Era cuestión de segundos para que alcanzaran su posición. Cuando la carreta estuvo cerca gritó: —¡Hombre deténgase, alto ahí! —. Pero el conductor hizo caso omiso. Al rebasarlo pudo ver la parte trasera. Algo terrible sucedía allí. Siseó a su montura y lo persiguió a gran velocidad. En el carromato había algunas personas y se estaban matando entre sí. Uno de ellos tenía a otro agarrado de los pelos y le daba la cabeza contra un barril de madera que estaba al fondo. Más atrás no podía ver bien, pero debía haber unas cinco personas. Alguien tenía un martillo, Argan lo veía subir y bajar, entre estallidos de sangre. Un joven herido se acercó al borde del carromato y saltó, —¡No!— exclamó el galasiano, intentando direccionar al guivre, pero el enorme reptil atropelló al muchacho en plena carrera. La tragedia se repetía de nuevo, no era capaz de salvar a nadie. No le quedaba opción, pero al menos acabaría con aquella locura. Apuró al guivre con las riendas y un siseo hasta que el animal estuvo cabeza a cabeza con los corceles espantados. El enorme reptil con su cuerpo empujó a los dos caballos de lado, desviándolos del camino. Uno de los animales fue a parar de bruces al suelo, arrastrando al otro consigo, ya que estaban amarrados entre sí. La carreta volcó y una de sus ruedas salió despedida. Argan pudo ver al hombrecillo que montaba el carromato salir volando hacia delante. Se escuchaban gemidos y lamentos. Bajó del reptil y tomó de entre las alforjas una fina ballesta de mano, junto a un par de saetas. Un hombre se deslizaba a rastras fuera del carro, llevaba un martillo ensangrentado. Cuando se puso de pie y divisó a Argan, emitió un grito y se lanzó al ataque con el arma en lo alto. El proyectil de la ballesta se le incrustó entre ceja y ceja y cayó muerto. Dentro del carro, una mujer agonizaba. Había otras dos personas muertas. Se disponía a darle una muerte rápida a aquella pobre alma cuando oyó un ruido proveniente de los barriles y las cajas rotas que se apilaban a su izquierda. Otro desquiciado salió a la carga embistiéndolo por sorpresa. Atravesaron juntos el tejido del carro. Era un hombre robusto y estaba encima de él. Intentó protegerse lo mejor que pudo pero sus puños eran macizos y le atinó en el rostro con facilidad, haciéndolo escupir sangre. Ya no tenía su espada. Aquel loco lo

tomó por el cuello con ambas manos y le gritó cosas incomprensibles, escupiéndole el rostro. En sus ojos, se percibía la transición propia de la fiebre negra. Argan quiso gritar también pero el estrangulamiento no cedía y le comprimía la garganta. Desesperado buscó con la mano libre en la parte trasera de su cintura, haciendo fuerza con las piernas para separar su espalda del suelo. El hombre hizo una mueca de dolor, el galasiano le había ensartado un estilete en el abdomen. Tenaz, repitió la acción, hundiendo el arma hasta la empuñadura. A medida que aquel bruto dejó de ahorcarlo, recuperó aire, y arremetió con mayor ímpetu, una y otra vez. El hombre murió sobre él, con el estómago abierto. Se lo quitó de encima. Tenía ganas de gritar pero no podía, aun sentía las manos de aquel sujeto alrededor de su cuello. Pudo oír un gemido no muy lejos. Se incorporó tambaleándose y rodeó el carro. Uno de los caballos había escapado y el otro tenía una pata rota y yacía en el suelo bufando y relinchando. Otra vez pudo oír el gemido. Unos pasos por delante vio al hombre que había salido despedido, el que manejaba la carreta.

—Ayuda, por favor, ayuda – exclamó, con una mano extendida.

Argan se acercó y lo observó. Por la forma en la que estaba tirado en el suelo, seguro tenía las caderas rotas. Se arrodilló a su lado y le acomodó la cabeza bajo su capa hecha un ovillo. Era un hombre mayor, enjuto. Le faltaban algunos dientes y tenía una barba abundante. Cuando tuvo cerca al galasiano le tomó una mano y lo acercó hacia su rostro.

—Lo intenté – le dijo – intenté sacarlos de ahí, salvar a algunos. No les cobré nada de nada. Lo juro. Pero ya era muy tarde.

—¿De dónde, viejo? ¿De dónde los quería sacar?

—Nerotzulma, el pueblo – le indicó, señalando con su mano temblorosa el camino.

—¿Qué sucedió allí? Dígamelo por favor, se lo ruego.

El viejo se quedó callado unos segundos, recordando.

—Deme algo de beber por favor, tengo mucha sed.

—Lo haré, espéreme aquí. Segundos después, Argan volvía con un odre. Le dio de beber. El anciano herido se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Hace dos semanas él llegó, el mago azul le dijimos al principio. Parecía un viejo pero se movía como un hombre joven. Vestía sedas muy raras y hablaba raro también, pero le mostró cosas a las gentes y ellos se maravillaron. Los tocaba y veían, y luego lo adoraban. Habló del futuro, y de la evolución del hombre. Habló de cosas que me recordaban a los

cuentos antiguos y yo, que me los sé muy bien de memoria, tuve miedo. Nos dijo que venía de un reino muy lejano, y que era amo y señor en su tierra. Se llamó a sí mismo Il'Ratesh, el rey mago. Decía haber viajado a través del eterno desierto para traernos prosperidad y bienaventuranza. Pronto los hombres más ricos del pueblo comenzaron a rendirle tributo. Hasta se acostaba con las mujeres que él elegía. Llevaba consigo un talismán muy extraño, con la imagen de un trébol negro en un campo amarillo. Le era muypreciado y a veces lo hacía brillar en la noche para que todos lo vieran. Con el pasar de los días, puso a gran parte del pueblo a trabajar para él, principalmente a juntar madera. Muchas personas comenzaron a enfermar y a enloquecer, y allí fue cuando mis temores se confirmaron. Algunas personas caían como si estuviesen muertas, presa de una terrible fiebre, y luego se levantaban y andaban ciegas y enfermas sin rumbo. A veces montaban en cólera y asesinaban sin mirar a quien. Otros cambiaron. Lo juro, lo vi con mis propios ojos, se volvieron monstruos deformes. A esos los encerraron en las casas o los mataron. El mago azul controlaba a la mayoría del pueblo, incluso a muchos de los enfermos de ojos amarillos. Las personas parecían no notar nada, seguían trabajando sin descanso para él. Y murmuraban, sí. Una vez me acerque y los oí murmurar. Estaban felices, pues iban a ver al rey mago volar, eso decían. Los que nos escondimos o lo confrontamos comenzamos a ser perseguidos y asesinados también. Hace dos días atrás abandoné el pueblo con estas personas y escapamos en mi carreta. Debíamos ser los últimos. Ahora Nerotzulma le pertenece. ¿Joven? ¿Voy a morir aquí, verdad?

Argan se había quedado pensativo escuchando al anciano. Le tomó unos segundos espabilar ante la pregunta del hombre, pero fue sincero.

—Sí, usted morirá aquí. ¿Cuál es su nombre, señor?

—Purcas joven, pero la gente siempre me ha dicho Pur.

—Aquí tiene Purcas, beba un poco más – le acercó otra vez el odre al viejo, que bebió con dificultad.

—Usted dice que abandonó el pueblo hace dos días atrás, y quiero saber, ¿en qué trabajaba la gente en ese entonces? ¿Para qué era toda esa madera?

—Estaban construyendo una torre, en torno al gran cráneo de hierro – el viejo comenzó a reír, como si la idea le resultara muy graciosa – para verlo volar entiende, solo para ver al mago volar.

—¿El cráneo de hierro? ¿Acaso no es ese el nombre del pueblo?— Argan tomó al viejo por los hombros, pero el anciano no paraba de reír —¡Viejo,

oiga, deténgase, paré por favor!

Pero el viejo no pudo. Entre risas se fue, en un instante. Como si algo horrendo lo hubiese alcanzado, aferrando su pecho y con los ojos bien abiertos oteando el cielo, falleció.

Capítulo 4

Heridos por la Luz

Dos hombres cruzaban a paso rápido los pestilentes pozos de las ciénagas de Azchoria, quebrando la quietud propia del lugar.

—¡Abajo! – dijo uno, tirando del brazo del otro.

Se ocultaron detrás de un tronco caído, entre el lodo, con el agua estancada hasta la cintura.

—Mantén la cabeza baja Ojo, y no hagas ruido.

—A m-m-mí no m-me ma-ma- mangonea nadie Tefir – dijo Ojo hermoso, con su feo rostro embarrado y su ojo virolo mirando a todos lados menos a su interlocutor.

—Mírame al hablarme.

—M-m-muy gra-gra-gracioso, imb- imb-imbécil.

Su compañero le sonrió con sarcasmo y volvió a observar, a través de los helechos que precedían al tronco.

—Son buscadores tarmitanos.

—¿Cha-cha-tarrereros?

—Silencio, ahí vienen.

Más adelante, un grupo de individuos avanzaba sondeando los estanques del pantano. Eran hombrecillos enjutos y encorvados, vestidos con harapos. Llevaban el rostro cubierto con máscaras para respirar y toda clase de pertrechos. Uno de ellos, cargaba una gran bolsa repleta de chatarra. A pocos pies detrás, transportado por un mecanismo bípedo de metal, viajaba un Oldobrón guiando al grupo. El oldobrón era un tarmitano de alto rango, y era muy raro ver uno en la superficie. Iba en la cima de la máquina, resguardado por una esfera traslúcida que se contraía y expandía como si respirara. En sus ansias de verlo mejor, Tefir asomó su cabeza por sobre el tronco. Era un ser deforme y gordo, con el cráneo inmenso. Reposaba en una suerte de camastro, en el interior de su burbuja, recostado contra varios colchones. Ojo hermoso le tocó el hombro, aterrado, incitándolo mediante señas a ocultarse. De pronto el grupo se detuvo. La sonda había encontrado algo en el estanque más próximo. Uno de los tarmitanos se acercó hasta el agua estancada. Iba equipado con una herramienta de succión, unida mediante un tubo a una

mochila en su espalda. Ambos ya habían visto esto antes.

—Bi-bi-biogás – susurró Ojo, y Tefir asintió.

Otro de los tarmitanos lanzó un pequeño aparato al agua. Después de unos segundos, se escuchó un gorgoteo y una gran burbuja se elevó casi hasta la altura de los árboles. El tarmitano que estaba cerca, introdujo de inmediato su aparato succionador, y comenzó a absorber el gas del interior de la burbuja. Al terminar, continuaron su camino. Pasaron a muy pocos pies de donde se ocultaba el par.

Una rana negra y naranja se había posado sobre el pecho de Ojo hermoso, que había quedado boca arriba con la nuca pegada al tronco. Era una especie venenosa al tacto. Tefir aferró el brazo de Ojo con firmeza, para que se quedase quieto. Atentos al chapoteo de los tarmitanos que se alejaban del lugar, ninguno de los dos le quitaba la vista de encima al pequeño pero letal animalito. Cuando no hubo más que el croar de la rana, ojo comenzó a sacudirse como un pez fuera del agua.

—¡Qui- qui- quítamela de-de- desgraciado!

—No grites que podrían volver. Quédate quieto.

Ante el movimiento del hombre la rana comenzó a inflarse. Al ver esto, Ojo uso el gancho que tenía por mano izquierda para ensartar al anfibio.

—¡No!— gritó Tefir, pero ya era demasiado tarde.

La rana estalló salpicando el rostro de Ojo que se levantó por la sorpresa. Dando alaridos, tropezó con el tronco cayendo del otro lado.

—¡Me quemo! – dijo, sin tartamudeo alguno, mientras se aferraba el rostro.

Tefir lo agarró por los pocos mechones de pelo gris que le quedaban, sumergiéndole la cabeza bajo el lodo y el agua repetidas veces. Ojo escupió algo de barro y miró a Tefir aterrado.

—¿V-v-voy a mo-mo-morir verdad? S-s-sé que so-so-son venen-venenosas.

—Solo al contacto con lo que segrega su piel, Ojo, nada más. Pero cuando se inflan lanzan orín, y es muy ácido.

—M-m-me entró en la bo-bo-boca.

Tefir echó a reír. Ojo hermoso no pudo más que insultarlo por lo bajo.

—¿Viste eso ojo? Un oldobrón rondando los pantanos. Sabía que algo extraño estaba pasando en Tarmitar, los rumores eran ciertos.

—No so-so-lo bu-bus-caban bi-bi-biogás. Lo esta-ta-ban es-co-coltando.

— Así es, succionaron el biogás al pasar. Sigamos, antes de toparnos con más grupos de chatarreros.

Con cautela continuaron avanzando por el pantano. A pesar de que era de día, eran pocos los rayos de luz que lograban colarse por entre los frondosos árboles de las ciénagas de Azchoria. En suma, los gases emitidos por los estanques más profundos dificultaban la visión. Una niebla verde cubría todo el espacio circundante, y se volvía más densa a medida que los compañeros avanzaban.

—¿No ha de faltar mucho cierto?

Ojo hermoso dudó ante la pregunta, hacía mucho tiempo que había escapado de aquel lugar. Jamás había pensado en volver, hasta que Tefir le pidió el favor. Y se lo debía, aunque, también lo hacía por las ganancias. Sería información valiosa, con su peso en oro.

—Si-si-sigamos. N-n-no ha de fa-faltar mucho.

Notaron que la tierra firme ganaba espacio, dejando detrás los estanques y helechos. La niebla verde comenzaba a disiparse.

—Las ma-ma-máscaras, a pa-partir de ahora – dijo Ojo.

Tefir sacó dos máscaras, con oculares rojos y filtros de oxígeno.

—No tenemos de repuesto así que hay que usarlas con cuidado. ¿Qué hay de la vestimenta?

—Así es-ta-tamos bien.

Iban encapuchados, ambos, con capas andrajosas, sucias de haberse arrastrado por las ciénagas. Pero debajo de las capas llevando su atuendo habitual, su ropa de trabajo. Faltriqueras con dagas, navajas, granadas de humo, sogas, ganchos, ganzúas, etc., todos los instrumentos característicos de quien se jacta de ser un ladrón hecho y derecho.

—No olvidemos las tabletas Ojo. No quiero terminar tan feo como tú.

—Ve-verdad, a-a-aquí ti-ti-tienes. Yo ta-también la tomo, n-no qui-quiero

que-que-que i-i-igual de es-tu-tu-túpido que tú.

Ojo hermoso le entrego una pequeña tableta glauca a Tefir, y el mismo se tragó una. Acto seguido se pusieron las máscaras.

—De a-a-quí en más d-dos horas – exclamó Ojo, mientras sacaba un reloj de bolsillo con la punta de su gancho y le daba cuerda con su única mano – al me-me-menos eso di-dijo el vi-viejo. N-no cre-creo que m-m-me af-af-afecte a mí, pe-pe-pero a ti sí.

—Y espero no se equivoque, no quiero morir intoxicado. Se supone, no salen a merodear hasta que cae el sol, y no falta mucho para eso. Adelante.

Cruzaron la última hilera de árboles. Una brusca pendiente sorprendió a Tefir. La escena era inconcebible. Incluso para Ojo hermoso, que ya había estado allí. Ambos estaban parados al borde de un gigantesco cráter, el cual se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Enormes ruinas de una ciudad antigua se erguían en su centro. Las estructuras, con sus armazones de metal a la vista y sus coberturas apelmazadas, parecían abominables titanes, con la piel derretida y los huesos al aire.

—Tarmitar, increíble – la voz de Tefir sonó distante a través de la máscara.

Ojo se le acercó dándole una palmada en el pecho

—Es ta-tan solo la su-su-perficie.

Amarraron una cuerda al árbol más cercano y bajaron por ella hasta donde la pendiente se volvía menos brusca. Había un amplio trayecto sin cobertura hasta las ruinas, por lo tanto, avanzaron con cuidado, entre chatarras y trincheras mugrientas, dejadas allí por los chatarreros. A los pies de las inconmensurables edificaciones, la vista era aún más impactante.

—Quizá querían alcanzar el cielo y por eso construían torres tan altas. ¿No crees ojo?

—N-n-no. Se-se-seguro eran ta-tantos que ga-ga-naban espacio co-co-construyendo pa' arriba.

—Muy pragmáticos.

—¿ To-to-dos api-pi-ñados en un mi-mi-mismo lugar ?

—¿Escuchas eso Ojo?

Primero fue distante, luego, poco a poco, el sonido comenzó a hacer eco entre las ruinas hasta que ambos pudieron oír el estruendo de miles de hombres marchando. Sonaban los cánticos tarmitanos de la guerra, por primera vez en la historia.

—Ven ojo, subamos a lo alto de aquella estructura para ver lo que sucede, no pueden estar muy lejos – Tefir señaló un edificio dominante, cuya cúpula se había venido abajo, pero aún conservaba gran parte de su revestimiento, ofreciendo resguardo.

—Bu-bu-buena elec-ci-ción.

Se internaron en la ciudad, por un amplio callejón. De aquella antigua civilización no quedaban más que vestigios, todo se había convertido en cenizas, excepto por los cacharros de metal y las colosales construcciones.

—¿Para que habrán servido Ojo?

—Pa-para lle-lle-var gente, co-cómo las ca-ca-rretas.

—¿Sin caballos?

—Bu-bueno, tú has vi-visto la ma-máqui-quina que tra-transpo-portaba al go-gordo ca-cabezón.

—Así es, me gustaría saber cómo se mueven por si solas.

Para Ojo hermoso aquello también era un misterio, aunque su ingenio nato le indicaba que, así como la madera alimenta el fuego de la hoguera, los tarmitanos utilizaban el biogás o algún otro tipo de combustible para animar la maquinaria. Como esclavo, jamás había tenido la oportunidad de acercarse a los altos mandos, ergo, solo conocía detalles acerca de las muy poco admirables costumbres chatarreras. Una vida dedicada a la recolección y la supervivencia, en una tierra estéril, donde la esperanza de vida es corta y el aire envenena los pulmones. Un lenguaje tosco, básico. Un dios artificial de acero y sus sacerdotes deformes, los únicos capaces de procrear. En síntesis, según Ojo, una vida de mierda.

Llegaron hasta la entrada de la edificación elegida por Tefir. Afuera, el sol comenzaba a ocultarse. El ingreso parecía despejado, de todas formas echaron un vistazo antes de entrar. En el hall de entrada había un pequeño grupo de chatarreros montando guardia.

—Re-re-retiro lo di-dicho. Ma-mala e-e-elección.

Era una sala enorme, abovedada, con grandes escaleras que ascendían a un nivel superior. Los sonidos de los chatarreros hacían eco por todo el lugar. Había tres de ellos sentados en torno al fuego, asando una rata. Había otro vigilando desde el entrepiso anexo a las escaleras, por sobre las cabezas de sus compañeros. Las sombras se proyectaban por todo el salón mientras las llamas de la hoguera danzaban. Se habían quitado las máscaras para comer. Tefir y Ojo se acercaron sigilosos, ocultándose tras unos barriles de metal cercanos a la abertura principal. Los chatarreros estaban discutiendo algo. A Tefir le costaba entender el grotesco y cerrado dialecto desde allí, pero para su compañero no era tan difícil.

—Guerra, sí, al fin – dijo uno.

—Nos no luchamos, nada bueno esto – exclamó otro, y lanzó un trozo de madera a la hoguera con desprecio.

—Bueno es, tonto. Nueva tierra, comida y agua. El príncipe traidor plantó muerte en su gente. Ganamos.

—No para nos, desprecio. Para hijos de dios metal, ellos sí. Nos nunca ir fuera. El sol nos duele.

Tefir arrojaba miradas inquisitivas a Ojo esperando respuestas pero este hacia caso omiso. Estaba muy interesado en lo que oía. Si Tarmitar iba a la guerra, pero los chatarreros no, ¿entonces quiénes?

—Te-te-tenemos que su-subir y v-ve-ver q-que su-sucede ma-más allá –susurró.

Por señas acordaron como proceder. La discusión de los chatarreros se había vuelto más acalorada. Dos de los que rodeaban la hoguera se habían puesto de pie y habían comenzado a empujarse, encorvados como eran, parecían dos ancianas luchando. El tercero tan solo seguía asando la rata, como si nada sucediera.

—Traidor, matarte para el dios. ¡Tus cosas mías!

—No si yo mato primero a tú.

El primero sacó un cuchillo oxidado, el segundo una vara de hierro. El que vigilaba arriba, se acercó al barandal para observar la reyerta. Aquel que asaba siguió desinteresado, hasta que su compañero del piso superior cayó estrepitosamente a su lado, con un dardo negro clavado entre las lentillas de la máscara. Se disponía a alertar a los otros dos cuando otro proyectil le dio en la garganta. Con la boca abierta cayó al suelo, muerto. El chatarrero de la barra de hierro se disponía a golpear a su contrincante,

cuando vio una sombra de ojos rojos parada detrás del mismo. Tefir tomó por detrás al desgraciado y le cortó el cuello con su daga. El de la vara se giró, dispuesto a salir corriendo, pero la misma daga le atravesó la nuca.

—Pa-pa-pan co-co-comido – dijo Ojo, mientras guardaba su cerbatana.

Tefir inspeccionó a aquellos desafortunados. Sus rostros eran deformes, abultados aquí y allá. Olían a perro muerto. Uno de ellos, el que había estado asando, tenía un pie extraño, más grande que el otro, y le faltaba una mano.

—Mira Ojo, este ha de ser hermano tuyo.

Ojo hermoso le dedicó algunos improperios.

Los chatarreros no llevaban nada de valor. Tan solo tomaron una de las máscaras, que aún tenía los filtros sanos.

—¿Para que usan las máscaras con los filtros rotos? No parecen tener problemas con respirar el aire de aquí.

—Se pro-protecten de la lu-luz – explicó Ojo.

Tefir sintió algo de lastima por ellos, no habían elegido aquella vida, no habían tenido opción.

—De-de-deja de mi-mirarlos, su-subamos.

El sonido proveniente del exterior los hizo subir rápido, corriendo, y si bien ambos estaban en buen estado físico, cuando alcanzaron el último piso, quedaron sin aliento. Ojo se acomodó contra las columnas que dividían las gigantescas ventanas para tomar aire y miró para abajo. Tefir lo siguió. Había un gran espacio entre las ruinas, una suerte de plaza principal, pero diez veces más grande. De entre los amplios callejones al norte, numerosas huestes ingresaban, portando estandartes con un logo que Ojo no había visto nunca en su vida. Una flor negra, sobre un campo amarillo. Tefir sacó un pequeño catalejo para ver mejor.

—Di-di-dime.

—Esos hombres no son chatarreros Ojo, son altos y macizos; portan armaduras de hierro. Hay algunos oldobrones entre ellos. Los chatarreros que veo están saliendo de entre los edificios, pero no avanzan más allá de las sombras.

Tefir observó el fondo de una de las formaciones. Transportaban carros

con personas dentro.

—¿Q-q-ué ma-más v-v-ves?

—Traen prisioneros. No están partiendo hacia la guerra, vuelven de ella.

—Vi-vi-victoriosos.

Tefir miró a su compañero inquisitivo, pero Ojo fruncía el ceño a través del visor de la máscara, preocupado

—¡Se mueven!

Las huestes comenzaron a dispersarse. Cual hormigas volviendo al hormiguero, se retiraban por distintos túneles que circundaban el lugar.

—¿A esto te referías? ¿Vamos a seguirlos hasta allí?

—La ve-ve-verdadera Ta-tarmitar ya-yace en lo pro-profundo de la ti-ti-tierra.

Cuando no hubo más que calma, ambos salieron al exterior y avanzaron hasta la gran plaza con extrema cautela. Tefir encaró hacia los túneles lleno de escepticismo, pero Ojo le hizo señas para que lo siguiera. Por supuesto, él debía conocer un pasaje mejor, ya que había escapado de allí cuando niño. De hecho, siempre había querido preguntarle sobre eso. Sabía bien que la deformidad de su compañero se debía a la toxicidad de aquellas tierras; la mano que nunca había crecido, el pelo escaso, el ojo loco. Aun así nunca indagó de más, por miedo a generar una distancia poco fructífera para el negocio. Sin embargo aquí estaban, por trabajo, ante el pasado de su socio y no podía evitar sentir curiosidad al respecto.

—Me aterra pensar que pasaste tu infancia en este lugar – dijo.

—A-a-aun no vi-viste nada.

Se alejaron una considerable distancia de aquella plaza central, hasta un pequeño callejón sin salida. Ojo señaló el suelo, al final del callejón. Había allí, embutido en el piso, un disco de hierro oxidado con dos hendiduras a los costados y un diseño extraño; variadas florituras, acompañadas de unos símbolos incomprensibles.

—¿Y eso?

—U-u-un pa-pasaje.

Ojo sostuvo el disco por una de las hendiduras y con algo de esfuerzo, lo desencajó. Tefir lo ayudó a correr el disco, dejando un hueco libre. Era un

hoyo estrecho, con barras de metal incrustadas en su interior formando una escalera.

—Tu primero – dijo Tefir.

Se podía oír el fluir del agua proveniente desde el fondo. Por un instante, Ojo se quedó tieso, y Tefir creyó que su compañero había desistido acerca de continuar la misión. Se disponía a hablar, cuando el otro se dio la vuelta y se lanzó por el hueco. Luego asomó la cabeza y preguntó:

—¿Vi-vi-vienes? No tenemos mucho tiempo.

Agradecido por la determinación de su socio, Tefir lo siguió. Bajaron por la escalinata. La única luz disponible era la que ingresaba por el hueco. A pocos pies sobre la corriente que corría por lo bajo, el tramo de barras de metal terminaba, por lo cual Ojo se dejó caer. Tefir hizo lo mismo. Estaban dentro de un túnel abovedado, por el cual fluía una leve corriente de agua turbia, hasta la altura de sus rodillas. Al frente y atrás, la oscuridad se adueñaba del camino.

—¿Por aquí escapaste?

Ojo respondió, negando con la cabeza.

—D-d-dagas.

Sin hacer preguntas Tefir desenfundó su fina daga, comenzando a especular. El pasaje era seguro para infiltrarse, pero debían ir con las armas prestas.

—¿Cuánto tiempo nos queda Ojo?

—Po-po-poco, u-u-una hora. Pre-pre-prende el tu-tubo.

Tefir sacó un fino tubo de cristal, con un pomo de metal en cada extremo. Lo sacudió severas veces, pero nada sucedió.

—Te dije que habíamos pagado mucho por esta porquería – exclamó, mientras seguía agitando la reliquia en el aire.

—Si-si-silencio.

Ambos compañeros se quedaron muy tiesos. Un ruido a sus espaldas los hizo girarse de golpe. Algo se deslizaba por el agua en dirección a ellos.

—Vi-vi-vienen.

—¿Quiénes vienen? ¡Y tu puta madre Ojo, que me avises antes te digo siempre!

—Los va-várgamos. ¡Pre-pre-préndelo imbécil!

Tefir continuaba blandiendo el tubo desesperado, como si de un sable se tratara. «¿Qué diablos son los vavárgamos?», pensó. Ya cuando el sonido era más próximo, el cilindro de cristal resplandeció, emitiendo una suave luz amarillenta alrededor de ambos. Un grupo numeroso de ratas, avanzaba hacia ellos, por los estrechos laterales de piedra a ambos lados del afluente. Tefir golpeó con el tubo el brazo de su compañero.

—¡Sólo son ratas grandes!

De pronto, algo salió del agua a gran velocidad y se lanzó contra los animales. Era una larga criatura de piel grasienta y brillante, de color negro, similar a un gusano. Debía medir el largo de dos hombres. Más criaturas semejantes asomaban, atrapando roedores con facilidad.

—¡Co-co-corre! – gritó Ojo, que ya había salido chapoteando por el tunel.

Tefir espabiló y fue detrás de él, maldiciéndolo con la luz en alto y sin dejar de observar por sobre el hombro a los gusanos, que volvían a sumergirse bajo la corriente. Las ratas sobrevivientes a la masacre pronto los rebasaron. El más joven de los compañeros sintió un tirón. Uno de los gusanos se estaba enrollando en torno a su brazo, ejerciendo gran presión. El cilindro lumínico cayó al agua. Todo ocurrió muy rápido. Ojo se dio la vuelta y golpeó dos veces el cuerpo del várgamo con su garfio, cortándolo en el segundo ataque, sin embargo, la sección superior de la criatura aún seguía aferrada al brazo de su socio. La cabeza ovalada del gusano se situó frente al rostro de Tefir. No tenía ojos, solo un pequeño punto verdoso en su extremo. Aquel pequeño punto se abrió, y la cabeza de la criatura se dividió en una serie de tentáculos repletos de dientes. La secreción verde expulsada desde el interior del gusano empapó los oculares de la máscara, pero Tefir ya había calculado bien e introdujo su daga justo en la garganta del várgamo. El resto del cuerpo del horrendo ser cedió, y cayó al agua.

—¡El tubo!

Una esfera de luz borrosa se alejaba arrastrada por la corriente. Se lanzaron a la carrera tras ella, para no quedar sumidos en la oscuridad. Ojo esquivó el ataque de uno de los várgamos y se tiró al agua, procurando atrapar el cilindro. Justo cuando estaba por alcanzarlo, la criatura lo arrastró de las piernas y el tubo se le escapó de los dedos. Al frente, el túnel presentaba una bifurcación. Tefir socorrió a su compañero, aferrando al gusano que lo acosaba y dándole tajadas aquí y allá con la daga. El escurridizo se revolvía con violencia intentando liberarse. De

repente, Tefir lo soltó y el várgamo herido se alejó nadando.

—¿Izquierda o derecha? – preguntó, mientras ayudaba a su compañero a ponerse de pie.

—Iz-izquierda, ra-ra-rápido. Vi-vi-vienen más.

Tomaron el túnel izquierdo. Para desgracia de ambos, el cilindro luminoso se había desviado por el otro pasaje. Más no había tiempo para desviarse, con los várgamos pisándoles los talones.

—¡Ahí van, cincuenta rins a la basura!– se lamentó Tefir, mientras se precipitaban en las sombras—. No puedo ver absolutamente nad... ¡uy!

El suelo presentaba una inesperada y brusca pendiente. El joven ladrón resbaló y cayó, arrastrando a su compañero en el acto. Se deslizaron a gran velocidad por la corriente, dando tumbos, hasta caer sobre un terreno fangoso. Se levantaron embarrados y doloridos. Allí, según Ojo, ya era posible quitarse las máscaras. Si bien no estaba muy seguro, al ver el rostro de placer de su compañero al respirar sin usar la máscara, Tefir también se la quitó. Efectivamente el aire parecía normal. Algo de luz se colaba por un hueco al frente, precedido por una pequeña reja. Estaban en un reducto estrecho, cuya base estaba cubierta principalmente de lodo. La corriente que caía desde arriba se mezclaba con la tierra, y el excedente salía por unas canaletas a los costados. De repente, una sombra negra cayó contra la nuca de Ojo, un várgamo. Ojo comenzó a agitarse. Tefir se acercó sin apuro y le quitó al gusano muerto de encima.

—Tan solo son los restos del que matamos Ojo – tomó a su socio por la capa y lo acercó hacía el—. ¡Casi morimos ahí arriba! ¿Eres consciente de eso?

—No t-t-te af-af-aflijas pupu. Era la u-única fo-fo-forma de entra-trar si- sin ser vi-vi-vistos.

Tefir lo zamarreó varias veces.

—Que no me digas pupu. Tu ta-ta-ta-tarmudeo me exaspera.

—Ve-ve-vete a la mi-mi-mi...

Un tremor in crescendo proveniente del otro lado del hueco los interrumpió. Tefir miró a Ojo curioso. Se acercó hasta la reja y observó. Hasta donde podía ver a través del hueco, estaba despejado. Parecía ser una sala abovedada. El suelo estaba cubierto por cerámicas, en mal estado, pero aun blanquecinas. La rejilla presentaba cortes en uno de sus lados, así que hizo algo de fuerza y la dobló hacia afuera, abriendo

suficiente espacio como para pasar agachado.

—¿Es seguro? – preguntó, antes de avanzar.

Su compañero asintió. Prosiguieron cuerpo a tierra. Aquél lugar no era una simple sala, no. Era un inmenso túnel abovedado, sostenido por anchas columnas, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Por el centro del túnel, a pocos pies de la plataforma donde ellos se encontraban, había una suerte de canal por el cual corrían grandes vigas de hierro. Del otro lado, había otra plataforma revestida con cerámicos. Ambas plataformas tenían un comienzo y un final, sin embargo el túnel continuaba hacia ambos lados. Lo más sorprendente, era que el lugar estaba iluminado por pequeños focos de luz, repartidos a lo largo del túnel.

—Luz antigua Ojo. Nunca pensé...

—Ta-ta-tampoco yo. E-esto es un-un-nuevo pa-para mí.

—¿Acaso es eso un terremoto? Se oye cada vez más fuerte.

Era, en efecto, un ruido muy potente que se acercaba. No habían oído nunca nada igual. A Tefir le resultó similar a un trueno, pero interminable. Cuando el encuentro parecía inminente, ambos se ocultaron detrás de una de las columnas. Lo que vieron en ese momento los dejó estupefactos. Tefir simplemente no podía creerlo. Ojo, en cambio, asombrado al principio por los focos de luz, sintió esta vez miedo y confusión. Una larga máquina atravesaba el túnel a gran velocidad. Era, sin lugar a dudas, una antigüedad refaccionada por los chatarreros. Varios de estos iban dentro, otros encima, gritando y agitando piezas de metal. La máquina estaba dividida en compartimentos conectados, cual eslabones de una cadena, y estos tenían ventanas y puertas, por las cuales los pasajeros asomaban sus brazos y cabezas. No notaron al par oculto detrás de la columna. El último tramo de aquel transporte antiquísimo se perdió en el túnel, chirriando y echando chispas. Ojo y Tefir cruzaron miradas de asombro.

—¿Pero qué demonios ha sido eso? – preguntó este último.

Su colega no sabía que decir, pero algo era evidente; grandes cambios habían ocurrido durante su larga ausencia.

Capítulo 5

La Marcha de los Condenados

Naktún rodeó la construcción buscando signos de vida, pero no pudo ver nada. Estaba construida en barro y madera. Las ventanas habían sido tapiadas. Lo mismo la puerta de entrada. Tenía frío, estaba cansado y ya estaba anocheciendo. Dejó a la mula atada fuera y trepó hasta el alfeizar de una de las ventanas del segundo piso. Esta no había sido sellada, por lo cual rompió el vidrio y se metió en el interior. «Doble piso y ventanas de vidrio» pensó, «este debió ser un lugar importante, quizá un puesto de paso o una taberna». El interior estaba oscuro pero el joven ya se había acostumbrado a la falta de luz. Era un cuarto pequeño, con una cama, un armario y una mesa. Sobre la cama yacía el cuerpo de un hombre. Naktún encendió una vieja lámpara de aceite que había sobre la mesa. Había manchas de sangre sobre la cama. El hombre había sido golpeado y despedazado, su rostro estaba irreconocible. Había signos de lucha por todo el lugar. La puerta de entrada a la habitación estaba destrozada. Naktún sacó su cuchillo, tomó la lámpara de aceite y avanzó con cautela fuera del cuarto. Se encontró frente a un barandal, varios pies por encima de la planta baja. Desde arriba iluminó lo que le pareció el interior de una taberna. Había dos cuerpos sobre la barra, entre botellas y vasos rotos. Las mesas redondas y las sillas, aquí y allá, estaban partidas o volteadas. Contó al menos cinco muertos más entre las mismas. Pero la escena más aterradora estaba en la puerta de entrada. Allí había muchas personas apiladas, aplastadas entre sí en formas extrañas. Naktún calculó una veintena de cuerpos, quizá más. Se habían agolpado contra la entrada, como si hubieran querido escapar de algo. A su izquierda y a su derecha había más puertas; otros cuartos para huéspedes, supuso. Revisó todos los cuartos, uno por uno. Todos albergaban cuerpos, signos del terror acontecido en aquel lugar.

Cuando bajó las escaleras hasta la planta inferior tuvo cuidado de no tropezar con los cadáveres atravesados en los escalones. Al llegar al cumulo de cuerpos, ilumino los rostros con la lámpara. Los gestos y las muecas le recordaron a sus padres. Los ojos reseco y amarillos, abiertos de par en par, le devolvieron el brillo de la luz. Había hombres mujeres y niños, también ancianos. Habían arañado las paredes y forzado las tablas. Pero, si solo los que estaban debajo podrían haber muerto aplastados por la desesperación de los demás, entonces ¿cómo había muerto el resto? ¿Acaso la terrible fiebre los había matado?

Dio un brinco cuando le pareció que uno de los ancianos, que estaba boca arriba casi en la cima del montículo, había movido su mano. Comenzó a sentirse muy inseguro y se alejó de allí, hacia el fondo del bar. Sobre la

barra reposaba el mozo; alguien le había partido una botella en la cabeza. Le reviso los bolsillos hasta que encontró un manojito de llaves. En su hogar las cerraduras y los candados eran cosa extraña, pues no tenían nada de valor que alguien quisiera robar. Pero en aquel lugar la despensa debía estar llena de comida y bebida, y váyase a saber de qué otros bienes valiosos. Detrás de las escaleras que daban al segundo piso Naktún encontró unos pocos escalones descendentes, seguidos de una puerta cerrada con candado. Se disponía a probar llave por llave cuando un sonido ronco le llegó del otro lado. Se quedó pasmado.

—¿Hay alguien ahí? – preguntó cohibido.

La puerta dio un enorme estruendo, seguido de otro, y luego otro más. Naktún dio un paso atrás. Desde el otro lado comenzaron a llegarle una serie de gritos, guturales y repetitivos. Se disponía a salir corriendo de allí, cuando el centro superior de la puerta se astilló. Una mano deforme e hinchada se abrió paso a través de la madera y atrapó al joven por el cuello. El olor que despedía era nauseabundo, peor que el cumulo de muertos apilados en la entrada de la taberna. La presión de aquel agarre era descomunal. Desesperado, Naktún colocó sus piernas contra la puerta e hizo fuerza en dirección contraria, mientras que con el cuchillo laceraba el brazo de su captor. Luchó con todas sus fuerzas hasta que aquella cosa cedió. Cayó de espaldas contra los escalones a tiempo que vio como los goznes de la puerta salían expulsados. Sintió calor en su nuca y olor a humo. Se giró, la lámpara de aceite se le había caído sobre los tablones de madera. La puerta se abrió de un estruendo. Justo cuando pensaba que ya nada podría ser peor que lo acontecido, un ser atroz se presentó ante él. Era una masa convulsa de carne grisácea que ocupaba todo lo ancho y lo alto de la abertura. Había embestido la puerta rugiendo, y no se percató de Naktún, que estaba tirado en los escalones justo en frente. El joven gritaba de espanto, a todo pulmón, pero el estruendo que emitía aquella criatura amortiguó el sonido. Todo ocurrió muy rápido. La enorme cosa siguió de largo, con el mismo impulso con el cual había forzado la puerta, y pasó por encima del joven, casi a rastras asfixiándolo contra los escalones con su repugnante panza. Al pasarle por encima los peldaños crujieron. Aquella monstruosidad siguió de largo y Naktún aprovechó para volver a respirar hondo. Se llevó una gran bocanada de humo y tosió dando arcadas. El fuego había ascendido y ya estaba por sobre su cabeza. Asustado y sin saber qué hacer, volvió a mirar en dirección al sótano por el cual había salido aquel ser. Dos pares de ojos rojos lo miraban desde allí. Eran dos versiones en miniatura de aquella cosa infernal, dos vástagos quizá, que a diferencia de su predecesor, si habían notado a Naktún. No debían tener más de tres pies de altura. Cuando el primero de ellos se abalanzó sobre él, el joven le propinó una patada en el pecho, lanzándolo contra el otro. Acto seguido, a gatas, Naktún dio media vuelta y atravesó el fuego incipiente que comenzaba a devorar el lugar.

Al asomar hacia el salón principal, se convenció a si mismo de que la ruina se había desatado sobre la tierra, y que él había sido maldecido con los ojos del testigo. Estaba condenado a observar los aberrantes ritos del infierno. Era el fin de los tiempos. Aquella gigantesca criatura estaba en el centro de la taberna. Había un hombre de ojos amarillos colgado de ella, mordiéndole el cuello. Aquel horrendo ser había atrapado a una mujer, la cual gritaba e insultaba cual posesa, y habiéndola tomado por una de sus piernas, la golpeaba contra el suelo y las mesas. Otras seis personas rodeaban al terrorífico ser y se lanzaban contra él. El fuego se había extendido por las paredes e iluminaba la macabra escena. Naktún no sabía a qué temerle más, si la gigantesca masa de carne gris de ojos rojos, o a los hombres enardecidos que se habían levantado de su eterno letargo. El cumulo de muertos apilados en la entrada era ahora un amasijo en movimiento. A sus espaldas oyó unos chillidos. Las dos criaturas más pequeñas corrían hacia él con los brazos extendidos al frente y mordisqueando el aire. Tomó una botella rota de la barra y se le encajó en el cráneo al primero en llegar. Intentó sacar su cuchillo, pero el segundo lo embistió, de la cintura para abajo, tirándolo al suelo y haciéndole perder el arma. El ser intentaba morderlo a toda costa, pero el joven con una mano le sostenía la frente, alejándole el rostro, y con la otra procuraba tomar el cuchillo que se había caído a poca distancia. Al ver que no podía alcanzarlo comenzó a golpear a puño limpio. Introdujo un pulgar dentro del ojo del vástago, que chilló de terror. Se lo quitó de encima y se paró. Aferrado a la barra del bar le propinó una serie de patadas y pisotones hasta que la criatura quedó inmóvil. Naktún no se percató de que gritaba a viva voz mientras acribillaba a patadas a aquel engendro, ni de que el fuego había alcanzado la segunda planta. En el medio de la sala, los resucitados ganaban la contienda. Habían rodeado a la mole gris, sujetándole los miembros y trepándose encima de la misma. Perplejo, Naktún observaba la refriega, cuando, cediendo ante las llamas, una gran viga de madera cayó en el centro de la taberna, aplastando al monstruo y a la mayoría de los desquiciados que lo rodeaban. El joven protegió su rostro ante el impacto. Hubo una explosión y astillas de madera salieron despedidas por doquier. Los resucitados gritaban, se quemaban. Uno de ellos, una vieja, salió corriendo de entre las llamas y se lanzó sobre la barra. Otro se lanzó desde la planta superior y se estrelló contra el suelo. Naktún echó a correr, convencido de que si se quedaba en aquel lugar moriría incinerado. Esquivó a los reanimados que ardían y a los escombros en llamas que habían caído desde el techo. Subió por las escaleras hasta la habitación por la cual había entrado. El fuego lo consumía todo. La habitación resplandecía. La cama, el armario, las cortinas, todo el interior alimentaba la combustión. Sin pensárselo dos veces, se lanzó por la ventana. Al caer se torció el pie izquierdo. Le dolía mucho, pero la urgencia por escapar de aquel lugar lo hizo ponerse de pie. Dando pequeños brincos rodeó la taberna para ir por la mula. El animal estaba espantado ante las llamas y los alaridos que provenían del interior del lugar. Por vez primera se subió a la mula y a esta no le importó, salió de allí trotando a una velocidad que a Naktún le resultó inverosímil. Como

pudo, enfiló en dirección al gran camino. Quizá tuviera la suerte de encontrar a alguien vivo. Quizá, no todos los hombres habían sucumbido aun, y como él, escapaban aterrados del mal.

Se giró un momento para ver como la construcción se venía abajo, envuelta en llamas. Agotado, fue vencido por el sueño mientras cabalgaba.

Tuvo terribles pesadillas. Soñó con tierras que no había visitado jamás en su vida. Avanzaba junto a miles y miles de personas por un arroyo poco profundo, flanqueado a ambos lados por hileras de árboles frondosos. Más allá de los árboles, descomunales montañas ornaban el horizonte, con sus cimas cubiertas de nieve. Era un paisaje extraño. Apenas había atisbado estas cosas en los cuentos antiguos del viejo Pur; los bosques, la nieve, el césped y las montañas. Iba todo sucio y andrajoso, con los pies lastimados. Miró a quienes pasaban a su lado. Quiso gritar pero no pudo. Rostros desencajados de ojos amarillos le dieron la bienvenida, víctimas de la peste. Algunos se quedaban quietos en el camino temblando, y luego se inflamaban adquiriendo su piel una tonalidad gris. «Nosotros somos los monstruos» pensó Naktún, y aquella noción, proveniente del sueño, lo aterrorizó. Se sentía todo tan real. El suelo tronaba, lo sentía pulsar. Al frente de la multitud, colosales figuras quebraban el cielo, y a cada paso que daban el terreno vibraba. Caminaban en dirección a una formidable ciudad fortificada, emplazada sobre una meseta que se elevaba de forma abrupta por sobre los árboles y el arroyo. De buenas a primeras, comenzaron a llover piedras de fuego, gigantescas, causando estragos entre los apestados. Hubo un impacto cerca suyo y se encontró en un instante con el rostro sumergido en el arroyo. Estaba aturdido. Oía lamentos y estruendos. Observó atónito su propia imagen en el agua, y al ver sus ojos reflejados, el pavor lo invadió.

Un brusco golpe lo arrancó de su pesadilla. Había caído de la mula recibiendo el suelo con la frente. Con lágrimas en los ojos se incorporó, mientras frotaba la zona del inminente chichón. A pocos pasos estaba la mula, tumbada en el suelo. Al caminar hacia ella notó lo mucho que le dolía su tobillo izquierdo. Se tiró al suelo junto al animal. La pobre mula sangraba por la nariz, y le costaba trabajo respirar.

—Supongo que hasta aquí llegamos amiga – le dijo, mientras acariciaba su crin – este es el fin para los dos.

La mula dio un último resoplido y murió, dejando solo a Naktún en medio del yermo. El joven se recostó sobre ella llorando. No veía el camino en ninguna dirección. El animal debió desviarse en algún momento mientras él dormía. Buscó en las alforjas los últimos restos de alimento. No sacó más que migajas. Un poderoso aullido proveniente de unas elevaciones a su izquierda le heló la sangre. Un lobo negro, enorme, lo observaba desde la cima de un montículo. Le siguieron otros, igual de temibles, eran muchos, quizá ocho o diez. Comenzaba a despuntar el alba. Naktún echó a correr, como pudo, con el tobillo inflamado. Cada paso era una tortura.

La jauría comenzó a seguirlo, sin esmerarse. Se acercaban hasta el por detrás y le lanzaban mordiscos. «Estos lobos no son normales, se están divirtiendo a costa mía» se dijo el joven. «Saben que me tienen». Siguió corriendo mientras las bestias lo acechaban. Era como en su sueño. Ya sin fuerzas se giró para enfrentar su destino, pero los lobos se habían quedado rezagados a varios pies, con sus pelos erizados. A su espalda una voz le habló:

—¡Hey muchacho, hazte a un lado! —. Supo, con toda certeza, que su sueño se había vuelto realidad.

Se lanzó a un lado y lo vio, erguido en sus patas traseras eclipsaba el sol naciente y proyectaba una larga sombra sobre la jauría. Era aún más sorprendente que en su sueño. De pronto, el reptil cayó con todo su peso hacia delante atacando a los lobos. Tomó al lobo negro por el cuello y lo sacudió, para luego lanzarlo lejos. Hubo dos lobos que no se amedrentaron y atacaron al reptil. Entonces Naktún notó que sobre el lomo de la increíble criatura iba una persona portando una espada y ataviado con ropas extrañas. Uno de los animales se lanzó contra el hombre y este lo atravesó con su espada en pleno salto. El otro lobo buscó la garganta del reptil, pero salió despedido cuando el lagarto le propinó un zarpazo con sus garras. Al ver esto, el resto de la jauría huyó espantada. Naktún seguía en el suelo, con el corazón en la boca. El hombre desmontó y se paró frente a él, levantándole el mentón con la punta de su espada.

—Déjame ver tus ojos, muchacho.

Naktún levantó la vista, obligado. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—Pues, tenía miedo de morir.

—Y no te ha faltado mucho. ¿Tienes fiebre?

—No.

—¿La tuviste cierto?

Naktún no sabía que contestar. El hombre comenzaba a asustarlo. Le echó un vistazo de arriba abajo. Llevaba una suerte de armadura de cuero marrón oscuro, con pequeños parches metálicos y una capa sucia por el viaje, del color de la arena. Tenía barba de varios días, negra, al igual que sus cabellos, recogidos hacia atrás.

—¿Cuál es tu nombre?— le preguntó.

—Mi nombre es Naktún, señor. Gracias por salvar mi vida.

El hombre lo levantó por el cuello de su camisa andrajosa, acercando su rostro al suyo.

—No ha sido gratis muchacho. ¿Qué sabes sobre Nerotzulma?

—¿El pueblo? Nada señor. Hace mucho tiempo que no voy allí.

—¿No eres del pueblo?

—No. El pueblo era mi destino. Yo vivo cerca de los límites con el desierto. Vivía, mejor dicho.

El hombre lo soltó.

—No me sirves de nada entonces. Vete de aquí. Busca refugio y aléjate de los hombres de ojos amarillos.

Naktún desesperado se aferró al brazo del hombre, que se había dado media vuelta en dirección al reptil.

—¿A dónde señor? No hay nada aquí. ¿Usted me está diciendo que me muera solo? ¿Me ha salvado de los lobos para dejarme morir a la intemperie, sin comida y sin agua? Mis padres murieron. No tengo nada en este lugar. Hace días que vivo un infierno; buscando personas sanas, alguna esperanza, y usted, que es el primero al que encuentro, ¿piensa abandonarme a mi suerte? Le ruego me lleve con usted, por favor.

Por un segundo pensó que aquel forastero iba a golpearlo. El hombre respiró hondo y lo miró de arriba abajo con compasión. Vio algo en Naktún. Aquel joven había vivido un calvario que pocos tolerarían y sin embargo estaba entero, aún se aferraba a la vida.

—¿La mula era tuya?

Naktún asintió.

— ¿Y quemaste aquella posada cerca del camino?

— Eso fue un accidente señor.

Has de saber muchacho – le dijo, mientras montaba sobre el reptil — que vengo de tierras muy lejanas siguiendo el origen del mal, progenitor de este infierno del que hablas. Si me sigues, pondrás en riesgo tu vida también. Este es, con toda probabilidad, un viaje sin retorno. Naktún no

dudó siquiera un segundo.

—Iré con usted señor. Prefiero arriesgarme en su cruzada a morir solo.

—Soy Argan Del'Ashem, primer maestro de armas de Galashir y a partir de ahora me dirás "maestro" – extendió una mano para ayudarlo a subir al enorme reptil. El joven se acomodó detrás; el reptil tenía en su extenso lomo dos sillas de montar y una cantidad considerable de equipaje.

—Allí en las alforjas labradas en hilo rojo hay carne seca, toma un poco.

Naktún estaba muerto de hambre. Tomó un pedazo y comenzó a morderlo con gusto. Miles de preguntas acerca de aquel extraño rondaban la mente de Naktún, pero no quería sonar descortés, tentando así su buena suerte.

—Señor, digo, maestro Argan, ¿es acaso usted un caballero errante?

Argan frunció el ceño ante la ocurrencia del muchacho – supongo que sí, algo similar –contestó.

Por primera vez en varios días, a pesar del cansancio físico y el dolor en su corazón, Naktún sonrió.

—Entonces somos como Pancho Lanza y el Don Fijote, vea usted.

—Jamás he oído hablar de ellos, chico. Sostente fuerte.

Argan dio un siseo y el reptil se lanzó a la carrera, dejando un surco sobre la tierra. En el firmamento, nubes sombrías se agolpaban, presagiando una tormenta.

Capítulo 6

Otro día en el Paraíso

Las calles de tierra de Nerotzulma estaban anegadas. Llovía, como no había llovido en meses. Garno miró a través de la ventana, y dio un sorbo a su taza de té caliente. Junto con la tempestad, había llegado un frío atroz. Sin embargo, a pesar del clima, el agua y el viento, los enfermos seguían trabajando. Cuando los truenos iluminaban el firmamento, los veía a la distancia, sobre la calle principal, cargando madera y subiendo los tablones cortados mediante cuerdas. Iban muy lento, lo cual era lógico. No se podía trabajar en esas condiciones. Parecía que lo normal y lo racional no tenía cabida en las mentes de aquellos hombres. ¿De quién entonces? Sí incluso, quienes aún no habían sucumbido a la peste, lo habían hecho ante los encantos del demonio. Pues eso era, Garno estaba seguro; un ser del averno. Al principio el creyó también, embelesado por las visiones, que debía servir al mago. Lo había recibido en su preciada taberna, y le había servido comida y bebida. ¡Alojamiento gratis!

Incluso, le permitió acostarse con su hija, Lory. La pobre estaba ahora allí fuera, tiritando de frío bajo la lluvia, trabajando sin descanso. Días atrás Garno se había colado por los callejones, esperando una oportunidad. Cuando su hija estuvo algo alejada del resto, la apartó para hablarle. Ella forcejeó, incluso lo insultó. Parecía no verlo, ni reconocerlo. Tenía los ojos cubiertos por una infección, rebosantes de pus. Estaba flaca, pálida y sucia. Aquella noche, furioso, Garno juró vengarse de Il'Ratesh.

Ahora, con la tormenta azotando las puertas de su hogar, la idea de venganza le resultaba algo ajena e imposible. Estaba tan cansado y débil. No le quedaba nada. Su hija era un cadáver andante, los hombres del mago habían vaciado y destrozado su taberna, y él era un simple viejo que había pactado con el mismísimo mal. Debía sufrir las consecuencias.

Un sonoro golpe en la puerta lo extrajo de sus pensamientos. No quería abrir, pero si resultaban ser otra vez, aquellas ratas serviles quienes esperaban fuera, tirarían la puerta abajo de todos modos.

—¿Quién anda ahí?

—¡Abre Garno, me estoy congelando!

Era la voz de Suyai, amiga de su hija. Garno no la veía desde la llegada del mago. Se levantó de su silla y deslizó la tranca de la puerta. La joven entró, cerró la puerta enseguida y se quitó la capucha. Su capa estaba empapada. Tenía los cabellos negros, largos y ondulados, al igual que su madre, y de su padre, los ojos verdes y la tez muy blanca. Al verla, el

viejo se emocionó y las lágrimas surcaron por sus mejillas. La recordaba, de pequeña, jugando con Lory. Ahora era una mujer hermosa, en la flor de la vida. A primera vista, el mal de aquellos días parecía no haber tenido efecto en ella.

—Suyai – sollozó, acariciándole el rostro —¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte. Supe que, de alguna forma, te habías librado de la influencia del hechicero.

—Hubiese deseado hacerlo antes. ¿Has... visto a Lory?

Suyai asintió, con los ojos llenos de tristeza, pero enseguida su rostro se tornó serio.

—Lo siento mucho Garno, sabes que te he tenido siempre mucho aprecio, pero no seré suave contigo. Lory está así por tu culpa, y también por sus propias acciones. Nunca debiste dejar a ese hombre entrar a tu hogar. Todo el pueblo está pagando por la debilidad, por los pecados de la gente.

Garno no sabía que decir, la joven tenía razón, y aun así, sus palabras le dolían como espinas. Se echó a llorar como un niño, de rodillas, aferrado a la capa de la joven, implorando perdón. Fue en ese momento que la vio, entre los pliegues, colgando del cinturón de Suyai; uno de los trabajos de su padre. La funda era negra, y el mango plateado, teñido en sangre. Detrás de la capa, la camisa de la joven también estaba teñida de rojo. Con temor subió la vista.

—¿Viniste a matarme?

Suyai lo miró, compasiva, y saco un pequeño espejo de entre sus ropas. Lo acercó al rostro del viejo para que se viera en él. La piel de su rostro estaba reseca, pálida y pegada a sus huesos. Un suave matiz ocre en sus ojos, era indicio de la purulencia que se adueñaba de su cuerpo.

—La peste me ha alcanzado.

—Así es. Te queda poco tiempo Garno. Pero aún puedes hacer algo por los vivos para redimirte.

—¿De qué hablas niña? ¿Acaso esa sangre es tuya?

Suyai recordó los acontecimientos recientes. Ayudó al anciano a levantarse del suelo y lo acompañó hasta su silla. Explicó, que desde hacía ya varios días, luego de la llegada del mago, ella y un grupo numeroso de personas se habían estado ocultando bajo los túneles subterráneos. Su madre había muerto por la peste, y a su padre, se lo habían llevado los

hombres fieles a Il' Ratesh. Los primeros días, se las ingeniaron para salir durante la noche, con el fin de hurtar agua y comida, pero varios fueron atrapados y asesinados. El viejo Purcas decidió escapar en su carreta junto a un pequeño grupo, pero de eso hacía ya un buen tiempo. No supo más nada acerca de él.

—El viejo Pur estaba convencido de que todo el pueblo caería en la ruina. Quiso huir desde el primer día que escuchó a las personas relatar los presagios del mago. Sin embargo, la mayoría de quienes nos ocultábamos, no deseábamos abandonar nuestro hogar. Éramos los más débiles Garno. Ancianos, mujeres y niños.

—¿Qué sucedió entonces?

—Como dije, nos ocultamos en los antiguos túneles. Con el pasar de los días, uno a uno, fueron cayendo por la fiebre. Hice todo lo que pude por salvarlos, lo juro. Esta mañana, al despertar, los vi levantados, incluso a los que creía muertos. Se estaban atacando entre ellos, sumidos en la locura. Tuve suerte, me podrían haber matado mientras dormía.

—Lo que importa, es que pudiste escapar de allí, a salvo.

—No lo entiendes, Garno —la voz de Suyai surgió trémula, y sus puños se contraían en señal de furia —tuve que matarlos, a todos ellos. Incluso a los pequeños.

Al decir esto, Suyai extrajo la espada su de funda. Garno vio el arma maravillado y aterrado a la vez, la hoja aún estaba manchada con la sangre de aquellas personas. Pensaba que Marduk se dedicaba a hacer tan solo clavos, martillos y ollas. Pero esto... jamás creyó ver algo como esto. A pesar de estar cubierta de sangre, aquella arma le pareció una reliquia antigua, sacada de una piedra, como en las leyendas.

—Hiciste lo que debías, para defenderte y sobrevivir. No te aflijas. ¿Me permites?

Extendió ambas manos hacía la joven, la cual le entregó la espada. El viejo sintió su peso, y se preguntó cómo había sido capaz Suyai de blandirla con eficacia.

—La limpiaré por ti.

Mientras el anciano frotaba la hoja con un trapo húmedo, la joven, algo más calmada, volvió a hablar.

—Al salir de allí, estaba sola y asustada. No sabía qué hacer. Así que vine aquí, pues sabía, que los hombres de Il'Ratesh habían destruido tu taberna, y ellos toman las cosas de esa forma de quienes no quieren

darlas voluntariamente. También tuviste suerte de no morir.

—¿Y qué es lo que quieres de mí? No sé cómo pueda ayudarte.

—Quiero saber que fue de mi padre, y si está vivo, rescatarlo. Los habitantes de las planicies, hemos creído siempre que el mundo estaba muerto. Que más allá de nuestro hogar solo nos aguardaba, al norte, el infinito desierto, y al sur, el abismo. Míranos ahora, Garno. Descubrimos el mundo exterior de la peor manera. Él vino a nosotros, trayendo consigo peste y destrucción, y es un rey en sus tierras. No conozco sus razones, pero me temo, que si es esto lo que habita al norte, no ha de quedar mucho norte por ver.

—¿Qué piensas hacer entonces niña, vivir sola en las planicies?

— Primero, mi padre. Luego me iré al sur. Lo he decidido. No tengo medios para cruzar el desierto. Pero hace tiempo ya, he ideado un método para bajar por el abismo. Solo necesito que me ayudes con la primera parte. ¿Lo harás?

Garno sabía que su destino era morir en Nerotzulma, pero no quería que el tormento de no haber hecho nada bien, fuera lo único que lo acompañara a la tumba. Miró a Suyai a los ojos con convicción y le dijo:

—Por supuesto.

Le devolvió la espada, ahora impecable.

—Tan solo dime que hacer.

Desde el balcón techado del ayuntamiento, el alcalde Osto oteaba la plaza central. La lluvia caía de lado, y con tal fuerza, que se estaba mojando de todos modos. Era un hombre bajito y gordo, con una tupida barba negra. Se había cubierto con una densa capa de piel, pues el viento gélido penetraba hasta los huesos. Tenía una muy buena razón para estar mirando desde el balcón, a pesar del clima inclemente. Abajo, los últimos vestigios enfermizos y descerebrados de la población seguían trabajando sin descanso. No podía creerlo, y por eso seguía observando. Era algo contra natura.

Dos semanas y media, sí, tan sólo dos semanas y media, habían bastado para dejar al pueblo en ruinas. No quedaba ni un tercio de los habitantes de Nerotzulma. En parte por la reyertas que se habían dado entre los seguidores del nuevo orden y los rebeldes. Bien, quizá llamarlo reyerta era demasiado, Osto pensaba que "masacre" era más adecuado. Los rebeldes, no habían tenido oportunidad alguna. Pero a la porción más

grande, se la había llevado la peste. Y la terrible enfermedad no había discriminado por bandos. Otros escaparon, en pequeños grupos. Aunque debían ser los menos, pues, no había a donde ir y era imposible vivir en la planicie sin los suministros del pueblo. De los que se ocultaron en los antiguos pasajes subterráneos, no volvieron a tener noticias. Y por último estaban aquellos que cambiaban, y oh por dios, que miedo había sentido al verlos. El mago los había mandado a encerrar en el gran almacén, trabajo pago con la vida de varios fieles. ¿Cómo era posible, que el hombre se transformara en una bestia tan repugnante y descomunal?

Osto pertenecía a un selecto grupo de hombres, que bajo el influjo mágico de la luz del talismán sagrado, no habían sido afectados por la peste. Hasta aquel día. Esa misma noche, el juez Falin había sido el primero en perder la protección del mago. Le había dado una fiebre tremenda y estaba delirando. Parecía que pronto estaría muerto, o trabajando en la plaza junto a los demás. ¿Quizá había dudado? ¿Había insultado a Il'Ratesh en forma alguna? Osto tenía grandes dudas acerca de esto, pues si de desconfianza y reproches se trataba, él era el primero en encabezar la lista. Era un cobarde al cual solo le importaba sobrevivir, y al ver el poder que el mago ejercía sobre las personas, no dudo un segundo en posicionarse a su lado. Le había sido útil en muchas formas, proveyéndole información, riquezas, mujeres, y hombres fuertes y maleables. Pero con el correr de los días, comenzó a cuestionar los intereses de aquel peculiar líder, más que nada debido a las consecuencias de su poder. De nada servía gobernar sobre un pueblo estéril. ¿Acaso todas aquellas promesas de evolución y prosperidad eran para otra casta de hombres? ¿Y qué diablos era eso de volar? Los apestados no paraban de repetirlo. La torre de madera, y tantos muertos, para verlo tan sólo flotar en el aire, parecía absurdo. Quería preguntar, pero no tenía el coraje. Temía ofender al mago, que últimamente parecía nervioso y de mal talante. El joven Lartis, fue ejemplo de los límites de su paciencia. Había sido un muchacho obediente hasta que su madre enfermó, y ese mismo día le pidió al mago de rodillas que la sanara. Il'Ratesh le dijo que no sería posible, y entonces Lartis protestó. No montó en cólera, no, tan solo emitió una queja mientras lloraba como un niño. Pero esto pareció ofender mucho al mago, y ante la vista de los allí presentes, lo calcinó con su luz, dejándolo repleto de quemaduras. El chico agonizó toda la noche y luego murió.

Así estaba, el alcalde Osto, sumido en sus pensamientos, cuando una voz desde el interior lo llamó. Al oírlo, cerró sus ojos y respiró profundo en señal de fastidio.

—Mi buen Osto, se está empapando allí. ¿Algo acaso lo preocupa?

Osto se giró, mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—No mi señor, tan sólo estaba interesado en la construcción de la torre.

Allí estaba el rey mago. Si bien, aún se movía ágil, parecía cada día más viejo y desnutrido. Estaba aún vestido con esas finas sedas azules, al igual que cuando llegó al pueblo. Así, a simple vista, no parecía tan terrible, pero en sus ojos refulgía un brillo, que desnudaba a todo aquel que se le pusiera delante. Tenía un poder inimaginable, y ante su presencia, Osto se sentía como una patética hormiga.

—¿Quiere darme las noticias del día?

—¡Por supuesto señor! – Osto espabiló y se puso firme.

—¿Y bien?

—Hemos reforzado todas las paredes y las puertas del almacén. Uno de los engendros escapó, y tuvimos que... eliminarlo. Un hombre murió.

El mago no dijo nada, solo lo miró expectante con una ceja levantada y la comisura de los labios fruncida. Osto estaba tan nervioso, que no podía parar de sudar. Se aclaró la garganta y continuó:

—Un grupo descendió a los túneles antiguos, no encontraron nada de valor. Tampoco hay noticias de los rebeldes, creemos que, quizá, hayan escapado de Nerotzulma.

—Quiero una exploración completa de los túneles. Que se pongan a cavar si es necesario, y que el señor Talbo dibuje un mapa. Lo que sea que encuentren ahí, lo traen ante mí. Principalmente si es alguna pieza de metal. ¿Nos entendemos alcalde?

—Sí, mi señor.

—Continué.

—El juez Falin ha caído enfermo – dijo Osto, con total indiferencia. No quería que la noticia tuviese el más mínimo indicio de queja.

—¿Enfermó de...? ¿Cárgajo, almorranas, lepra?

Osto evitó mirar a Il'Ratesh.

—Oh, ya veo – el mago dio una carcajada, y le dio golpecitos a su talismán con el dedo – se refiere a mi preciada purga.

—Así parece, mi señor.

—¿Y no quieres saber a qué se debe? Yo siento que está usted lleno de dudas alcalde, pregunte. No es de mala fé, yo lo sé. Admiro su instinto de supervivencia, por eso lo elegí. Para generar un vínculo de confianza, yo le contaré a usted un secreto. Venga.

Osto se acercó al mago, esté lo tomó por los hombros y le susurró al oído.

—Falin era muy fiel. Voy a matarlo, para que aquellos que están teniendo dudas o temores no lo hagan más. Pues, ¿qué pensarán los que titubean, cuando vean a Falin, el fervoroso servidor, sumergido en la locura y defecándose encima?

Osto temblaba, tenía ganas de vomitar. Cuando el mago alejo su rostro junto fuerzas para hablar. Por suerte, pudo vencer el nudo en su garganta.

—Se lo pensarán dos veces mi señor.

—¿Entonces?

—¿Mi señor?

—Pregunta.

Por dentro, aterrado, Osto quería escapar de aquella situación. Pero tenía la sensación de que, al no ser sincero, el mago lo mataría allí mismo.

—Bueno... quisiera saber, pues lo he oído de los esclavos, y me ha causado mucha curiosidad. ¿Cuál es el propósito de la torre de madera junto al gran cráneo?

—¿Qué dicen los esclavos alcalde?

—Que ansían verlo a usted volar señor. Surcar los cielos.

—Y así será. Si vas a hacer algo grandioso, quieres que todos tus súbditos lo vean. ¿No es así?

Osto no podía creerlo. Temía que el mago leyera su mente, pero en ese momento no podía evitar considerarlo un maldito desquiciado.

—Por supuesto señor, eso sería lo ideal.

—Y como sabemos, el punto más alto de toda Nerotzulma es...

—El gran cráneo de Hierro, mi señor.

—Así es. Por eso voy a subir hasta allí, y luego todos podrán ver como ocurre el milagro.

—¿Y luego mi señor?

—¡Ah! Te has vuelto codicioso. Luego...— Il'Ratesh se acercó al balcón, mientras rascaba su frente, pensativo – luego veremos que sucede.

Un potente relámpago iluminó la noche, y la luz del rayo, dibujó el contorno del gigantesco cráneo de hierro dispuesto en el centro de la plaza. La torre de madera junto a él, ya casi alcanzaba la cima. Osto también se acercó. Todos los enfermos habían dejado de trabajar y miraban en dirección al balcón.

A Il'Ratesh, le llamó la atención uno de los apestados, que estaba a muy poca distancia del balcón, y le pareció más atento de lo normal. Pero, al verlo cerca de otros cuatro que deambulaban por ahí, lo desestimó y otra cosa se le vino en mente.

—Casi lo olvidaba. ¿Ha comenzado el herrero a hacer las armas que pedí? – preguntó.

—No señor, se niega. Hemos intentado convencerlo por diversos medios pero, es un hombre muy porfiado. Quizá si usted...

—¡No proponga alcalde! Le he permitido preguntar, y ahora está proponiendo.

Osto se atragantó con lo que estaba por decir.

—Le pido disculpas, mi señor, por mi insolencia.

—Quiero que ese hombre trabaje para mí. Necesito esas armas. Si usted no puede lidiar con este asunto, buscaré a otro que lo haga. ¿Lo ha entendido?

Osto asintió.

—Hemos terminado. Puede irse.

Los cantos habían cesado. Osto encaró hacia la puerta, desesperado por salir.

—Alcalde.

—¿Si señor? —Osto no se giró.

—No vuelva a sudar como un cerdo ante mí, es repugnante.

El alcalde de Nerotzulma salió del cuarto a paso rápido, sin responder, y en cuanto encontró donde, vomitó todo lo que había cenado.

Garno había puesto todo de sí, incluso se había ensuciado para mezclarse entre los enfermos. Estaba volando de fiebre. Por unos segundos, sus ojos y los del mago se encontraron y sintió gran temor. Estaba muy cerca del balcón del ayuntamiento y pudo ver al alcalde también. Los dioses le habían sido propicios. Aún con la lluvia, había podido oír algunas cosas de importancia. El anciano, que lo había perdido todo en su ignorancia, recuperó al menos una sonrisa. No se presentaría ante Suyai con las manos vacías.

Capítulo 7

Diálogo

Naktún, sentado en una esquina, observaba a su salvador con sumo interés, mientras éste, desollaba una enorme rata que había cazado con su ballesta. El joven lo había visto, maravillado, disparar el arma desde una gran distancia, y se decepcionó un poco, luego, al verlo fallar dos veces. Al tercer intento, Argan dio en el blanco. "La puntería no es mi fuerte cuando el objetivo está lejos" fue lo único que dijo. Poco después, una terrible tormenta azotó las planicies, por lo cual se vieron obligados a buscar refugio. Allí estaban ahora, en una pequeña choza de barro y madera, que habían hallado al desviarse de la ruta principal. El enorme reptil se había quedado fuera por su tamaño; no parecía disgustarle el clima. Naktún asomó reiteradas veces para observarlo, pero desistió de hacerlo cuando Argan se enfadó, indicándole que no era necesario que se preocupara por su montura. El joven se había cansado de hablar solo todo el rato. Y el galasiano, ya nada quería saber sobre este tal Don Fijote y sus increíbles andanzas como caballero errante. Para colmo, el chico había dicho no recordar el pueblo, y justo eso era lo que Argan deseaba, información acerca del lugar. La humilde choza poseía una chimenea, así que encendieron una fogata y colocaron la rata al fuego para que se asara. Cuando estuvo lista, ambos comieron con ganas. El galasiano notaba el interés del chico en conversar con él, y ahora que estaban refugiados allí, sin nada que hacer, no tenía más opción que ceder, aunque sea un poco. Se creía, un pésimo orador. Además, le costaba mucho entrar en confianza con las personas. Más, la verdad era que Argan, al igual que Naktún, también ansiaba compañía. Al fin y al cabo, era la primera persona cuerda y "no moribunda" que veía desde que partió de Galashir.

—¿Siempre ocurren tempestades como esta por aquí?

El joven pensó unos segundos, sorprendido de escuchar la voz del silencioso caballero. En realidad no. En su vida había visto semejante temporal, tan brusco y potente. De hecho, en las planicies de Mor, las lluvias solían ser breves y escasas.

—No, maestro. Es muy extraño que llueva así, y que el viento sople así. Y más aún, que los rayos golpearan la tierra como vimos.

Hubo un silencio incómodo. Allí estaba la muestra. Era pésimo para hablar. Seguro ambos tenían mucho para decir. ¿Acaso el joven le tenía miedo? Se dijo a sí mismo, que si aquel chico no hablaba en los siguientes segundos, cerraría su boca y no emitiría palabra alguna, al menos de que fuera necesario. Para suerte de Argan, la curiosidad de Naktún era grande. La lengua reprimida ya por mucho tiempo se soltó, en un enredo

de preguntas.

—Le pido perdón maestro, si pregunto mucho, pero quiero saber. ¿De dónde viene? ¿A que va al pueblo? ¿Qué pasa con las personas que se están muriendo? ¿Qué era esa cosa horrible que encontré en la posada? ¿Cómo puede...?

—¡Detente un momento!

Argan respiró profundo y miro seriamente al muchacho.

—Intentaré responder a tus preguntas, y tú las mías. Pero lo haremos de forma ordenada. Primero dime que te ocurrió, desde que tuviste la fiebre, hasta que te encontré en el yermo.

Naktún ordenó los terribles acontecimientos en su mente. Al principio le resultó difícil relatar todo lo ocurrido, pero poco a poco, logró encontrar su ritmo. Argan estaba agradecido de que, si bien había diferencias en la pronunciación, compartieran un mismo dialecto. Dejó al chico hablar libremente, y apenas lo interrumpió. Era evidente su necesidad de comunicar todo lo que había sufrido. El galasiano estaba perplejo; el muchacho había tenido coraje, pero por encima de todo, una suerte increíble.

La muerte de sus padres, el hogar de los Virs, sus sueños. A medida que avanzaba, Naktún no pudo evitar derramar lágrimas. Argan vio furia, miedo y tristeza en él. Perspicaz como era, detectó que el joven se guardaba algo para sí, cuando se refirió a los hechos acontecidos en lo de aquella familia vecina. En efecto, Naktún no quería contar que había asesinado a una persona. Explicó que, al ver el acto obscuro, robó la vieja mula y escapó de aquel lugar aterrado. No era verosímil, pero el galasiano guardó un respetuoso silencio. Había atado cabos, y sabía que tendría cosas para ocultarle al chico de igual manera.

Cuando Naktún nombró al viejo Pur y su carreta, Argan decidió guardarse eso también.

Se sorprendió al oír lo que pasó en la posada, se había salvado por poco, no solo de los apestados, sino también de los contrahechos. Terminó, explicando su otro sueño, la muerte de la mula y el ataque de los lobos.

—¿Habías tenido sueños como esos antes?

—No, maestro. Jamás.

—Aquellas dos criaturas pequeñas que mataste en la posada, los

engendros de los que hablaste.

—Sí, ¿Qué hay con ellos?

—Eran niños, a eso se debía su tamaño.

Naktún estaba perplejo. Había tenido en su sueño la impresión de que eran los hombres quienes se convertían en aquellas criaturas horribles, pero no había reparado en aquel detalle. Niños pequeños.

—Y los que parecen muertos por la peste, no lo están. No todos. Es un estado similar al sueño. Aquellas personas jamás vuelven a ser las mismas.

Esto último generó gran preocupación en Naktún.

—Entonces, mi pa y mi ma quizá...

—No lo creo. De ser así, jamás te hubieses levantado. Sé que suena horrible, pero tuviste suerte de que tus padres no te asesinaran dormido.

¿Por qué diablos mentía para no lastimar al muchacho? La verdad era, que los dioses le habían sido del todo favorables.

—Déjame ver tu tobillo.

Naktún estiro la pierna y Argan revisó su hinchazón. El joven seguía pensativo.

—Voy a vendarlo, no está tan mal, mejorará pronto. Tengo un ungüento que podría ayudar.

—Gracias, maestro. No quiero ser un estorbo para usted.

El galasiano hizo caso omiso ante aquel comentario.

—Tus sueños no son normales. Uno de ellos se cumplió, pues, vaticinaste mi llegada. Es factible que tengas premoniciones, lo cual, es una habilidad muy rara y especial. He oído a los sabios de mi tierra hablar sobre ello varias veces.

—No todo lo que sueño tiene sentido para mí, maestro. Y tampoco quiero que se cumpla mi segundo sueño.

Argan terminó de colocar el vendaje.

—Listo. Bien, no todo es premonición, y no todo se cumplirá. A veces los anhelos o los temores se mezclan, como en los sueños normales. ¿Acaso

vas a negar lo poco casual de tu sueño? De hecho, no habías visto un Guivre en tu vida.

—Tiene razón. Supongo, dice verdad.

—Me dijiste que visitaste el pueblo cuando eras muy pequeño y no lo recuerdas bien. Más, eso no importa. ¿Sabes acaso algo sobre un cráneo de hierro?

—¡Por supuesto! No podría olvidar eso maestro. Todos en mor lo saben. Mi pa me hablaba sobre eso cada tanto. Y el viejo Purcas contaba historias.

—¿Y bien?

— En el centro del pueblo hay una gigantesca cabeza de hierro. Muy alta. Es mucho más alta que las casas. Se cree que la dejaron ahí los dioses hace mucho tiempo atrás, para vigilar a los últimos hombres.

—¿Eso es todo? ¿Un tótem metálico?

—No sé qué será un tótem maestro, pero le juro que eso es todo lo que sé sobre la gran cabeza.

—Una última pregunta. ¿Qué hay al Oeste, al Este y al Sur de las planicies? ¿Es que nadie se aventuró más allá?

—No sé qué son oste y este, maestro.

—Oeste y Este. Son los puntos cardinales. Por donde yo vine es el Norte. El sol nace por el Este y se oculta por el Oeste. Contrario al Norte, está el Sur. ¿Entiendes? Sirven como guía.

—Ya veo. Bueno, al oste...

—Oeste.

—Al Oeste, dicen que el desierto y el agua.

—¿El mar?

Naktún se encogió de hombros.

—Al Este desierto, y más desierto. Por eso le decimos eterno. No sabemos si termina maestro. Y no podemos hacer viajes tan largos. No sé quién lo haya intentado el último, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Y al Sur?

—Al Sur nada.

—¿Cómo que no hay nada?

—Nada. La tierra se termina en el Sur. No muy lejos del pueblo. Yo no lo vi, pero Pur contaba la historia de una niña que se lanzó desde allí por amor, y luego se convirtió en un ave. Pues, la tierra se termina en ese lugar, pero el cielo no maestro.

Perplejo y confundido, intentó relacionar sus conocimientos acerca de los distintos tipos de terreno, con lo dicho por el muchacho. ¿Quizá se refería a un abismo gigantesco?

Naktún lo miro cauteloso, aguardo unos segundos y preguntó:

—¿Ya puedo preguntar yo, maestro? Es mi turno, ¿cierto?

Argan sonrió.

—Está bien. Como lo acordamos. ¿Qué quieres saber?

—Bueno, pues... todo. Toda su aventura maestro. Y además me explica todo lo que pregunté antes. Sobre la peste, su causa y los monstruos. ¿Qué dice?

—De aventura nada, Naktún. Me gusta más esa idea tuya de que se ha desatado un infierno en la tierra, pues eso es lo que viví en mi reino.

Los expectantes ojos del muchacho pusieron nervioso al maestro de armas.

—Es una historia larga. Tendría que explicar muchas cosas y no soy muy buen orador.

Desde fuera, se oyeron varios truenos. Acto seguido, la lluvia cayó aun con más fuerza.

La sonrisa del muchacho lo decía todo.

—Bien, bien. Pero te lo advierto. No esperes aventuras, ni increíbles andanzas como las de ese Don Fijote del que hablas. Más bien, traición y muerte, de eso se trata. Y venganza.

Argan, el Maestro de Armas, había sido instruido en diversas artes. Así como lo entrenaron para matar, también lo entrenaron para cantar una canción, actuar y discutir con fundamentos. Solo era bueno para lo

primero. Muy bueno. Pero para todo lo artístico y demás... no tanto.

Aclaró su garganta. Respiró hondo. Y dio su mejor esfuerzo, en aquello en lo cual era pésimo. Contar una historia.

Capítulo 8

La caída de Galashir

Argan, comenzó su relato. Naktún, sentado cerca del fuego, escuchaba con atención.

—Sin nombre, viví mis primeros años en los barrios bajos de Galashir. Se considera mal augurio en mis tierras, nombrar a un huérfano, por lo cual, durante aquellos años fui llamado chico, mocososo, imberbe, entre otras cosas. Nunca conocí a mis padres, y nadie me habló jamás acerca de ellos. Supuestamente dos prostitutas me encontraron ante las puertas del santuario, y me sacaron de allí antes de que el sacerdote saliese. A veces me pregunto qué habría sido de mi vida en ese caso, es decir, si hubiese terminado viviendo con los hombres de fe. Mis memorias de esos días son algo confusas. Dormía en diferentes lugares, y me criaban distintas personas. En verdad no me quejo, ya desde ese entonces sentía amor por mi pueblo. Las prostitutas me cuidaban, a su manera, dándome cobijo y comida. Había una matrona entre ellas, que me prestaba la mayor atención. Se llamaba, Mamá Púlveda. Había un panadero, que cada tanto me enseñaba ciertos modales, a veces a los mazazos. He olvidado su nombre, más no su rostro. Durante los festivales, vendía sus panecillos. Fue un tiempo feliz. Era pobre y huérfano pero no parecía importarme. Había otros niños con los cuales jugaba, incluso sin padres, como yo. Los he extraviado en mi memoria también. Para cuando volví a pisar aquellas calles siendo adulto, aquellos quienes habían formado parte de mi vida, o habían muerto o habían envejecido. Ya no me reconocían, ni se acordaban de mí. Cuando crecí, comprendí que había mucho cariño en aquellas personas, y eso era lo que hacía a Galashir grandiosa. Los que menos tenían, tenían lo suficiente como para no odiarse los unos a los otros. No digo que fuera perfecta, pero, el mundo es mucho más basto de lo que ustedes los de las planicies creen. Conocí otros poblados, otros reinos, y puedo afirmar que mi tierra natal poseía una sociedad lo bastante justa e igualitaria.

Fue durante una de las fiestas dedicadas al dios Eos que abandoné los barrios bajos. Aún era un mocososo, pero recuerdo bien aquel día. Estaba sentado en las gradas. Había vendido todo lo que tenía y me tomé un tiempo para observar las justas. Los soldados galasianos de mayor rango, eran nombrados caballeros. Ese día había varios de ellos, con sus fabulosas armaduras combatiendo a caballo. En aquel entonces, aún era pequeño y no entendía nada acerca del honor o la nobleza. No sabía tampoco, que Galashir era en realidad un reino enorme, y que los barrios pobres en los cuales me encontraba eran tan solo una pequeña porción de la ciudad principal. Uno de estos guerreros se había ganado mi admiración. Había vencido en todos sus encuentros. Portaba una increíble armadura plateada que reflejaba sin igual los últimos rayos del atardecer.

Más tarde sabría que este hombre era en realidad, Gaudin Del'Ashem, el maestro de armas Galasiano, primero entre todos los caballeros del reino.

Cuando las competencias terminaron, me escabullí entre los campos de juego y las ferias, hasta las tiendas donde descansaban y comían los participantes. Descubrí la de Gaudin por su emblema, una cruz negra sobre un fondo gris. Me metí, sin pensármelo dos veces, y resultó que no había nadie allí. Mi vista se posó sobre su espada, la cual me hipnotizó. Era la primera vez que veía una de cerca. No pude evitar acercarme y tomarla con mis pequeñas manos. Pesaba mucho para un niño de mi edad. Hoy, como has visto, puedo blandirla con extrema eficacia.

— ¿Así que esa es la espada?— interrumpió Naktún. Al ver el rostro ofendido del galasiano enseguida agregó:

– Perdone maestro, siga por favor.

— No es sencillo para mí contar todo esto.

—Lo siento, lo siento.

Argan, frunciendo el ceño, bebió un sorbo de agua y continuó.

—Cuando tomé la espada, Gaudin entró en la tienda y me vio. No supe que decir. Estaba paralizado. Sin su yelmo, era aún más imponente. La piel de su rostro parecía la corteza de un viejo árbol. Llevaba una prolija barba canosa, y el cabello largo, cenizo. "¿Quién eres tú?", me preguntó. Suponía que había entrado a robarle. Pidió mi nombre y yo le dije que no tenía. Me dijo que lo llevara ante mis padres, cosa extraña, pues le podría haber bastado con darme una buena paliza. Cuando también le dije que no tenía se puso furioso. Me obligó a conducirlo a mi morada. Como tampoco tenía un lugar fijo, pero no quería acrecentar su ira repitiendo lo mismo por tercera vez, lo conduje por los barrios bajos hasta el prostíbulo. Llamé a las puertas y cuando las damas salieron, acompañadas de mamá Púlveda, Gaudin estaba rojo como un tomate. Balbuceó ante los flirteos de las mujeres, y luego gritó en voz alta para hacerse oír entre ellas. Preguntó quién estaba a cargo de mí, y fue la matrona quién me defendió. Le dijo que era ella quien me cuidaba, y lo invitó a pasar conduciéndolo del brazo. Era una mujer muy voluptuosa. Yo observaba la escena, asombrado. Gaudin entró al burdel, mientras decía algo acerca de que aquel no era un lugar apropiado para un niño. "Casa de putas" fue lo último que escuché. Me quedé afuera con algunas de las chicas de mamá Pulveda acosándome a preguntas. Era evidente que todas conocían muy bien la fama del Maestro de armas.

— ¿Las prostitutas de su pueblo pedían dinero a cambio de sexo a los

hombres, maestro?

— ¡Pero por supuesto! Todas lo hacen. ¿Qué clase de pregunta es esa?

— En Nerotzulma piden comida, he oído. Esta parte de su historia es muy divertida. Me recuerda a cuando Don Fijote confundió a las prostitutas con damiselas, y le ayudaron a quitarse su armadura. "Nunca fuera caballero, de damas tan bien servido..." les dijo.

— Ya cállate.

— Sí señor... ¡maestro!

— Bien. Veamos... sí, sí. Estaba yo entonces fuera, y me fui a pasear por ahí, preocupado por lo que pudiese pasar. Temía ser castigado por el caballero.

Esa noche dormí a la intemperie. Por la mañana, volví hasta las puertas del burdel y lo vi salir a Gaudin. Las prostitutas lo saludaban desde las ventanas y los balcones. Mamá Púlveda estaba en la puerta sonriente. El maestro de armas ya no estaba ni alineado, ni serio. Llevaba la armadura mal puesta y los cabellos revueltos. Por su forma de caminar, supuse yo, que había bebido de más. Me miró, y enseguida corrió la vista. Lo vi alejarse por el camino y no me atreví a decirle nada.

Aquel día, fue uno de los días más felices de mi infancia. Mamá Pulveda, sin mediar palabra, me llevó hasta su habitación. Me aseó, me cortó los cabellos, y me compró mejores ropas. Y bien que lo necesitaba. Fue algo extraño. Supongo que en cierta forma, se sentía mi madre. Me dio más muestras de cariño que las que usualmente solía dar. Aquella noche, cené junto a todas las mujeres del burdel, y ellas brindaron por mí. Yo no entendía lo que estaba sucediendo, pero me fui a dormir con la sensación de que nada volvería a ser igual.

Mamá Púlveda me despertó al otro día, temprano por la mañana. Me pidió que me vistiera y me ayudo a guardar mis cosas en un pequeño morral de cuero. No tenía mucho, así que pronto estuvimos listos, aguardando en el umbral. Gaudin estaba allí, montado en su caballo, y me observaba mientras me despedía de Mamá Púlveda. Había, no muy lejos, una caravana.

La mujer me llenó de abrazos y besos y también lloró. Me dijo que me cuidara mucho y que le hiciera caso al caballero. Estaba segura de que el futuro me depararía grandes cosas. Ahora que todo estaba claro para mí, toda mi admiración por Gaudín se fue al retrete en cuestión de segundos. No quería irme, por lo cual hice un berrinche. A él no pareció importarle mucho, pues me levantó por el cuello de mi camisa como si no pesara

nada y me subió a su caballo.

Estaba asustado y enojado. Era un niño pequeño y me estaban alejando de todo lo que conocía.

Viajamos durante un día entero, y cuando llegamos al centro del reino mis ojos no terminaban de saciarse ante tanta maravilla. "Este será tu hogar a partir de ahora" me dijo. Altas murallas de piedra rodeaban la ciudad, y seguían incluso, hasta adentrarse en el mar. Había un inmenso puerto, fortificado y los asombrosos barcos galasianos zarpaban desde allí.

Cruzamos un puente de piedra. Alguien en la columna tocó un cuerno y desde lo alto de las murallas le respondieron con otro. Al frente, las enormes verjas de hierro se elevaron, abriendo paso a la caravana. Era una ciudad gigantesca, y había mucha gente reunida allí para recibirnos. Jamás había visto nada igual.

—¿Maestro?

—¿Qué?

—¿Por qué decidió llevárselo el caballero?

—Es una buena pregunta. Jamás le pregunté acerca de lo sucedido dentro del burdel de Mamá Púlveda, por pudor. Creo yo, que ella lo convenció de que me llevara con él, y que me diera una mejor vida. Y es posible que Gaudin considerada una buena idea, convertir a un niño huérfano en un soldado, es decir, un hombre beneficioso para el reino.

—¿Y lo llevó al ver al rey cierto? Al castillo, de seguro.

—Así es. Pero eso fue mucho después. Y es otra larga historia. ¿Me dejas continuar?

Naktún asintió con ganas.

—Es importante que entiendas esta parte, para comprender qué clase de lugar ocupaba yo y que clase de relación tenía con la familia real, cuando el reino cayó. Gaudin fue mi maestro, y mi tutor principal en el arte de la guerra. Me dio un nombre, que es el que tú conoces, y era el del padre de su padre. Me dio también una vida con la que pocos soñarían. Tuve muchos otros tutores, en una amplia variedad de materias. Me enseñaron a leer y escribir, a cazar y rastrear en diferentes terrenos, y muchas otras cosas de las cuales no recuerdo ni la cuarta parte.

Era un pésimo alumno, excepto en el uso de la espada. En aquello sobresalía. Pasé toda mi juventud entrenando y estudiando. Me volví un adulto. Viví muchas, como tú les dices, "andanzas", junto a mi maestro y también luego de que el murió. Pero no hay tiempo para eso, y no sé si

algún día lo habrá. No es relevante.

Te prometo, que si salimos vivos de esto, te llevaré conmigo a donde vaya. No tendrás jamás una vida como la que yo tuve en aquel entonces, pero te enseñaré todo lo que sé.

Naktún estuvo a punto de hablar, pero Argan lo interrumpió.

—¡Silencio!

—Pero...

—¡Después! No es sencillo hilar las ideas y tú lo haces más difícil si preguntas. Entonces, como te decía, el tiempo pasó. Fui nombrado caballero por mi maestro, y luego de que el murió, ocupé su lugar. El Rey de Galashir, Valak III, me nombró primer maestro de armas. Era mi deber supervisar todo lo referente a la defensa del reino. El rey me consideraba, además de un consejero, un fiel amigo. Si he de serte sincero, mi trabajo como maestro de armas distaba de ser arduo. Nos encontrábamos en excelentes relaciones con los reinos vecinos de Lartu y Solaris. Nuestro mayor problema externo, eran los escasos ataques de salteadores de caminos, y la contención de los contrahechos del norte.

Naktún al oír esto último, abrió los ojos como platos.

—Verás, los contrahechos que has visto aquí no son normales. Muy al norte de Galashir, hay tierras devastadas donde el aire que se respira es tóxico, y tuerce la carne y pudre la simiente. El consejo de sabios decía, que aquellos lugares habían sido víctimas de un mal, desencadenado por los antiguos hombres y sus guerras, hace mucho tiempo atrás. Ellos afirmaban que este mal, afectaba la unidad mínima de la estructura del ser humano, y la degradaba de forma permanente. Los contrahechos de allí, no son diferentes a las monstruosidades que viste aquí, ni en su falta de raciocinio, ni en sus formas, más sí lo son en su génesis. Los de mis tierras se reproducían, tenían crías de a montones. Nunca presté mucha atención a los sabios ni a sus ciencias extrañas, pero si aprendí algo sobre los contrahechos por experiencia propia. Cuando atravesaban los pasos de las montañas, y bajaban hacia los campos y los poblados, asesinaban a las personas para alimentarse de ellas. Como maestro de armas no necesitaba saber más. Mi maestro, Gaudin, había dispuesto un frente de hombres que custodiaban la frontera y defendían las tierras de aquella amenaza. Así lo había hecho también, el maestro de armas anterior a él. Yo hice exactamente lo mismo, pero fui un poco más allá. Envíe un grupo de exploradores muy bien entrenados, a recabar información.

Para ese entonces, mi trabajo se centraba en supervisar el entrenamiento de las tropas Galasianas y en dar clases al primogénito del rey Valak III. El rey tenía dos hijos, Falesin y Ratesh. La madre de ambos había muerto

dando a luz al más pequeño. Había sido un parto muy difícil, y Ratesh sufrió las consecuencias de ello. Quedó lisiado de por vida, con sus piernas deformes y torcidas. La reina había sido muy querida por su pueblo, y yo, que tuve la oportunidad de conocerla poco antes de estos acontecimientos, puedo afirmar que así era. Un corazón de luz. De no ser por su amor y sus consejos, quizá Valak hubiese sido un rey mucho más adusto y severo. Los niños se criaron sin madre, y con un padre bastante ausente debido a los asuntos del reino. Pero había una diferencia. Falesin había conocido a su madre, y había recibido cariño de parte de ella. Ratesh, solo había recibido la vida, una trunca, y un féretro. Manos ajenas, pechos ajenos. No es lo mismo Naktún, que el niño se duerma sin los arrumacos de su madre. ¿Lo sabes?

Cuando le enseñaba a Falesin a usar la espada, Ratesh nos observaba desde su silla móvil. No era capaz de mantenerse en pie. Los sabios la habían construido para él, en madera y hierro. La silla tenía dos ruedas y Ratesh usaba la fuerza de sus brazos para hacerla andar. Era un niño, pero yo ya lo sabía en ese entonces. Lo veía en sus ojos. Por primera vez puse en duda mis votos y mi servidumbre. Había cosas que no podían hacerse. ¿Entiendes eso?

Eran detalles, pero pasaba mucho tiempo con los hijos del rey, y lo notaba. Las palabras, las acciones. El trato con las personas. Y la envidia hacia su hermano. Falesin era un buen niño, se parecía mucho a su madre. Y yo lo quería con locura. Creí que Eos me llevaría hasta las mismas puertas del averno por despreciar a Ratesh. No podía tolerar que el niño, en su debilidad, odiara a los otros seres vivos por su propia desgracia. ¡Pero era un niño! Y yo... yo era un caballero de la Orden, y era el primero entre mis iguales. Hice a un lado mi intuición y mis sentimientos, y me acerqué. Le dediqué mi tiempo, incluso más que a su hermano mayor. Averiguamos juntos que su interés principal estaba en los libros, y con el tiempo lo lleve ante los ancianos para que se perfeccionara en las artes arcanas. La hipnosis y las ilusiones eran su especialidad.

—¿Era acaso un niño mago?

—Un joven mago. Desarrollar aquellas artes llevaba mucho tiempo y estudio.

Le di mi confianza, y mi cariño. Al principio forzado, y luego, con amor sincero. Aprendí a quererlo, aun con su tosca mirada y sus silencios incómodos. Le enseñe los valores y los códigos por los cuales me guiaba, al igual que a su hermano, para que lo ayudara como su principal consejero cuando fuera rey. "Tu hermano reinara por derecho, pero te escuchará, por tu sabiduría, y tu reinaras junto a él", le decía. Fui un tonto. El tiempo pasó, ambos crecieron y el rey envejeció. A mí ya me habían salido las primeras canas. Corría el año 1325 del calendario Tánico.

—¿Año?

—¿No entiendes? Es una medida de tiempo. ¿Cómo cuentan aquí la edad de las personas?

—Por temporadas de cosecha, maestro. También les decimos temporadas de lluvia. Yo tengo... —Naktún hizo memoria y contó con sus dedos—, unas quince temporadas de lluvia. Suele haber una sola gran lluvia hasta que la estrella blanca se vuelve a mostrar en el cielo. Aunque esta vez, hubo dos, ésta es la segunda tormenta.

Argan meditó un momento acerca de la concepción del tiempo allí en las planicies. No le resultó tan extraño, el que pareciera importarles poco.

—Bien, el año es una medida de tiempo, tiene 365 días. Lo dividimos en meses, como hacían los antiguos. Un año, doce meses.

—Dicho así, parece mucho.

—No te das cuenta, y los años pasan rápido. Pienso que tú llevas vividos entre dieciséis y dieciocho. Como te decía, era el año 1325. Los hijos del rey ya eran un tanto mayores que lo que tú eres ahora. Ayudaban en la administración del reino, en asuntos políticos y comerciales. Falesin pasaba más tiempo fuera del castillo, tratando con la gente, los soldados y los comerciantes. Ratesh se mostraba poco, pero su pluma llegaba lejos. Sus dotes diplomáticas, y su inteligencia, generaban cambios importantes aquí y allá. Hizo una reforma del diezmo, y una redistribución de los gastos de la corona. Por idea suya, se construyeron nuevos barcos, capaces de viajar más rápido y de transportar mayores cargas. Incluso, ordenó la construcción de hospitales y santuarios en los poblados más distantes. Era un visionario. Su padre firmaba sin mirar, pues en ese entonces, estaba muy distante y no se interesaba en las responsabilidades del trono. El Rey Valak III, había tomado una segunda esposa, la segunda hija del Rey Marwo, del reino de Lartu. Ni sus hijos, ni yo, vimos bien aquel matrimonio. La princesa Kali era muy joven y hermosa, pero no aportaba nada beneficioso. De todas formas, el matrimonio se concretó. En cuanto a la relación entre los hermanos por aquellos tiempos, no era muy buena. Sus actividades y responsabilidades los habían distanciado. Ratesh consideraba que su hermano perdía el tiempo en las calles. El tema del matrimonio los dividió aún más. Falesin a regañadientes, aceptó la decisión de su padre, pero Ratesh se puso furioso y discutió con el Rey. Aquellas riñas entre padre e hijo eran frecuentes, pero aquella fue grave. Se pronunciaron palabras dolorosas. Eos me perdone, pero el Rey se había vuelto un viejo senil y cascarrabias, y Ratesh había llegado a la juventud, y quizá tú lo sepas, o no, pero eso acarrea muchos problemas también. Quizá todo hubiese sido diferente, si yo le hubiese dedicado algo

de tiempo en ese entonces. Pero tenía asuntos que atender.

Habíamos dado por perdida la expedición al norte. Es decir, habían pasado diecisiete años y no me atreví a arriesgar más vidas. Sin embargo, para sorpresa mía, llegaron noticias. Fue el primer día del mes de Acho, lo recuerdo bien. Un mensajero, había viajado desde Cerno, una pequeña aldea ubicada a los pies de las montañas nevadas. El hombre se presentó ante mí con un mensaje, de parte de uno de los exploradores enviados al norte; Balfo, era su nombre.

Explicaba, que habían sufrido grandes pérdidas, y que era el único sobreviviente del grupo. Se había visto obligado a continuar solo, hasta tierras inexploradas, donde descubrió un antiguo reino llamado Tarmitar. La carta no tenía sentido para mí. Había pasado tanto tiempo. Hablaba de máquinas asombrosas, y de curas milagrosas. Decía, haber encontrado a los verdaderos hijos de los antiguos hombres, y que las palabras no alcanzaban para describir las maravillas que había visto en aquel sitio. Finalizaba, solicitando permiso para llegar a la capital Galasiana en un mes. Estaría acompañado de un magistrado tarmitano, con la esperanza de forjar relaciones beneficiosas entre los reinos. Pedí, con urgencia, una reunión del consejo ante el Rey. Los sabios y los líderes comerciantes discutían la veracidad de la carta. "Los antiguos, deben creernos tontos", exclamaban los altos mercaderes. Los sabios no querían apresurar sus opiniones al respecto. Se llamó al mensajero, para pedir su versión de los hechos, y también se verificó el selló del reino en la carta. Nada parecía fuera de lugar, excepto, el inverosímil relato del explorador. Fue una discusión muy acalorada, hubo insultos, y varios miembros se retiraron de sala. Falesin sentado a la derecha de su padre, me miraba preocupado. Habíamos hablado previamente del asunto, y ambos temíamos por el futuro del reino. Algunos sabios también formularon preguntas semejantes; "¿Y si esto es verdad, y nuestro enemigo posee maquinaria antigua en funcionamiento?", "¿Y si desean hacernos la guerra?".

El Rey estaba rojo de cólera, y había tal tensión en el consejo, que se pospuso la decisión para aquella noche, en una nueva reunión. Cuando todos se levantaron, Ratesh, que no había pronunciado palabra alguna, aún tenía la carta entre sus manos y no le quitaba los ojos de encima. Quizá, si me hubiese atrevido a preguntar, a hablar con él sobre lo que rondaba su mente, hoy mi reino estaría en pie. Pero las actividades de aquellos días me mantuvieron muy ocupado. Hubo al final, tres reuniones del consejo, hasta que se tomó una decisión. Ratesh tuvo mucho que ver en ello. Habló, como no había hablado jamás ante los sabios y los altos mercaderes galasianos. Los convenció a todos, y nadie se opuso. El mismo iría hasta Cerno, acompañado de una guardia de buenos soldados, al encuentro con el magistrado tarmitano. Trataría con él, y con el explorador, y constataría la veracidad de su historia y el color de sus intenciones. Dijo, que de ser necesario, usaría sus dotes arcanas para hipnotizarlo e interrogarlo. Es el día de hoy, que me pregunto, si Ratesh

no hizo aquello con todos los presentes en el consejo. Parecía una idea más que aceptable, y nadie temía por la vida del segundo príncipe, ni siquiera su padre.

Argan detuvo su relato e hizo una seña a Naktún para que aguardara. Tomó un odre de agua y bebió, hasta dejarlo vacío. El muchacho, atrapado por la historia del maestro de armas, se removía impaciente junto al fuego.

Satisfecho, el galasiano carraspeó un par de veces, y se dispuso a continuar:

—Así fue, que el príncipe Ratesh partió de la capital, acompañado de un mensajero y treinta hombres bien entrenados. Yo era uno de esos hombres. Me preocupaba su bienestar, y quería estar allí, para protegerlo. Durante el viaje, intenté recuperar algo del tiempo perdido, pero el príncipe estaba distante y solo me hablaba acerca de Tarmitar, y sus posibles maravillas; "Quizá puedan curar mis piernas Argan, si todo es verdad, quizá lo hagan".

Una noche acampamos a la vera del camino y Ratesh se había metido en su tienda a leer un libro sobre la edad oscura y los antiguos. Lo interrumpí para hablar con él, pero esta vez le hice preguntas un tanto más directas y personales. Yo quería saber si seguía ofendido con su padre, y que era lo que sucedía con su hermano. Insistí, hasta que el príncipe se quitó la máscara de los buenos modales. Ante mis ojos, estaba otra vez aquel niño lleno de odio y desprecio. Resultó ser, que él y su hermano tenían una sierva en común, llamada Janit. Yo la conocía de vista, era una joven hermosa y graciosa que pasaba mucho tiempo con ambos. Para mí, había pasado desapercibida, pero para los hermanos no. Ratesh escupía ahora la verdad, temblando de ira. Su hermano mayor se la había llevado a la cama, y ella se lo había confesado a él, mientras le servía su comida. Era algo normal, pero desde la perspectiva del segundo príncipe, lo habían traicionado, clavándole un puñal en la espalda. La mujer había elegido el amor de su hermano, que sería el futuro rey y que podía caminar. Sí, él podía caminar y Ratesh tenía aquellas piernas inservibles. Con lágrimas en los ojos intenté calmarlo, pero el príncipe me insultó y me empujó. Al hacerlo, cayó de su silla. No pude tolerarlo y me aleje de la tienda. Lo deje allí tirado. Roto. Al fin y al cabo, no pude arreglar nada, y los acontecimientos se sucedieron en formas aún más atroces, que aquellas que mi intuición habían vaticinado.

Naktún al oír la voz de Argan quebrarse, lo detuvo.

—Maestro, no siga. Yo entiendo. Ya no llueve más y es tarde. Puede continuar otro día.

—No muchacho. Quiero que lo escuches todo. Al fin y al cabo, el final de esta historia te atañe tanto a ti, como a mí. Ya verás.

El viaje continuó, y no volví a hablar con Ratesh. Todo estaba claro para mí, incluso su enojo para con el Rey. Era invierno, y debido a las condiciones del clima, nos tomó más de un mes el llegar hasta Cerno. Fue el viaje más difícil de toda mi vida, fue incluso más difícil que cruzar el gran desierto de Lamán, pues en aquel caso, me pesaba mucho el corazón. No podía alejar el mal presagio de mi mente. Como un cuervo negro se cernían sobre mí, durante sueños. Cuando al fin llegamos a Cerno, la aldea nos recibió con entusiasmo a pesar del frío y las tormentas. Preguntamos por el explorador y el extranjero, y nos condujeron hasta ellos. Nos esperaban en el santuario.

Entramos cinco hombres, el príncipe y yo. Balfio nos dio una acalorada bienvenida. Los años habían sido duros con él, y no se parecía en nada a como yo lo recordaba. A su lado, se encontraba el magistrado Tarmitano. Iba vestido con ropas negras, similares a las de un sacerdote. Su piel, era pálida, como la de los muertos, y su sonrisa le surcaba el rostro, ancha, extraña, como si no debiera estar allí. Tenía los cabellos largos y descuidados, de un negro oscuro. Por alguna razón, me recordó al cuervo de mis sueños. En su toga, había pintado un símbolo, en color amarillo. Era como una flor, de tres pétalos, o un trébol. Se presentó como Rilnim Ferpes, alto magíster del concilio Tarmitano, amo y señor de la sabiduría antigua y las artes técnicas. Mientras habló, con voz cautivadora, el príncipe y él parecían estar teniendo en silencio una plática sin sonido. El explorador no levantaba la vista del suelo, y yo, por alguna razón que no se explica, estaba aterrado. Más tarde, Ratesh dio órdenes de enviar un mensaje a su padre. No se me permitió ver el contenido del mismo. También, solicitó a los aldeanos que prepararan una gran cena para esa noche, y comió a solas con Rilnim en su tienda.

Me fui a dormir, cansado y aturdido, y le pedí a mis hombres que no le quitaran la vista del encima al príncipe. Cuando desperté por la mañana, noté movimientos extraños. Debido a mi cansancio, había dormido de más. Habían levantado la tienda del príncipe, y los soldados iban de aquí para allá transportando provisiones. Me encontré a un grupo de soldados alistando sus caballos, y a Rilnim acompañado del príncipe, en vistas de partir. Se dirigían hacia el norte. Discutí con el príncipe, mientras aquel extraño hombre tarmitano no hacía más que sonreír. Me dijo que visitaría Tarmitar, que no me preocupara por él. Le pedí, por favor, que me dejara acompañarlo. El magíster habló, fueron las últimas palabras que le oí decir. "Eso no será posible". Intenté discutir con el príncipe, pero mis propios soldados me detuvieron por la fuerza. El príncipe se acercó a mí, montado en su caballo, mientras mis hombres me sostenían contra el suelo. "Lo siento mucho Argan", me dijo Ratesh, "debes acatar las órdenes de tu futuro rey". Lo vi alejarse, con mi mejilla pegada al barro, acompañado de ese hombre sombrío. Fui encerrado en un granero,

durante dos días. Cuando salí, mis hombres ya no estaban allí. Se habían ido junto al príncipe. Los aldeanos no hablaban acerca de lo sucedido, tampoco parecían saber mucho acerca del tarmitano. Encontré a Belfo muerto, con el vientre hinchado, ahogado en su propio vómito detrás de la taberna. Tenía una botella de alcohol en la mano. Quienes lo habían visto la noche anterior, aseveraban que el pobre no paraba de beber, pues decía tener una sed incontrolable, y que aquella botella había sido la número diecinueve. Sin más que hacer, viajé solo, de regreso a Galashir.

Al llegar, el Rey me recibió con seriedad. Esto me resultó extraño, así que le comenté en detalle lo acontecido en Cerno. En su carta, Ratesh había indicado que su hipnosis en el tarmitano había resultado eficaz, y que había hablado con la verdad. Qué viajaría hasta Tarmitar en son de paz, para recibir una cura para sus piernas. Lamentablemente, al oponerme yo a sus deseos, se veía obligado a "detenerme y encerrarme" para poder partir sin disgustos. ¡Pero la carta había sido enviada antes!

El príncipe había planeado hacerme a un lado desde que vio al magister tarmitano. Irónico, por cierto, Ratesh le pedía a su padre que no me tratara con dureza por mis actos, caracterizándome como a un hombre tosco y conservador, pero siempre "fiel al reino". Solo el príncipe Falesin creía en mí. Desconfiaba de su hermano y sus intenciones.

Los años pasaron. Con cierta frecuencia, llegaban mensajeros desde el Norte, con cartas de Ratesh para su padre. Relataba en ellas los grandes avances tecnológicos de los tarmitanos, y su interés en compartir sus conocimientos con nosotros. Jamás leí las cartas, tampoco los sabios ni Falesin. El Rey solía darnos los detalles durante las reuniones del consejo. Con alegría, afirmaba que su hijo volvería a caminar, gracias a las increíbles técnicas de sanación que allí se practicaban. Mi relación con el Rey se había deteriorado, al igual que mi opinión acerca de sus cualidades para gobernar. A pesar de ello, me mantenía fiel, y hacía todo lo posible por cumplir con mis deberes como maestro de armas. Por aquellos días, Falesin era un gran compañero y amigo. Se había vuelto adulto carismático y con capacidad de liderazgo. Las virtudes de los nobles caballeros de antaño se habían vertido en él; la sabiduría, la compasión, el valor. Aquellas cosas que, en vano, me esforcé por inculcarle a su hermano menor, en Falesin habían florecido con pocos cuidados. En secreto, anhelaba verlo heredar la corona.

Corría el año 1329. Las cartas del segundo príncipe habían dejado de llegar. Una calurosa mañana del mes de Ilu, sin previo aviso, Ratesh se presentó antes las puertas de la capital, acompañado de cuatro soldados y varios sirvientes. Traía varios carromatos con presentes para el Rey. Su llegada fue silenciosa. Las personas no podían creer lo que veían. Ninguno de los criados preparó su silla móvil, y, al bajar del caballo, Ratesh lo hizo sin ayuda, apoyando sus piernas en el suelo. Vestía ropas de seda, muy finas y ajenas a las costumbres Galasianas. Por vez primera, vi, en su

cuello, la reliquia que portaba, con el símbolo tarmitano. Caminó firme, y con la frente en alto por la calle principal, con los brazos extendidos, reclamando una ovación. Y la recibió. Los aldeanos no paraban de aplaudir y evocar su nombre. Yo aguardaba a un lado de las escaleras de piedra que conducían al castillo, y cuando pasó a mi lado posó sus ojos en mí. Me saludó, pronunciando mi nombre, y haciendo una leve inclinación. Sentimientos muy confusos me invadieron en aquel momento, sin embargo, prevaleció en mí, un odio irracional. Le devolví el saludo, del mismo modo. Había cambiado mucho, y no solo por dentro. Parecía más viejo que su hermano mayor.

Si bien yo sentí un profundo rechazo hacia su persona, el resto del consejo estaba encantado ante su presencia. El rey lloró al ver a su hijo en pie, y le pidió perdón por las riñas y los malentendidos. Parados junto al trono, se dieron un afectuoso abrazo. Este servidor, tenía la sensación de estar en la sala de teatro, viendo una obra de mala comedia. Falesin no estaba allí. Más tarde lo encontré, en sus habitaciones. Había tenido un encuentro en privado con su hermano, y se sentía, al igual que yo, muy perturbado. Juntos, acordamos espiar a Ratesh y averiguar sus intenciones. Jamás tuve la oportunidad de hacerlo. Al otro día, al igual que muchos otros, caí enfermo de una terrible fiebre. Tú tuviste la desgracia de padecerla también, así que sabes de lo que hablo. A diferencia de los aldeanos, que eran atendidos en las tiendas comunales de sanación, yo fui atendido en el castillo por las enfermeras reales. Ellas no podían hacer nada, sin embargo, el estar dentro de los terrenos del castillo, fue lo que salvó mi vida. Aun delirando por la fiebre, veía como uno tras otro caían, los soldados, los consejeros y las sanadoras. En el caos que provocaba aquella peste, me levanté de mi camastro, tomé mis cosas y me aleje de allí. Las ideas de conspiración y traición aun rondaban por mi mente. En los corredores reales, había personas tiradas en el suelo. Las salas de cuidados no daban abasto. Subí, con gran esfuerzo, al cuarto del príncipe Falesin. No había nadie allí. Busqué, tanteando los muros de piedra. Sabía que los cuartos de la familia real poseían distintos pasajes secretos. Desde la ventana, llegaban gritos aterradores. Me sentí desfallecer, justo, cuando encontré un ladrillo que se deslizó hacia dentro. Me arrastré al interior de un pequeño pasaje. A mis espaldas la pared de piedra volvió a cerrarse, dejándome sumido en las tinieblas. Allí quede, inconsciente, vencido por la fiebre, sin saber lo que sucedía fuera. Debieron pasar dos días, en los cuales no lograba distinguir entre la vigilia y las pesadillas. Cuando desperté, estaba sediento y hambriento, pero ya no tenía una pizca de fiebre. A ciegas, volví a buscar el ladrillo que accionaba la pared oculta. El cuarto del príncipe estaba hecho un desastre. Había dos soldados galasianos muertos, uno sobre la cama, el otro estrellado contra el armario. Me asomé por la ventana. Mi ciudad estaba en llamas. Aún se oían los infernales gritos provenientes de las calles. Al salir de la habitación, con mucha cautela atravesé los pasillos del castillo. Había hombres muertos por doquier. Me detuve ante la sala de la biblioteca, que ardía. Uno de los sabios se mantenía en pie, intentando salvar algunos

libros y pergaminos. Me acerqué a él, y por primera vez, vi, de lo que era capaz aquella peste. El hombre, demacrado, tenía los ojos podridos, cubiertos en pus. "¡El conocimiento!", gritaba. "se perderá para siempre". Lo tomé por el brazo para hablar con él, y me arañó el rostro con sus uñas. Quería que me alejara de sus libros. Era un anciano, y sin embargo, tenía verdaderas intenciones de hacerme daño. Ante el espanto, caí contra unos estantes y varios libros ardientes cayeron sobre mí. Enseguida me hice a un lado, apagando las llamas que prendían de mi ropa. El anciano, desquiciado, agarraba los libros que se estaban prendiendo fuego. Las llamas no tardaron en subir por su toga. Allí lo dejé, quemándose junto a sus preciados conocimientos. En la sala del consejo, varios mercaderes se batían a puño limpio con los sabios. Era una riña sangrienta y encarnizada. Había muchos cadáveres desparramados por la sala. Ante semejante muestra de locura, seguí mi camino. Frente a la puerta del almacén de la torre norte, encontré la primer persona sana. Era Nila, una criada. Estaba hecha un ovillo, llorando dentro de un barril. Desde el otro lado de la puerta se oían golpes y rugidos. Cuando me vio se llevó un gran susto. Me creía muerto. Mejor dicho, los creía muertos a todos, o sumidos a la locura. Yo quería saber que había pasado. Me dijo que todos habían enfermado, que la gran fiebre se había llevado a muchos. Pero que algunos muertos habían resucitado, asesinando a los vivos y asesinándose entre sí. "Si es que puede alguien morir dos veces, señor", me dijo. Al otro lado de la puerta había encerrado a su amiga. Era Janit. Me dijo que estaba loca, que se había puesto violenta. "Póngala a descansar señor, le pido por favor. Yo no tengo el valor de hacerlo". Cuando quité la tranca de la puerta, Janit ya no era Janit. Era una gran masa de carne ennegrecida y abultada. Imagina el terror que sentí, al ver un contrahecho allí dentro, destruyendo los cajones de suministros. No estaba preparado para ello, ni con todo el entrenamiento del ancho mundo. Nila dio un grito, y la criatura cruzó la puerta. Yo, me había quedado perplejo, y fui lanzado contra la pared de piedra. Con todo el peso de su cuerpo, aquel repugnante ser estampó a la criada contra los barriles y las cajas y le mordió el cráneo. Nila gritaba mientras era devorada. Yo me levanté, tomé mi espada y atravesé severas veces la espalda de aquel monstruo con la esperanza de salvarla. Pero fue en vano. La criatura aún se movía, agonizante. Nila, estaba muerta. No podía creer nada de lo que veía. Salí de allí, corriendo, en dirección al trono. Allí no había nadie, más que soldados muertos. El cuarto del rey estaba cerrado. Había dos guardias apostados allí. Eran altos y fornidos. Iban armados con lanza y espada. Portaban armaduras de placas de metal, y en su pecho, pintado en negro, el trébol tarmitano. Jamás había visto equipo semejante. Al verme, ambos me apuntaron con sus lanzas y me dieron un alto en un idioma que no entendí. No me inmuté, y entonces se lanzaron a la carga al unísono. A pesar de que estaba débil y sediento, me armé de valor y luché contra ellos con todas mis fuerzas. Debido a esas placas de metal, los movimientos de aquellos hombres resultaban lentos y fáciles de leer para

mí. Me deshice de ellos en cuestión de segundos.

A pesar de mis temores y mis especulaciones, lo que vi aquel día dentro del cuarto del rey me rompió el alma. Ratesh estaba parado sobre la cama, bailando sobre el cuerpo de su padre. Reía, lacónico. Tirado contra la pared, el cuerpo de la reina Kali yacía carbonizado. El rey estaba boquiabierto, parte de su cara se había calcinado y se podían ver sus huesos. De pronto, Ratesh se giró. Yo cargué contra él, con la intención de asesinarlo, pero me iluminó con su reliquia en alto, y sentí que mis prendas y mi rostro se quemaban. Seguí de largo y me lancé a los pies de la cama. Evitando el haz de luz. "Mi querido Argan. Te creí muerto", me dijo y bajó de la cama de un salto. "Debes ser de esos pocos que toleran la emisión". Yo ya no estaba allí. Me había ocultado debajo. Al verlo, le clavé mi daga justo en el pie. Ratesh dio un grito y la sangre fluyó. Yo salí deprisa por el lado contrario, y me oculté detrás de una estatua de roca del rey Valak I, que adornaba la habitación. Sentí como la efigie de piedra se calentaba ante la magia de Ratesh.

Le grité a todo pulmón. Le dije que era un cobarde, y un desgraciado. Y que no dejaría de perseguirlo hasta acabar con su vida. El reía. El calor se detuvo y me giré para ver. Estaba arrodillado en el suelo intentando quitarse la daga del pie, que se había clavado con fuerza también sobre el suelo. "Tu rey ya no existe, y tu pueblo está sumido en caos". Yo empujé con todas mis fuerzas en su dirección, y la estatua de roca se le vino encima. El maldito en aquel instante, se apartó del lugar, desgarrándose el pie en el acto. Era el momento ideal, para terminar con todo aquello. Sin embargo, varios hombres y mujeres apestados entraron de pronto a la habitación y se lanzaron sobre mí. Ratesh se hizo un espacio entre ellos, y se fue rengueando de la habitación, con el pie mutilado. Lo oí gritar. "¡Jamás saldrás de aquí Argan! ¡No tienes idea del poder que poseo, pero pronto lo entenderás!"

Evidentemente aquellos enfermos no estaban actuando de forma irracional. Había un patrón en ellos. Supe, que Ratesh los estaba controlando. Luché con todas mis fuerzas. Cercené brazos que intentaban apresarme, y tiré los muebles al suelo intentado crear una brecha. Había rostros conocidos allí, incluso amigos. Y yo los estaba masacrando con mi espada. Sin embargo, no dejaban de entrar al cuarto, tanto era así, que se aplastaban entre ellos en su desesperación por alcanzarme. No tuve opción. Me lancé a través de la ventana, haciendo añicos los cristales, y caí con la mitad del cuerpo sobre las tejas del salón de banquetes. Varios pies de distancia separaban aquel tejado, de la ventana del cuarto real. En el medio, había una caída libre hacia los patios. Una muerte segura. Por suerte, me sostuve e hice fuerza para subir. A mis espaldas, mis persecutores se lanzaban al vacío y se estrellaban contra el suelo. Con el pecho adolorido por el golpe, corrí por los techos hasta la cara lateral de la torre sur. Abajo, en los jardines, había varios contrahechos alimentándose de cadáveres. Había un resquicio donde la torre y el tejado se conectaban.

Pegado a la pared rodeé la cara externa, hasta alcanzar el alfeizar de una ventana. Por allí me metí en el cuarto superior del torreón. Había allí encerrado un sabio, al cual yo conocía. Su nombre era Dórsico. Estaba sano y me reconoció. Me dio detalles de lo ocurrido. Cinco días habían bastado para diezmar la ciudad, y dejarla indefensa. Todo era un caos. Las tiendas de sanación estaban repletas y los enfermos deambulaban por las calles de la capital. Llegaron noticias de las aldeas vecinas; la situación era la misma. En la noche del quinto día, el rey había caído enfermo. Nadie lograba encontrar a Falesín, y el príncipe Ratesh tomaba las decisiones.

Grandes huestes de contrahechos aparecieron desde el norte. Seguidos del ejercito tarmitano. No pudieron calcular los números. Los soldados fieles a Ratesh abrieron las puertas de la capital. Fue una masacre. La fiebre mataba a algunos hombres, pero a otros, me dijo Dórsico, los volvía locos. Quedaban, por cierto tiempo, en un estado de sueño profundo, y luego despertaban y se mataban entre sí. Los contrahechos, arrasaron con sanos y enfermos por igual. Pero a los guerreros tarmitanos no los tocaban. Muy pocos hombres se sobreponían a la fiebre. Yo era uno de esos casos extraños. "Si ves a un hombre, con los ojos amarillos, y lo crees muerto, mávalo tres veces Argan", me dijo. "Debes asegurarte de que no se vuelvan a levantar". No quería salir. Era un erudito muy cobarde. Decía tener comida y agua para varios días. Lo deje allí, a su suerte. Yo no tenía tiempo para convencerlo. Quería la cabeza del príncipe traidor. Subí a lo alto de la torre y observé la ciudad. Desde allí se podía ver el puerto, y al mismo tiempo, la entrada principal. Había fuego y humo por tardes partes. Miles de lamentos llegaban hasta mí, y no había nada que pudiese hacer. Por la calle principal, un hombre a caballo se alejaba a gran velocidad, en dirección al puente de piedra. Gracias al azul de sus prendas, supe que era Ratesh. Montado en cólera, abandoné la torre, asesinando contrahechos y apestados, y me abrí paso hasta el cuartel general. Por suerte, en los establos, mi quivre aún seguía con vida. De hecho, se había defendido muy bien solo. Los soldados galasianos suelen montar a caballo. El quivre es una exótica criatura, amaestrada por los pueblos nómades de Lamán. El cómo me hice de una, no forma parte de esta historia. Entonces, como te decía, tomé algunas provisiones, y salí de allí a toda velocidad. Por desgracia para los habitantes de las planicies de Mor, y de los pueblos al sur de Galashir, perdí el rastro de Ratesh. Me tomó un mes, encontrar a alguien vivo que lo hubiese visto, y me pudiese indicar en qué dirección se había ido. De lo contrario, lo hubiese atrapado en su segunda noche de viaje. A veces me pregunto, si hay acaso un dios maligno que le es propicio. Y en fin, eso es todo. Esa es mi historia. Jamás en toda mi vida hablé tanto y sin interrupciones como ahora.

Naktún, que no se había perdido detalle, pero estaba agotado, bostezo.

—Fue una gran historia maestro. Pero muy triste. Aun así, usted no es tan

buen cuenta cuentos como lo era Pur.

—Bueno, pues, esto no es un cuento. Todo sucedió tal cual te lo conté – contestó Argan, ofuscado.

—¿Y usted piensa que los cuentos no suceden también, en algún lugar? Quizá no en nuestro mundo, pero en otros. Así, igualitos a como los contamos y los imaginamos. El viejo Pur decía, que en algún lugar, de entre todas las estrellas, debían pasar.

—Pues... puede que tengas razón.

—Igual quiero que me cuente otros. Algún día. Este estuvo bien, le faltaron más doncellas, pero estuvo bien.

Argan se quedó mirando a Naktún con el ceño fruncido, mientras el joven se acomodaba para dormir.

—¿Aún vendrás conmigo al pueblo? Ahora que sabes de lo que Ratesh es capaz.

—Sí, maestro. Antes no tenía opción. Pero con su historia, me ha dado razones.

Argan, atento a las palabras del joven, sonrió. Se acercó a la hoguera y apagó el fuego.

—Buenas noches, maestro.

—Buenas noches, Naktún.

Capítulo 9

Inframundo

Ojo Hermoso avanzaba por lo que él recordaba como “El Paso”. Una serie de túneles repletos de tiendas, donde los chatarreros negociaban e intercambiaban toda la basura que juntaban fuera. Tefir lo seguía, mirando los puestos llenos de chatarra. Usando las máscaras y las capas andrajosas, se habían mezclado entre los transeúntes que iban y venían de aquí para allá, ofreciendo sus cosas y regateando frente a las tiendas. Aquellos hombrecillos deformes y malolientes, se establecían en pequeñas carpas mugrientas abarrotadas de basura. Allí mismo, hacían sus negocios, comían y dormían. Era un lugar caluroso y sofocante.

—¡Hierro, buen hierro filoso!—repetía uno, sentado desde su tienda—¡Cambio por buen tulunga o carñudo!

Un chatarrero jorobado, con el rostro lleno de llagas, se hurgaba la nariz mientras paseaba por los puestos. Una mujer obesa y horrenda, ofrecía sus servicios sentada en la entrada de su tienda. Andrajos, llevaba pocos, y sus carnes eran visibles a una legua de distancia. Al verla, el hombrecillo deforme se acercó, intercambió algunas palabras, y se metió en la pequeña carpa con ella.

Cerca, Tefir escuchó a otros que discutían mientras tiraban de un insecto, del tamaño de una cabeza. La criatura chillaba. Era horrenda. Llena de bellos morados, con varios ojos y una especie de trompa flexible.

—Tú dame tu pungolo. Yo más después traer carñudo

—Mi pungolo grande entre pungolos. Dame carñudo ahora. No carñudo, no pungolo.

Tefir, que había comenzado a entender un poco mejor lo que decían aquellos sujetos, se acercó a Ojo y en voz baja le preguntó acerca de los tan nombrados pungolos y carñudos.

—Pu-pu-pungolo – dijo Ojo, señalando al insecto horrible, de muchas patas – los co-co-comen y los crí-crían.

—Repugnante. ¿Y el carñudo?

—Ya ve-ve-verás.

Siguieron avanzando hasta una sala circular, donde varios túneles se conectaban entre sí. En el centro, había un chatarrero parado sobre una mesa y otros debajo que le ofrecían sus cosas. A su lado, en una jaula de

hierro, había tres criaturas. Los carñudos, supuso Tefir. Parecían cerdos, pero no lo eran. No podía distinguir la cabeza del animal, de su trasero. Tenían cuatro patas, y al frente y atrás no presentaban protuberancia ni miembro alguno.

—Qué cosa más extraña Ojo.

—Si bu-bu-buscas la ca-cara, está en su pe-pecho.

—¿Abajo, entre las patas?

—Sé co-comen, a los pu-pungolos que reptan por el pi-pi-piso.

—¿Y los chatarreros se los comen a ambos?

—Co-co-comen ca-casi to-todo lo que encu-cu-entran.

—¿Y cómo demonios puede valer semejante animal lo mismo que un pungolo?

—El pu-pu-pungolo, si es fe-fecundado po-pone hu-hu-huevos. Es muy va-valioso.

—Bien. Creo que ya aprendí suficiente sobre la cultura tarmitana. Deberíamos darnos prisa. ¿Qué buscamos?

—No te-te-tengo idea.

—Algo diferente a como estaba antes. Tú dime. No veo por aquí a los soldados que vimos en la superficie.

—Bu-bu-bueno. La lu-luz anti-tigua cu-cu-cuelga por to-todo el lugar.

—¿Y antes no? Bien, ¿y los cubos negros con cristal gris?

—Ta-ta-tampoco.

—Ese viejo tiene uno igual en su tienda. Es cosa antigua. El "júju de las mentes" le dice él. ¿Lo recuerdas?

Ojo asintió, sin entender del todo.

—Bien, mira sobre las columnas. Hay muchos. Desde que entramos a esta zona de comercio que los estoy viendo.

—Ti-tienes razón.

—Tú eres el experto aquí. ¿Para qué quieren tantos Ojo?

—¿A-a-adornar?

Mientras ambos compañeros discutían acerca del objetivo de haber bajado hasta las profundidades, los chatarreros de la zona circundante comenzaron a congregarse. Un sonido, similar al de un cuerno chillón y repetitivo llenaba los túneles y la sala circular.

—¿Qué es eso Ojo?

—Pa-parece que di-di-dieron una a-a-alarma.

Los chatarreros que estaban cerca, hablaban entre sí.

—Es hora – se decían, los unos a los otros, sin quitar la vista de encima de aquellas cajas negras que tenían más cerca.

El sonido se detuvo y los cristales grises comenzaron a emitir un resplandor. Ojo y Tefir estaban perplejos. En cada cubo negro, se repetía la misma imagen. Había allí un hombre extraño, vestido de negro. Portaba el símbolo del trébol negro sobre el campo amarillo en su pecho. Tenía la tez muy pálida, y una tensa sonrisa surcaba su rostro. Palabras de admiración recorrieron todo el recinto. Algunos chatarreros se acercaron a uno de los aparatos antiguos que se encontraba cerca del suelo, sobre un pedestal de roca, y comenzaron a dejar allí sus cosas.

“Mis tulungas para ti”, repetían, al tiempo que apilaban todo tipo de chatarra en torno al cubo.

El hombre vestido de negro, comenzó a hablar. Desde cada cubo, y en cada rincón de los túneles, sus palabras resonaban.

—¡Hermanos y hermanas Tarmitanos, los días de la sombra están cercanos a su fin! El dios de acero ha hablado, y nos desea, a nosotros, sus hijos, conquistando la superficie. Nuestro poderoso ejército, ha resultado victorioso en Galashir. El príncipe ha traicionado a su propia sangre y a su pueblo pues ha visto la verdad en mis ojos, la única verdad. Qué el hierro no deje de caer sobre nuestros hornos, y que la bendición de nuestro dios no deje de manifestarse en la simiente de los oldobrónes. Las próximas generaciones se acostumbrarán a la luz solar y así nuestro reino se expandirá, resurgiendo al fin de las cenizas. Cosecharemos sobre la tierra fértil de los hombres que han perdido el rumbo de la evolución, y nos entregaremos a los designios de Temsek, pues él es el guardián del conocimiento perdido, amo y señor de la noche eterna. ¡Por él y para él, inmortales seremos!

Hubo vítores generalizados entre los chatarreros, pero aquel hombre aún no había terminado su discurso. Su rostro se tornó serio.

—He visto, a través de los Ojos de nuestro dios. Me ha advertido. Hay hombres aquí, ocultos en la sombra.

Tefir le hizo señas a Ojo, en dirección al túnel más distante. Allí, un oldobrón acompañado de varios guerreros, como los que habían divisado en la superficie, se abrían paso entre la multitud.

—Creo que vienen hacia acá Ojo.

—Estos asquerosos espías, —continuó el hombre de negro —sucios ladrones de poca monta, recorren nuestra calles con total impunidad.

—N-n-no hay fo-forma de que se-sepan que so-so-somos no-nosotros.

En el cristal gris, el hombre sacó de entre sus prendas un reloj de bolsillo, similar al de Ojo.

—Ellos creen que pueden pasar desapercibidos, pero nuestro señor está por encima de sus tretas. Uno de estos insolentes lleva una reliquia antigua, igual a esta. Una pequeña máquina creada para contar el tiempo.

Tefir y Ojo se quedaron tiesos. Aquello no era posible.

Aquel sujeto tomó el reloj entre sus manos y comenzó a pronunciar unas palabras incomprensibles. Con temor, Ojo Hermoso extrajo el reloj, cuyas manecillas, desenfrenadas, no paraban de girar. Lo tenía oculto a la vista de quienes estaban cerca, no obstante, la alarma de la pequeña máquina comenzó a sonar. Los chatarreros, sorprendidos, se giraron en dirección al sonido. Uno de ellos, que estaba cerca, agarró la mano de Ojo y tiró de ella, por fuera de la capa. El reloj tintineaba, ante la vista incrédula de los allí presentes.

“Muerte a los intrusos”. La frase del hombre vestido de negro se repitió en cada júju de las mentes, y luego, su imagen se perdió. Cada chatarrero, enardecido, repetía sin parar la misma frase, “muerte a los intrusos”.

Varias manos comenzaron a aferrarse a Ojo, que luchaba por liberarse. El oldobrón y sus guerreros no estaban muy lejos.

—No te preocupes, a donde sea que te lleven, yo te sacaré de allí — le dijo Tefir, a sus espaldas, dando unos pasos atrás.

—¡De-de-desgraciado! ¡Esta co-co-conmigo, él está co-conmigo!

Tefir fue apresado por dos chatarreros que estaban junto a él. Pero se liberó propinándole un codazo en el rostro a uno, y un rodillazo en el estomago al otro. Antes de que más chatarreros pudieran abalanzarse encima de él, sacó de entre sus ropas una pequeña bola grisácea y la lanzó con fuerza al suelo. Una densa nube de humo comenzó a llenar el ala izquierda de la sala circular, y una parte del túnel contiguo. Ojo aprovecho la confusión para luchar contra los chatarreros que lo rodeaban, pero eran cinco, quizá seis, y lo tenía muy difícil. Tefir llegó en su ayuda, empujando a dos de los chatarreros. Al verse un tanto más libre, su compañero comenzó a blandir su garfio a diestra y siniestra, lacerando los brazos de sus opresores. Apenas podían ver debido a la bomba de humo, así que se guiaban mediante sus otros sentidos y el instinto.

—Soy yo, Tefir. Detenté, me vas a sacar las tripas imbécil.

—Sa-sa-salgamos de aquí.

Tefir volvió a lanzar otra bomba de humo al suelo. Ojo, que temía que el túnel estuviese avasallado de chatarreros y el avanzar les resultara imposible, sacó una bomba totalmente diferente, y la lanzó con fuerza hacia delante.

Tefir, que se había percatado del lanzamiento lo increpó.

—¿Acaso te has vuelto loco? Acabo de lanzar una...

Un fuerte estallido interrumpió a Tefir. Se oían gritos al frente. Un chatarrero en llamas pasó corriendo y dando alaridos, a través del humo. En el caos, se habían vuelto a mezclar con quienes corrían de un lado a otro, y no podían ver bien. Ojo había dejado atrás su reloj, tirado en el suelo. Pasaron por la zona de impacto. Había olor a carne quemada.

—Lanzaste una bomba. Maldito loco.

Tuvieron que correr por sobre los cadáveres que ocupaban aquel tramo del túnel. Las tiendas ardían y el fuego se propagaba. Era eso, correr, o ser atropellados por la avalancha de chatarreros que deseaban huir del fuego y el humo.

—La-la-lanza otra – dijo Ojo

Tefir accedió, aunque dudó por un segundo, si su colega se refería a una bomba de humo o una incendiaria. Optó por utilizar la del primer tipo.

La bomba generó más caos en el túnel. Ojo tomó a Tefir del brazo y lo condujo hacia la derecha. Con esfuerzo, salieron de entre el tumulto que avanzaba a trompicones y se ocultaron tras las tiendas que aún estaban de pie. Tefir asomó, y vio al oldobrán por encima de la pared de humo, y a los fornidos guerreros que lo acompañaban, atravesando el túnel e inspeccionando las carpas.

—Nos buscan Ojo.

—Po-po-por aquí.

Ojo había encontrado la boca de un tubo de hierro, estrecho.

—¡Carajo! ¿No tienes una mejor idea?

—No se-se-seas ma-ma-marica.

No tenían opción. Ambos se introdujeron por aquel canal, y avanzaron cuerpo a tierra. No había suficiente lugar como para girarse.

Continuaron así, hasta que los gritos provenientes del túnel dejaron de oírse. Ya no podían ver nada.

—¿A dónde crees que conduce esto Ojo? ¿Arriba o abajo?

—Po-por el aire que co-co-corre, hacia el exte-te-terior.

—Fantástico. Ya quiero salir de este loquero. Tenemos suficiente información. Los tarmitanos tienen un ejército y planean conquistar el mundo. ¿A que suena increíble no? ¿Ojo?

—A-a-aquí hay una ba-ba-bajada.

—Bueno, intenta extenderte un poco, para ver si al frente nuestro camino continua. No debimos perder ese tubo de luz.

—To-toma mis pi-piernas.

Tefir buscó en la oscuridad y sostuvo con fuerza a su compañero por los tobillos. A medida que Ojo avanzaba, Tefir también lo hacía, sin soltarlo. Ambos eran buenos para las acrobacias, pero esto era demasiado. Tefir se encontraba ya, sosteniendo casi todo el peso de Ojo.

—Cre-cre-creo que hay o-o-otro pasaje al frente.

—Alcánzalo, ya casi no puedo sostenerte. ¡Sostente de algo Ojo!

De pronto, su compañero dio un quejido y resbaló. Tefir, que tenía los brazos muy tensionados por el esfuerzo y la mitad del cuerpo colgando sobre el vacío, lo siguió detrás. Cayeron a lo largo del canal, golpeándose entre ellos y contra las paredes de hierro. Algo duró los recibió; una tabla de madera. Pasaron juntos a través de ella, haciéndola añicos. Una gran nube de polvo se levantó. Habían caído sobre una pila de papeles y libros viejos,

desparramados en el piso.

—¡Awiiiiijgh! ¡Monstros! ¡Largó! ¡Fuera, fuera!

Un enano, con los ojos grandes y brillosos, los azotaba con una vara. Iba vestido con una almohada, atada a su cuerpo por medio de una soga, y una olla de acero, a modo de yelmo. Sus pintas eran de risa, pero su vara no.

Tefir y Ojo, adoloridos por la caída, gritaban cuando el enano los golpeaba con ella. De hecho, aquella cosa les daba una descarga en cada impacto.

—¡Mio cozas! ¡Dampen mio papel, desgrasados! – decía aquel extraño ser, con voz chillona.

Ojo ubicó al agresor, y cuando lo tuvo lo bastante cerca, le propinó una patada, justo en el pecho. El enano salió despedido y se estroló contra un mueble viejo lleno de viales y tubos de ensayo.

Ambos se quitaron las máscaras para poder respirar mejor. Los cabellos de Tefir estaban completamente erizados.

El lugar era un cuarto repleto de pequeños muebles, papeles, libros, cajas y muchos artefactos que no habían visto jamás en su vida. Estaba iluminado con velas dentro de tubos de cristal, dispuestas aquí y allá. Como todo chatarrero, este debía ser un acumulador de basura sin remedio. Ojo se puso de pie y se dio la cabeza contra el techo. Maldiciendo, se agachó, y avanzó hasta el mueble donde el enano había caído.

—Ma-ma-maldita cri- criatura. ¡Te vo-voy a de-de-despellejar viva! – le dijo. Y acto seguido, tomó la vara que se había caído al suelo y comenzó a darle un escarmiento con ella. El enano se tapaba el rostro y gritaba, implorando piedad. Pero, o la descarga eléctrica no salía, o el enano era inmune a ella.

—Esta co-co-cosa no fu-funciona.

Tefir se acercó, divertido, a ver como su compañero se desquitaba.

—Dame, déjame ver. Tiene un gatillo aquí vez, quizá si lo aprietas así y...

El enano pegó un salto ante el azote de Tefir, que le había encontrado el truco a aquella cosa.

—¿Qué tal ahora enano ridículo? ¿Te gusta?

—No ma, no ma. Pod favod – lloriqueó de rodillas.

Tefir se detuvo. Aunque Ojo hermoso parecía decido a despachar al infeliz.

—Quizá podamos sacarle algo de información.

—Ci-ci-cierto.

—¿Qué sabes sobre este dios Temsek y el sacerdote negro? ¡Habla!

El enano parecía sumamente confundido.

Tefir lo amenazó nuevamente con la vara.

—¡Habla o te doy de nuevo!

—Noi ze naaa, naaa. Perjuro.

—Creo que se refiere a que lo jura.

—Si vi-vi-vive aquí a-a-algo de-debe sa-sa-saber.

Ojo se acercó hasta el enano y le puso el garfio en la garganta.

— Ma-ma-más te va-vale de-de-decirnos algo.

—¿Cómo es que los chatarreros tiene luz antigua? ¿Cómo hicieron funcionar al gusano de metal? – agregó Tefir.

—¡Nai ze! Uñu no vivid con los feoz y zucioz. No mei maten, pod favod.

—Por lo que dice, no vive con los tarmitanos.

—¡Noi! ¡Nunca! Feoz y zucioz.

Dicha la frase, el enano cambió su semblante asustadizo, por uno repleto

de curiosidad.

—¿Noi zois tarmitanoz, noi?

—¡No! –contestó Tefir, ofendido – venimos de la superficie.

El enano, maravillado, miraba el dedo de Tefir apuntando hacia arriba.

—No-no cre-creo, que te-te-te entienda.

En respuesta a eso, el enano se giró. Al hacerlo, Tefir y Ojo vieron que no llevaba almohada detrás. Ni prenda alguna.

—¡Ughh! ¡Repugnante!

—A-a-asqueroso.

El culo peludo del enano no tardó en desaparecer entre las pilas de basura.

Volvió, con lo que parecía ser una obra de arte antigua. Lo llevaba por sobre la cabeza, con sus cortos brazos. El enano mostraba una sonrisa, repleta de esperanza. Le faltaban unos cuantos dientes y escupía al hablar.

—¡Afoira! ¡Ir afoira!

Tefir tomó el cuadro. Sobre el lienzo había pintado un río que se perdía entre los árboles. En el cielo brillaba el sol, que se ocultaba en el horizonte, tras montañas. — Que pintura de porquería. Las he visto mejores.

—Ni-ni me lo di-digas.

—¡Afoira! Uñu quiede salid afoira.

Ojo y Tefir cruzaron miradas de confusión y echaron a reír.

—Así que... ¿Uñu? – el enano asintió contento – nosotros también queremos salir. Él es Ojo Hermoso, y yo soy Tefir. Qué tal si nos dices donde estamos ahora.

Uñu, se acomodó la olla y la almohada, e infló su pecho.

—Ezta moriada qi ven, ez la cueva de Uñu. Uñu vivid zolo. Ando pod la zombra, y lois feos y zuzios tarmitanoz noi me ven. Uñu leis doba sus cozas. ¿Querí cadñudo? Yo tenei. ¿Querí goivo de pungolo? Uñu tambien

tenei.

—No te vendría mal tener una segunda almohada – le dijo Tefir.

—Me guzta el aide – repuso Uñu.

Ojó notó que el cuarto no tenía ventanas, ni puerta.

—¿Co—co—cómo sa—sa—sales de a—aquí?

—Pois pod laz ventilaz. Menoz eza, qi uzteides dompiedon.

—Es decir, que tú te andas escabullendo entre los tarmitanos cuando no te ven, les robas toda clase de cosas, incluso su alimento, pero no sabes nada de lo que pasa arriba. ¿Acaso nos tomas por tontos?

—Boino. Uñu algo sabe, noi mucho, pedo algo. Uñu saibe doinde eztan lais coisas, y coimo llegad.

—E-e-estamos pe-perdiendo el ti-ti-tiempo con este i-i-idiota.

—Dame un momento Ojo. Quizá sea algo corto de entendederas, pero nosotros no estamos haciendo las preguntas adecuadas.

Uñu los miró ofendido ante la mención de su estupidez.

—¿Podrías decirnos de donde vinieron esos guerreros de armadura negra?
¿Y desde cuando están aquí?

—De doinde sí. De cuanto noi. ¡Uñu teine un tesoiro del dioz de metal! Ya verain.

Para disgusto de Ojo y Tefir, el enano volvió a darles la espalda. Se fue por unos segundos, y volvió con un cilindro de cristal entre sus manos.

—Caisi me cachan eisa veiz.

—Déjame ver eso.

—Pe-pe-pero, ¿a-a-acaso es e-eso un fe-feto?

Tefir tomó el preciado tesoro del enano entre sus manos. El tubo de vidrio estaba lleno de líquido, de color azulado. En su interior flotaba un embrión humano.

— ¿Qué significa esto?

— ¿Eiso? Hijo godo con paitas de metal.

— ¿O-o-oldobrónes?

— Me dijiste que los oldobrónes fecundaban hembras, y que estas parían a los tarmitanos. ¿Qué está sucediendo Ojo?

Ojo hermoso encogió los hombros en señal de ignorancia.

Tefir se tomó un momento para pensar, sentado entre una pila de pequeñas cajas de madera. Su compañero, curioso, se dedicó a revisar las pertenencias que aquel enano había acumulado a lo largo del tiempo. Uñu lo seguía de acá para allá, y atento a lo que hacía el hombre del garfio, no dejaba de repetir, “cazi tan feo y zuzio coimo los tadmitanoz”. Entre toda aquella basura, Ojo encontró cosas interesantes. Un par de tabletas verdes, como las que el viejo les había dado antes de emprender la misión, y unos cuantos libros antiguos. Era incapaz de leerlos, pero algunos tenían imágenes. Uno de ellos, sin lugar a dudas, era un libro con recetas de cocina. Había otro, que en su lomo tenía unas letras enormes en negro, y otras en color rojo. Tras las letras, dos personajes muy particulares se batían en duelo, en medio del desierto. Uno era un hombrecito vestido de blanco, el cual portaba una espada. El otro blandía una hoz, vestía de negro y llevaba una capucha roja. Su rostro era muy extraño, parecía el pico de un pájaro. En su interior no había más que letras, pero el dibujo del lomo le llamó mucho la atención. Cuando Uñu se distrajo, Ojo se guardó las tabletas verdes. Habían estado allí más tiempo del acordado y ya no tenía su reloj, por lo cual, le parecía prudente que él y Tefir volvieran a tomar una cada uno. Había tantas cosas en aquel lugar, que Ojo supuso que Uñu había estado robando por muchos años. Seguramente, debido a su enanismo, había sido abandonado o maltratado, y por ello vivía recluido. Ya habría tiempo de preguntarle, pues, estaba seguro de que Tefir pensaba pactar con el enano y llevarlo a la superficie.

Ojo se acercó a su compañero, dándole la espalda a Uñu, y le entregó una de las tabletas. Tefir abrió los ojos, sorprendido y sin pensárselo dos veces, la masticó.

—¿Q-q-qué pi-pi-piensas?

—Aún nos quedan cosas por saber. Y este hombrecillo puede ayudarnos con eso. Pero no será fácil, pues ahora nos están buscando. No puedo dejar de preguntarme como es que supieron de nosotros, y de tu reloj.

—Ta-ta-tan solo qui-quiero sa-sa-salir de aquí.

—Ya tienes algo en común con Uñu entonces.

—E-e-eres tú, qui-qui-quien co-co-corre ma-más peligro.

—Me siento bien Ojo. Y mira, hemos tenido suerte, encontraste otras tabletas. ¿Qué dices entonces? ¿Quieres intentarlo?

Ante el consentimiento de su socio, Tefir llamó a Uñu. El enano estaba muy interesado y ansioso.

—Uñu, haremos un trato. Tú nos llevarás al lugar de donde robaste esto. Y a cambio, nosotros te llevaremos afuera. ¿Qué te parece?

El enano los miró desconfiado.

—Moi peligroiso. Uñu nonca encontrar coimo sailir.

—Pero mi amigo Ojo sí. Hace mucho tiempo atrás escapó de este lugar, y se fue a vivir a la tierra donde brilla el sol sobre los ríos y montañas. Él puede indicarnos como salir de este lugar.

Ojo le regaló una sonrisa al enano, que aún lo miraba desconfiado.

—Uzteides zois loicos, pedo Uñu lois va a ayudad. ¡Y loigo me llevan afoira!

Tefir y Uñu estrecharon manos.

—Entonces tenemos un acuerdo. ¿Crees que Ojo y yo podamos caber por las ventilas que usaste para llegar allí?

Uñu meditó un momento. Luego, corrió unas cajas de madera que estaban contra la pared. Allí en el suelo, había una de estas “ventilas”.

—Eista ser. Noi muy coimodo pada uzteides.

Uñu decía verdad, el lugar parecía aún más estrecho que aquel por el que habían llegado hasta allí.

—Déjame intentarlo.

Tefir se metió de cabeza por el conducto. Segundos después, salió, en la misma posición, sacando primero los pies.

—Es pequeño, pero estaremos bien.

—Si t-t-tú lo di-dices.

—Aunque a ciegas.

Uñu al oír esto, salió otra vez corriendo. Cuando volvió, llevaba en su mano un tubo de luz blanquecina.

—Uñu deilante guía. Uzteides deitras. Teingo lú mágica.

—¡E-e-eso es nu-nu-nuestro ma-maldita ra-rata la-la-ladrona!

—Ya déjalo Ojo. Nosotros lo perdimos, y Uñu lo encontró. Es lo que nosotros los ladrones solemos hacer, ¿recuerdas? Lo que sí, Uñu, antes de partir, una cosa más. Vamos a buscar con que vestirte, pues no tengo pensado meterme en ese túnel para tener tu culo frente a mi todo el tiempo.

Uñu se palpó el trasero, y sonrió avergonzado.

Instantes después, los tres avanzaban por el conducto. Uñu llevaba dos almohadas, una delante, otra detrás, y en su mano izquierda el artefacto lumínico les permitía ver al frente. Mientras el enano gateaba, Ojo y Tefir avanzaban cuerpo a tierra detrás de él.

—Lo de la segunda almohada fue buena idea, ¿cierto Ojo? – preguntó Tefir, sonriendo.

Su compañero, que estaba justo detrás del enano, gruñó enfadado. “De todas formas se le ven las pelotas” pensó.

El trayecto fue largo y tedioso. Giraron en tantas intersecciones, y cambiaron tantas veces de dirección, que ni Ojo ni Tefir podían recordar el camino de regreso. Siempre bajando, aquel lugar al cual se dirigían debía estar muy por debajo de “El Paso”. Ojo estaba sudando la gota gorda.

—Ca-ca-cada vez hace ma-ma-más ca-calor.

—Ni me lo digas Ojo. Me estoy sofocando.

—Caizi lleigamos. Aguantad.

—No creo que podamos seguir por ahí Uñu.

—¡Oi, oi! Eiso noivo. Noi taba ahí antez.

Al frente, gruesos barrotes de hierro impedían salir del conducto.

—¡Ceidaron la ventila!

—Ha-ha-hazme lu-lugar e-enano.

Ojo se situó al frente, aplastando a Uñu al pasar.

—Da-da-dame luz – dijo Ojo, mientras sacaba de entre sus cosas un pequeño vial. En su interior había un líquido amarillo.

—Si vas a usar el ácido ten cuidado de no derramar de más. Esa cosa es un peligro.

Con cautela, Ojo derramó algunas gotas del vial sobre cada barrote. Al instante, el hierro comenzó a burbujear y las barras se consumieron por acción del ácido. A la salida del conducto, había un enorme canal de ventilación que continuaba hacia arriba y hacia abajo, hasta donde alcanzaba la vista. Muchos otros conductos daban al interior de aquel foso circular. También estaban sellados mediante barrotos de hierro.

—Según Uñu, debería haber una escalera a tu izquierda. ¿Puedes verla Ojo?

Ojo se asomó al foso y la vio. Una escalera conformada por barras de hierro, unidas a la pared.

—Bajeimos pod ahí – indicó Uñu.

Descendieron un largo tramo, utilizando la escalera. Tefir estaba seguro de que si seguían bajando, se encontrarían con el núcleo de la tierra. Había escuchado teorías muy extrañas acerca de ello. Sin embargo, al dejar la última barra de metal, Ojo puso sus pies sobre el agua. Uñu y Tefir lo siguieron. El fondo del foso era un acueducto, pero estaba inundado. Parecía muy antiguo.

—Sigainme – dijo Uñu, y luego de respirar hondo, con la luz en alto se sumergió en el agua.

Ojo y Tefir, algo desconfiados, se pusieron las máscaras de oxígeno y lo siguieron. El agua era límpida, e incluso parecía bebible. Avanzaron por el acueducto y siguiendo al enano, se desviaron por una tubería adyacente, la cual los condujo hacia lo que parecía ser una gran piscina. Sobre el agua se reflejaba una brillante luz. Los tres emergieron.

—Uñu ze queida aquí. Tenei cuidao.

Ojo Y Tefir salieron del agua.

—Préstame la luz Uñu.

El enano le lanzó el artefacto a Tefir, y éste lo usó para iluminar la zona circundante. Se encontraban en una sala descomunal, la cual estaba en penumbras. Pequeñas luces azules adornaban todo el espacio frente a ellos.

—¿Ves algo Ojo?

—Pa-pa-parece se-seguro.

Se acercaron con precaución para ver mejor. El matiz azul provenía de los miles y miles de tubos de cristal, dispuestos a lo largo y a lo ancho del lugar. Los había de muy diversos tamaños. En el interior de aquellos tubos, flotaban hombres y mujeres de distintas edades. Incluso los había pequeños, con embriones dentro, como el que había tomado Uñu. Sobre sus cabezas, muy en lo alto, había pasarelas vidriadas que cruzaban toda el área de lado a lado.

—Ba-ba-baja la lu-lu-luz, a-a-alguien po-po-podría ve-vernós de-desde a-a-arriba.

Tefir apagó el tubo, y lo escondió bajo su capa. Caminaron entre las largas filas de tubos, observando a los sujetos que flotaban, dormidos o quizá muertos.

—Estos hombres no son chatarreros Ojo, lo cual explica de donde ha salido el ejército tarmitano. Los han estado incubando en estas máquinas. Y mira, son todos iguales. Los niños y las niñas, también los adultos.

—Co-co-como ge-gemelos.

—Cuidado, alguien viene.

La gran sala en penumbras se llenó de luz, cuando una inmensa puerta de hierro se abrió, dando paso a dos oldobrónes y varios soldados.

El chirriar de las patas mecánicas resonó por todo el lugar. Aquellos gordos sedentarios, protegidos por sus burbujas, comenzaron a inspeccionar los tubos.

—De aquí, hasta aquí – dijo uno.

—Esta hilera está terminada. Sáquenlos.

Los soldados comenzaron a extraer a los hombres y a las mujeres que ya habían alcanzado la adultez. Presionaban los botones de una extraña consola, conectada a los tubos mediante cables, y estos se abrían,

dejando caer el líquido en pequeñas canaletas cavadas en el suelo. El líquido iba a parar a la piscina por la cual Ojo y Tefir habían llegado. Los oldobrónes, despedían cables desde la parte inferior de sus cabinas, atrapando a los sujetos y elevándolos por los aires. Aprovecharon aquel momento para salir del lugar. Ocultándose tras los tubos y las consolas, se acercaron hasta la gran puerta, y cuando les pareció oportuno, pasaron corriendo sin que los tarmitanos los notaran.

Salieron a un amplio corredor. Sobre sus cabezas, había planchas de metal, soportando el peso de una gran variedad de cables de diferentes colores.

— Trepemos allí Ojo. Si alguien viene por aquí, no tendremos como ocultarnos.

Ojo sacó una soga, unida a un gancho y la lanzó hasta las planchas que colgaban a unos treinta pies sobre sus cabezas. Se aseguró de que estuviera bien aferrada y trepó rápidamente. Tefir lo siguió. Terminaron de enrollar la soga en el preciso momento en que los soldados y los oldobrónes salían del gran recinto. Debido a la altura de los oldobrónes, el dúo pudo observar en detalle el interior de sus burbujas. Los hombres allí acostados, reposaban sobre un camastro repleto de almohadones blancos. Iban desnudos. Eran tan obesos, que si no fuera por aquellas máquinas, no tendrían forma de trasladarse por cuenta propia. Había unas pequeñas tablas de metal al alcance de sus dedos. Con ellas, debían controlar el movimiento de la maquinaria bípeda, como así también los cables con los cuales habían tomado a los nuevos soldados. Cada oldobrón llevaba consigo cinco individuos. Cuando el grupo estuvo lejos, Ojo y Tefir avanzaron agazapados, caminando entre los cables. Las paredes eran sumamente lisas, y no parecían hechas por manos humanas. Las puertas de metal poseían manijas de un material algo extraño, era duro, pero no era hierro. La construcción de aquel lugar no se asemejaba a nada que hubiesen visto antes. Ojo jamás había pisado los niveles inferiores de Tarmitar, pero si había oído de los chatarreros, que los oldobrónes vivían en las ruinas restauradas de un recinto subterráneo construido por los antiguos hombres. Las diferencias entre este lugar y los túneles de comercio eran abismales, lo mismo respecto de su deterioro.

El sonido y la luz provenientes de un cuarto no muy lejano, les llamó la atención, así que descendieron en sigilo, y se arrimaron a las puertas. No era posible entrar en aquel lugar, pues estaba atiborrado de chatarreros trabajando, supervisados por soldados y oldobrónes. Por lo que alcanzaban a ver, se trataba de una forja. Grandes hornos eran transportados mediante vigas de metal, y las piezas manufacturadas avanzaban sobre cintas, donde cada chatarrero les imprimía un trabajo en particular.

—Son las armaduras de los soldados.

—Sa-salgamos a-a-antes de que ve-venga a-alguien.

Se dieron la vuelta y se alejaron de allí, desviándose por otro corredor.

Dos soldados tarmitanos se encontraban patrullando el lugar. Aquel pasillo daba a un balcón muy grande, desde el cual se podía observar una caverna. Ojo sacó su cerbatana y le hizo señas a Tefir para que atacara. Cuando Tefir estuvo lo suficientemente cerca, Ojo disparó el dardo. Al ver a su compañero caer contra el barandal, el soldado se giró, buscando la procedencia del disparo. Se encontró de golpe con Tefir, el cual le hundió una daga en el cuello. Con ambos guardias muertos, tenían vía libre para investigar aquel lugar. No obstante, Ojo tenía una sensación desagradable que no podía explicar. Tefir también parecía nervioso. Se disponían a ocultar los cadáveres, cuando algo les llamó la atención. A una buena distancia de donde ellos estaban, una plataforma circular de metal, vidriada, descendía hacia el fondo de la caverna.

—Ojo, rápido, dame el catalejo.

Tefir observó en detalle. En el centro de la plataforma, viajaba aquel sacerdote vestido de negro que habían visto a través de los cubos.

—Es él. El desgraciado que sabía de nosotros y de tu reloj. Y va solo, sin escolta alguno.

—S-s-si lo pi-pinchamos, qui-qui-quizá nos de re-respuestas.

—A por él.

—¿Pe-pero lo-lo-los ca-ca-cadáveres?

—Los esconderemos entre las rocas debajo.

Dicho esto, tomó a uno de los guardias y le empujó a través del barandal, haciéndolo caer en la caverna. Ojo imitó a su compañero, empujando al otro.

El primero impactó, doblándose de forma extraña. Pero el segundo se partió en dos, impregnando las rocas de sangre.

—¡Ups! Si tenemos suerte, a nadie se le ocurrirá mirar justo debajo del balcón, ¿no crees?

Con mucha prisa, descendieron utilizando la soga. Ojo seguía insistiendo en intentar ocultar a los dos muertos, pero a Tefir le resultaba imperioso atrapar al sacerdote. Además, el que había reventado les daría un trabajo

enorme.

El suelo de roca era brillante y presentaba diversos matices. Había estalagmitas y estalactitas de gran tamaño. Mientras Tefir sacaba el catalejo y observaba el trayecto de la plataforma mecánica, Ojo se acercó a una columna de piedra y extrajo un trozo de mineral adherido a ella. Era un cristal un tanto transparente en ciertas partes, y blanco en otras.

—Creo que va a bajar a unas tres leguas de donde estamos, nos convendría apurarnos. No vamos a poder atraparlo al salir.

—Mi-mira e-esto.

Tefir observó el mineral.

—Es muy bonito. ¿Me estabas escuchando?

—Pa-pa-parece se-ser cu-cu-cuarzo, sí n-n-no me e-e-equivoco.

—¡La clase de mineralogía para después!

Ambos salieron corriendo entre las rocas y las estalagmitas. A lo lejos, el sacerdote descendió de la plataforma y caminó en dirección a unas gigantescas máquinas que se encontraban allí donde la vasta caverna se volvía más estrecha. Aquellos antiguos artefactos eran enormes. Todos poseían ruedas, y paneles de control. Los había dos, con unos enormes taladros hundidos en la roca. Otro, poseía una rueda enorme, que se alzaba por encima del suelo. La rueda tenía, lo que parecían ser consecutivos baldes de hierro con púas en sus bordes, los cuales estaban repletos de tierra y mineral. El sacerdote pasó entre las máquinas y se internó en un túnel oscuro. Ojo y Tefir, guardando una distancia prudente, lo siguieron a tientas. No podían apurar el paso, ya que el más mínimo sonido hacía eco a lo largo del túnel. Una pequeña fuente de luz se vislumbraba al final, una salida.

No había señales del sacerdote. Al salir del túnel, Ojo y Tefir se encontraron ante una caverna de proporciones inimaginables, en cuyo centro se alzaba una colosal pirámide de roca. Aquél monumento increíble, poseía anchos escalones de piedra, los cuales ascendían hasta una suerte de templo ubicado en la cima. Sobre el templo brillaba un formidable cristal, en apariencia, de cuarzo. No obstante, su luz no era capaz de suprimir las sombras de aquel prodigioso recinto, cuya hechura debería tener un origen sobrehumano. Una diminuta figura subía a través de los escalones. El sacerdote se dirigía a su santuario.

¿Qué habían hallado los tarmitanos, tras años y años de hurgar en lo

profundo de la tierra?

Ojo y Tefir prosiguieron. Antes de llegar a la base de la pirámide, notaron en el suelo un dibujo extraño. Parecía bordear toda la estructura, como si de un cerco se tratara. Ojo notó también, más allá del dibujo, grandes hoyos calcinados sobre el suelo. El sacerdote ya había alcanzado la cima e ingresado al interior del templo. Concienzudo, Ojo tomó una roca y la lanzó cerca de la base de la pirámide. Apenas la piedra tocó el suelo, un fino rayo de luz proveniente del cristal impactó allí donde había caído. La zona de impacto estaba al rojo vivo.

—¿Qué clase de magia es esta? – pregunto Tefir.

Ojo pensativo, sacó varios de los cristales de cuarzo que había extraído en la caverna anterior.

—No sé en qué estás pensando, pero si cruzamos esa línea seremos hombres muertos.

Ojo, sin prestar atención a lo que decía su compañero, eligió de entre los cristales el más grande y lo lanzó. El rayo de luz no destruyó el cristal de cuarzo, pero hizo que este flotara a unos cinco pies del suelo, reflejando haces más pequeños en todas direcciones. Se ocultaron detrás de las rocas para evitar ser alcanzados por los mortales rayos. Ojo, que se asomó por unos segundos, lanzó otra piedra. No hubo rayo alguno en respuesta. El haz proveniente del cristal en la cima del templo, aún seguía elevando al fragmento de cuarzo más pequeño.

—¡Co-co-corre!

Los dos ladrones cruzaron el círculo a toda velocidad, subiendo por los escalones. De pronto, el pequeño cristal de cuarzo estalló en pedazos y los haces de luz desaparecieron. Para suerte de ambos, aquel mecanismo de defensa no parecía funcionar sobre la superficie del monumento.

Ojo comenzó a reír entre dientes, mientras Tefir revisaba su propia capa, la cual tenía dos grandes agujeros. Se había salvado por poco.

—Tú, y tus ideas suicidas.

—¡S-s-soy un ge-ge-genio!

Al llegar ante la entrada del templo, se habían quedado sin aliento.

Dos efigies custodiaban el ingreso. Estaban talladas en una piedra verdosa y tenían cuerpo de hombre. Sin embargo, sus cabezas eran las de horribles reptiles. Ante la duda, Ojo les lanzó una roca, pero nada sucedió. Con cuidado de no activar posibles trampas, se metieron dentro. Como el

lugar estaba inmerso en la oscuridad, Tefir extrajo el tubo de luz y lo sacudió. Se hallaban en un pasillo, en cuyas paredes había dibujos y símbolos, los cuales parecían contar una historia acerca de una civilización antigua, quizá, anterior a la edad oscura. Por sus vestimentas, y su arquitectura, no tenían nada que ver con los llamados "antiguos hombres".

Una voz proveniente, de una al frente, les llamó la atención. Espiaron el interior. El sacerdote vestido de negro estaba allí, parado frente a un altar. Sobre el altar, había un gigantesco sarcófago, con diversos grabados trabajados en un metal desconocido, de un peculiar color cetrino.

El sacerdote entonaba un cántico ceremonial, en una lengua extraña. Cuando se detuvo, habló en la lengua común.

—Los intrusos escaparon. No hemos podido encontrarlos. Le ruego, me permita ver nuevamente a través de su sabiduría.

Una risa endemoniada, invadió todo el santuario. Tanto Ojo, como Tefir, sintieron un terror inexplicable. La risa, era una conjunción de voces, como si varios hombres y mujeres estuvieran allí presentes, invisibles a la vista. La tapa del sarcófago, comenzó a deslizarse lentamente, liberando una densa nube de polvo, hasta caer de lado. De pronto, una larga cola escamada azotó el aire, y una figura alta asomó por fuera del sarcófago. Desplegó unas alas membranosas, y de un salto, bajó del altar.

Era un ser esmirriado, pero de gran altura. Al verlo, Tefir presionó con fuerza el brazo de Ojo. Ambos tenían el ferviente impulso de salir corriendo de ese lugar. La criatura tenía forma humanoide y su rostro era masculino, con ciertos rasgos felinos, incluida una larga melena leonina. Portaba un disco dorado, que sobresalía por detrás de su cabeza. No era posible definir su sexo, pues llevaba el torso desnudo, mostrando un par de senos. De la cintura para abajo, vestía una toga con adornos de oro. Sus largas piernas terminaban en pezuñas, similares a las de un carnero. Al igual que su cola, el resto de su piel era escamada, exceptuando la del rostro.

—No te aflijas Rilnim – dijo, y su voz sonó, como si fueran muchas.